EL COFRE DE NADIE
CHIKI FABREGAT
PREMIO GRAN ANGULAR

GRAN ANGULAR

El cofre de Nadie

CHIKI FABREGAT

sm

PREMIO GRAN ANGULAR 2021

Para Alejandro y el grupo de los viernes,
mi pluma de Dumbo.

1

Para Nadia, los sábados son días de desayuno gordo, de tortitas con chocolate y zumo recién exprimido. Son los días de desayunar en familia, si a un núcleo de dos y medio se le puede llamar familia. Rut, la novia de su padre, duerme muchos fines de semana en casa y, aunque en el último año Nadia se ha acostumbrado a encontrarla cuando se despierta, sigue tragando saliva para ahogar lo que piensa cuando se la cruza en pijama y con el pelo suelto. La prefiere con el uniforme y el moño alto. La prefiere extraña.

Oye la voz de su padre cuando aún no ha cruzado la puerta de la cocina y por el tono sabe que ella está también. Llena los pulmones de aire antes de entrar.

–Ya creía que no ibas a despertarte.

–Es sábado, papá.

Sobre la encimera hay varios catálogos de agencias de viajes y un montón de folletos de restaurantes de comida rápida que sirven a domicilio. La pantalla del portátil muestra la imagen de una cama envuelta en velos blancos frente al mar.

–Creía –dice Nadia mientras se sienta– que el portátil estaba prohibido en la cocina.

Rut cierra la tapa y sonríe.

–Culpa mía.

–¿Os vais de viaje?

Se miran y sabe, por esa mirada, que le ocultan algo, pero no tiene ganas de jugar a las adivinanzas. Rut se acerca y, cuando le acaricia el pelo, a Nadia se le escurre el tenedor de la mano y mancha de sirope el mantel.

–¿Islas griegas? –dice, pasando el dedo por la mancha de chocolate.

–Solo estamos mirando.

Faltan pocos días para Semana Santa. Nadia y su padre viajan siempre a ver a los abuelos, pero, claro, ahora está Rut y no se la imagina metiendo los dedos en la masa de las croquetas ni acompañando al abuelo a ese bar en el que tapan el vino con un trozo de queso. Y eso que su abuelo se lleva bien con todo el mundo, salvo con los que hablan a gritos y los que miran raro a Nadia porque es negra. «Mi nieta negra», así la presenta siempre, como si tuviera más, como si tuviera otra blanca o azul o amarilla. También habla de su hijo Juan, el médico, como si la profesión sirviera para diferenciarlo de los otros hijos que no ha tenido. Cuando van al pueblo, la abuela prepara

comida para alimentar a un albergue y se empeña en recogerle el pelo con mil horquillas, moños y gomas de colores, y Nadia no tiene ganas ni fuerza para decirle que ha crecido. Y la besa todo el rato. Sin parar. Acumulan amor y grasa para dos inviernos y luego se vuelven a Madrid y prometen regresar pronto.

–¿Iré sola a ver a los abuelos?

–Al abuelo lo han ingresado –dice su padre.

El mundo deja de girar por un instante.

–No, no, no te asustes, es solo una arritmia.

Después se enreda en ese lenguaje de médicos en el que le gusta refugiarse cuando el miedo le aprieta la garganta. Y Nadia, que lo sabe, rebaja la tensión:

–No sé si sobreviviré sin croquetas ni moñitos de colores.

–Rut y yo hemos pensado...

–Estaré bien –dice, y señala los catálogos de comida rápida–, tranquilo.

–Puedes venir con nosotros.

Lo dice Rut y su padre asiente, o tal vez es al revés. Da igual, suena tan falso lo uno como lo otro. Por un segundo duda si jugar con ellos, si decirles que sí, que le encanta el plan romántico de tres, para ver cómo salen de la situación.

–El caso –dice al fin su padre– es que son muchos días, Nadia. Nunca has estado sola tanto tiempo.

Rut recoge y amontona los folletos de comida rápida desperdigados por la encimera.

–El barrio se quedará medio vacío y ha habido robos... La casa es tan grande...

–Díselo tú –Nadia busca la mirada de Rut–. ¿A que Érika sí puede quedarse sola?

Érika es hija de Rut y de un piloto sueco o noruego del que su padre prefiere no hablar.

–De hecho... –responde.

La frase se queda en el aire. Se miran de esa forma y luego sonríen.

–Justo estábamos hablando...

Los puntos suspensivos huelen a amenaza, pero Nadia se da cuenta demasiado tarde.

–El padre de Érika está de viaje de novios, así que, si nos vamos...

Y lo entiende todo de golpe. Las piezas encajan una a una sin que pueda hacer nada para detenerlas y se siente imbécil porque, más que caer en la trampa, ha hecho ella misma los nudos y después se ha lanzado de cabeza. Rut no dejaría sola a Érika; pero no porque le preocupe que coma bien, que entren a robar o que necesite cualquier cosa. No se fía. En cambio, todos confían en Nadia. Los profesores, los padres, los compañeros de clase. Si entrase en el supermercado y robase una bolsa de patatas fritas, el de seguridad se creería que ha olvidado pagarla y le pediría perdón por las

molestias.

–Con las dos aquí, la cosa sería diferente –dice su padre.

–¿Se lo habéis dicho a ella?

Vuelven a mirarse. Hay silencios que hablan más alto que muchas voces. Rut y su padre son de los que se dicen sin decir, y tal vez por eso parecen tan enamorados. Pero Érika... También Nadia piensa con puntos suspensivos que son amenazas.

–Si a ella le parece bien... –accede al fin.

Y pide en silencio que sea ella quien se niegue.

Pero no se niega. Érika y Rut aparecen el jueves por la mañana con dos maletas diminutas. La madre es militar y estará acostumbrada a viajar con lo mínimo, pero lo de Érika resulta sorprendente. Nadia la acompaña a la habitación de invitados para que deje sus cosas y la mira mientras saca media docena de camisetas negras y algo que parece un vestido, negro también. Lo deja todo sobre la cama y compone un cuadro monocolor, roto solo por un pijama rosa chicle con unicornios.

–La abuela Ingrid no me ve mucho, pero siempre me manda regalos en Navidad –dice con una sonrisa.

Esconde la maleta vacía bajo la cama y recorre la casa sin dudar, como si fuera suya. Comenta lo grande que es, que le falta una piscina para ser perfecta, y saca fotos con el móvil, posando y alargando mucho el brazo para que quepan en la pantalla ella y todo lo que la rodea. Cuando entra sin permiso en la habitación de Nadia, hace muchos aspavientos.

–Tía, mi casa entera cabe aquí.

Y se hace una foto sacando la lengua. Se la muestra y Nadia desecha la punzada de envidia que le aprieta el estómago. Es insultantemente guapa. El pelo, casi blanco, contrasta con los labios granate oscuro y unos ojos que, de tan azules, parecen transparentes.

–Estos van a flipar.

Cuando termina la inspección y bajan a encontrarse con el padre de la una y la madre de la otra, Nadia sigue preguntándose quiénes son «estos». Aunque en realidad no le importa; solo espera que «estos» se conformen con ver las fotografías.

Rut deja mil cajas de comida en la nevera, etiquetadas con papelitos de colores, y un montón de bolsas de palomitas para el microondas junto a los folletos de restaurantes a domicilio. Los despiden desde la puerta, agitando la mano como en una película, hasta que se montan en el taxi. Han dejado mucho más dinero del que pueden necesitar, teniendo en cuenta que podrían dar de comer a medio barrio sin comprar nada.

Mientras Érika conecta el portátil a la televisión para ver una serie en pantalla grande, Nadia se da una ducha rápida sin mojarse el pelo. Cuando sale, toda la casa huele a mantequilla.

–Mi madre es capaz de bajarse del avión si se entera de que estoy desayunado palomitas –dice Érika ofreciéndole el bol.

–Como en tu casa –responde Nadia. Y traga saliva para bajar el enfado absurdo que amenaza con subirle hasta la boca.

–No te importa, ¿no?

Dice que no con la cabeza y sigue tragando saliva y aire.

Ven un par de capítulos de una serie de la que todo el mundo habla en las redes, comen palomitas hasta que en el fondo del bol no quedan más que unas cuantas bolas de maíz sin abrir y apenas cruzan tres o cuatro frases. Érika se queda dormida en el sofá, y Nadia apaga el televisor y busca en la nevera algo un poco más nutritivo que las palomitas. Descarta la caja de sushi, porque tiene una nota que dice que es para dos personas, y se decide por los macarrones con tomate de su padre, que no están contados.

Para cuando Érika despierta, ya ha recogido la cocina y el bol sucio de la mesa del salón y ha revisado las tareas que le han mandado en el instituto para las vacaciones. La ve subir las escaleras y después oye el agua de la ducha, así que aprovecha para chatear un rato con Hugo, que se ha ido a pasar unos días con su padre a la playa.

–Vuelvo en un rato. ¿Estarás aquí o me llevo llaves?

Nadia se gira y se encuentra a Érika en la puerta del salón, con el pelo mojado escurriendo sobre la camiseta. Va hacia la cómoda de la entrada y rebusca hasta que encuentra el llavero.

–Toma, así no estoy pendiente.

–He quedado con una amiga que vive por aquí cerca, no creo que tarde mucho. O sí –dice, y le guiña un ojo.

Nadia le explica dónde está el parque en el que la ha citado su amiga y, al oír la puerta cerrarse, suspira y se siente vieja de repente. Camina hasta el salón, se sienta en el sofá y suspira de nuevo.

El mensaje de Hugo la despierta. Tarda unos segundos en darse cuenta de que se ha quedado dormida y alarga el brazo para coger el móvil.

«Montas fiestas cuando yo no estoy, ya te vale».

Debajo del mensaje hay un montón de caritas llorando y una captura de pantalla.

«Lo acaba de subir a Instagram tu okupa».

Reconoce enseguida su habitación, la estantería de libros detrás de Érika, la lámpara de lava sobre la mesa y su cofre de vida.

«Voy a matarla», responde cuando ve el texto que acompaña la fotografía convocando a una fiesta.

«Te perdono que hagas fiesta sin mí, pero si toca el cofre tenemos un problema».

Es lo único que guarda de Kenia. Solo a Hugo le deja toquetearlo, porque le encanta y porque a él se lo consiente todo. Siempre hace lo mismo, lo abre con cuidado y saca una a una las baratijas que guarda dentro: un trozo de tela de colores, un muñeco diminuto hecho con palos y un burruñito de lana sin hilar que está ya tan sobado que parece fieltro.

Se viste con lo primero que encuentra en el armario y sale a la calle. Casi

ha anochecido y se arrepiente de no haber cogido una chaqueta en cuanto da los primeros pasos, pero sigue andando. Reconoce el pelo de Érika desde lejos. Está sentada en un banco, con una chica un par de años mayor que ella. Le suena del instituto, pero nunca han cruzado ni una palabra. No pertenecen al mismo mundo.

–¿En qué coño estabas pensando?

–Hola, qué tal, cómo estáis... –dice la chica, con un tono de burla que ni siquiera le molesta.

–Tú –corta Nadia–, lárgate, que esto no va contigo.

«Tú» le saca dos palmos, pero no pone pegas. Se lleva los dedos a la boca para lanzar un beso y se marcha.

–Llevo dos meses detrás de esa tía. ¿De qué vas?

Nadia saca el teléfono y se lo pone frente a los ojos.

–¿Una fiesta? ¿En mi casa?

–No te pongas así, si está todo el mundo de vacaciones... No vendrán más que tres o cuatro.

Nadia quiere matarla. No es una forma de hablar: es que, durante un segundo, se imagina que le pone las manos en el cuello y aprieta. Y le da tanto miedo que le pide perdón.

–¿Por lo de antes? –dice Érika, señalando hacia donde estaba su amiga cuando Nadia llegó–. Se te ha ido un poco la mano, pero bueno.

–¿A mí? ¿A mí se me ha ido la mano?

–Vale, igual... –dice Érika. Y sonríe mucho–. Te prometo que ni te enterarás de que han estado allí, lo recogeré todo. Tía, tienes una casa alucinante, debe de ser pecado no aprovecharla.

Nadia se sienta a su lado, cruza las piernas, agacha la cabeza y trata de hacerse una bola, para borrar la imagen de sus manos apretando el cuello de Érika que se le ha quedado instalada en la memoria.

–Tienes razón, no tenía que haberlo puesto –saca el teléfono y la luz de la pantalla hace que sus ojos parezcan más azules aún–. Voy a quitarlo. Y diré que era broma.

Nadia levanta la mano y sujeta la de Érika.

–Deja, da igual.

Érika le devuelve una sonrisa de niña que ha conseguido otra vuelta en el tiovivo.

Van a ser cinco días muy largos.

Tan largos como inciertos. Cuando suena el timbre por primera vez, Nadia ya ha retirado los cojines nuevos, que se manchan con solo rozarlos, ha subido a la parte alta de los muebles todo lo que parece frágil, ha separado el sofá de la pared y ha repartido ceniceros por las mesas, por si a alguno de los amigos de Érika le da por fumar. Sube los primeros escalones, camino de la habitación o de cualquier lugar en el que refugiarse en la planta de arriba, pero se da la vuelta y se queda allí, clavada, mirando.

–Hey, no te vayas –dice Érika cuando la ve–. También es tu fiesta.

Le guiña un ojo y sonríe porque todo lo arregla igual, con el desenfado infantil de quien no tiene conciencia. Es increíble que sea hija de Rut. Tal vez ese vikingo que acompleja tanto al padre de Nadia sea un desastre y sus genes ganaran la batalla.

El salón se va llenando de gente que no fuma, que no rompe nada, que no hubiera ensuciado los cojines. Beben agua y refrescos y comentan lo increíble que es la casa y que tampoco está tan lejos de su barrio. Algunos incluso hablan con Nadia y se interesan por su instituto o tratan de recordar si conocen a alguien que viva cerca.

–¿Habrá movida con tus vecinos si salgo al jardín? –pregunta un chico, con un cigarro sin encender en una mano y un vaso en la otra–. Por no fumar aquí dentro, digo.

Nadia le abre la puerta y el olor a jazmín se cuela en la casa. Su padre lo trajo del pueblo años atrás porque resiste el frío y porque, como él, puede adaptarse a la ciudad. Hace una tarde estupenda. Nadia acompaña al chico hasta el porche y le señala una maceta medio rota.

–Puedes echar ahí la ceniza. O el cigarro. O lo que quieras.

Entra de nuevo antes de que el olor a tabaco se mezcle con el del jazmín y coincide junto a la puerta con un chico algo mayor, casi diría que un hombre.

–¿Tú también eres amigo de Érika?

–Mario –le tiende la mano y sonríe.

Nadia le dice su nombre, le señala la cocina, lo invita a servirse lo que quiera y trata de escabullirse, porque después de las presentaciones la conversación se ha adormecido. Él habla de que vio la foto por casualidad y, cuando suena el timbre, Nadia lo deja con una frase a medias y va a abrir.

Casi no reconoce a la chica del parque, la que le saca dos palmos, porque se ha maquillado, se ha soltado el pelo y lleva un vestido con dibujos brillantes.

–¿Ya se te ha pasado? –pregunta la chica, con una sonrisa tan falsa como un bolso de mercadillo–. Soy Lola, que ayer no nos dio tiempo a presentarnos. Tú vas a mi instituto, ¿verdad?

La mira de frente, con la barbilla un poco levantada, y Nadia entiende que no espera una respuesta, que solo es un aviso, tal vez una amenaza de contarles a todos su numerito del parque.

–Pasa, creo que Érika está en la cocina.

La gente se ha ido juntando allí, así que hay muchas posibilidades de que haya acertado. La ve atravesar el salón, saludar a unos y otros con dos besos. Cuando se acerca a un grupo, todos callan y la escuchan y la miran, mientras ella se mueve despacio como una serpiente saliendo de una cesta.

El hombre sin conversación –Mario, ha dicho que se llama– se acerca y le muestra la fotografía que Érika subió a las redes.

–Perdona, igual te parece absurda la pregunta, pero el arca –señala la esquina de la foto– ¿es tuya?

–Mi cofre de vida, sí.

–De... vida. Me encantaría verlo alguna vez.

Lola se acerca y le planta dos besos, le dice su nombre y vuelca la melena negra sobre la pantalla.

–¿Qué has dicho que es eso?

Nadia finge que alguien la reclama al otro lado del salón y se aleja. No se ha roto nada, la música no atruena a los vecinos y no se oyen sirenas de policía por la calle, así que se da permiso para relajarse un poco. Hasta que ve a Lola subir hacia las habitaciones. Busca a Érika con la vista y encuentra su melena blanca entre cabezas oscuras, al otro lado del salón. Se acerca, pero todo pasa demasiado rápido: antes de que llegue hasta donde está Lola, la ve bajar las escaleras con un vaso en una mano y el cofre en la otra.

–¿Esto decías? –levanta el cofre y lo agita mirando a Mario–. Mi tía trajo uno parecido de no sé qué viaje.

Nadia respira. Camina hacia Lola tragando tanta saliva como es capaz de generar en la boca.

Por suerte, Érika se adelanta, le quita el cofre a Lola de la mano y se lo entrega a Nadia, que sigue envolviendo el enfado en saliva. Cuando reacciona, le da las gracias, aunque no habla más para que no se le escape todo lo que está pensando, y sube las escaleras hacia la habitación. Desde el salón se oye a Lola reír y decirle a Érika que no sea sosa.

Nadia se tumba en la cama y se tapa la cabeza con la almohada.

–Perdona.

Cuando aparta la almohada se encuentra a Érika.

–Ahora mismo les digo que se vayan.

–No, no, tranquila. Tus amigos parecen buena gente, es solo que...

Que Nadia no encaja. Ella es una casa con mil cerrojos y Érika parece el patio de un colegio en plena jornada de puertas abiertas.

–Lo siento –dice Érika–, de verdad.

–No ha sido culpa tuya. La que lo debería sentir es ella, pero dudo que esa sienta nada.

–Igual siente más de lo que parece, no te fíes de las apariencias. Es tímida y lo mismo le da miedo no encajar aquí.

–¡Anda ya! ¿Tímida? ¿Tú la has mirado?

Érika suspira.

–Mucho. La he mirado mucho.

–Mierda. Perdona, es que... Bueno, que... Que no, que tú vales mucho más que esa.

Érika sonríe, pero es la primera vez que a Nadia le parece una sonrisa triste. Le hace un gesto para que se siente a su lado.

–No te agobies, en serio, no pasa nada.

–¿Por qué es tan importante? –dice, señalando el cofre que Nadia aún tiene en la mano.

–Es una larga historia.

–Tengo tiempo –contesta Érika. Luego suelta una carcajada y, cuando consigue calmarse, vuelve a hablar–: Vale, ha quedado muy de película.

–Es muy tarde para ponernos filosóficas y muy temprano para echar a tus amigos de mi salón, así que voy a dormirme. De verdad, no te preocupes. Vuelve abajo y disfruta de la fiesta.

–¿Me haces hueco?

Se sienta sobre la cama, con las piernas cruzadas, y Nadia la imita y deja espacio entre las dos para el cofre.

–Es lo único que tengo de Kenia. Supongo que, de alguna manera, define quién soy –dice.

Luego le cuenta que, en la tribu de la que proviene, las madres pasan todo el embarazo haciendo un cofre para sus bebés. Construyen con alambres la estructura, lo forran de tela fina y casi transparente, le pegan piedras... Y después eligen algunos regalos con los que el bebé iniciará su vida.

–Es un cofre de vida, así me contó mi padre que lo llaman.

–De bienvenida, ¿no?

–En realidad, no. De vida, porque esas cosas que lleva dentro son las que tienes al nacer, pero luego cada uno elige lo que va poniendo dentro. Ya sabes, lo que es importante, lo que te marca o te convierte en quien eres.

–Es una tradición preciosa.

Nadia asiente y se anima a seguir hablando. Solo a Hugo le ha contado su historia, pero ahoga la punzada de miedo y culpa y le explica que su padre era médico en Kenia y que un día, cuando llegó a un poblado que visitaba cada poco tiempo, lo encontró asolado: el viento había tumbado las tiendas y la arena los había enterrado a todos. Murieron los animales, las

personas. Murió la aldea. Solo quedaban retazos de lo que había sido hundidos en las dunas. Y entonces la oyó. Corrió, escarbó con las manos, levantó unas telas medio enterradas y descubrió una canastilla con un bebé.

–Buscaron durante días, pero no dieron con nadie más vivo, así que mi padre me trajo con él, me adoptó y buscó una plaza de médico en Madrid para no viajar más y formar una familia.

Érika no la ha interrumpido. No le ha dicho, como le dice siempre el abuelo, que es una superviviente. Tampoco ha dicho «pobrecita», ni todas esas idioteces que repiten algunos en el pueblo cada vez que la ven. Solo está allí, escuchando, con la vista clavada en el cofre. Hasta que la puerta se abre de golpe y se oye la música de la planta baja.

–Vaya –dice Lola–, y yo creía que lo interesante estaba abajo.

Sigue llevando el maquillaje tan perfecto como cuando llegó, el mismo pelo falsamente desordenado, los mismos labios rojos de quien no ha comido ni bebido. Ni besado. Érika se pone en pie y, al hacerlo, echa la almohada sobre el cofre.

–No quedan palomitas –dice Lola–, pero ya nos apañamos. Seguid a lo vuestro.

Cierra la puerta antes de que puedan responder.

–Baja, anda –le pide Nadia a Érika–. Tus invitados no tienen palomitas.

Lo dice en un tono desenfadado, casi sonriendo.

–Dame un segundo.

Érika abre la puerta, sale al pasillo y, antes de volver a cerrar, se gira.

–Un segundo, en serio.

Cuando regresa, el olor a palomitas se cuela dentro de la habitación. Se sienta sobre la cama, casi en la misma postura que unos minutos antes; pero el aire es distinto, hace más frío o más calor, y huele a mantequilla. Incluso se oye el ruido del piso de abajo.

–Todo en orden –dice. Después señala el cofre sin tocarlo–. ¿Por dónde íbamos?

–Es tarde y mañana habrá que levantarse a recoger.

–¿En serio nunca haces fiestas en casa?

Nadia niega con la cabeza. Espera unos segundos sin moverse, sin hablar; pero no parece que Érika haya entendido la invitación a marcharse, así que suspira y abre la tapa con cuidado, como si fuese de papel o de un cristal finísimo, o de un material que no se ha descubierto aún y que se rompe solo con pensar que exista. Saca el muñeco de palos y lo deja sobre la cama.

–No has jugado mucho con él, ¿verdad? –dice Érika.

Nadia traga saliva. Es un error. Érika no puede entender lo que esas piezas significan. O lo que deberían significar. Y no se conocen tanto como para explicárselo.

–No es como una Barbie que pueda reponer si se rompe –dice.

–Perdona.

Por segunda vez, Érika se disculpa por algo que no ha hecho. Nadia le

enseña el trozo de tela tejido con hilos de colores y el burruñito de lana que siempre manosea Hugo.

–¿Y ya? ¿No hay nada después de Kenia? ¿Dieciséis años y no hay nada importante en tu vida?

–Bueno, una vez gané a Hugo a ver quién escupía más lejos y me dibujó una medalla; creo que aún la tengo –traga saliva y agradece el silencio que Érika le devuelve–. Tu amiga Lola tiene razón: solo es una baratija para turistas.

Mira a los ojos a Érika y ella le aguanta la mirada. Comparten el silencio de un idioma que acaban de descubrir y que solo ellas conocen. Alguien, abajo, cambia la música o sube el volumen y, como si eso les diera permiso, hablan. Charlan de sus vidas, de sus padres, de los abuelos cercanos y los lejanos, con esa barrera frágil de recuerdos que no son recuerdos extendidos sobre la cama.

Está amaneciendo cuando Nadia vuelve a guardarlo todo.

–Te parecerá una gilipollez –dice–, pero...

–No eres tú.

Nadia sonríe. Ni siquiera Hugo sabe tanto, pero hay algo en Érika que la invita a hablar.

–No lo sé. No me une nada a esa tela, a esa muñeca, a ese cofre. Son recuerdos que no tengo. Que no sé si quiero.

–Pero lo sigues guardando.

–Ya te he dicho que era una gilipollez.

–Una gilipollez... no. Pero un poco retorcido sí es, como esa gente de las películas que teme que le trasplanten el corazón de un asesino por si se ponen a matar como locos.

Nadia sonríe. O tal vez solo piensa que ha sonreído, aunque no haya llegado a mover los labios.

–Vaya. Igual soy una asesina en serie.

–Cada uno tiene sus miedos –dice Érika–. Y del tuyo no se puede huir cerrando la puerta del armario o mirando debajo de la cama. Tu monstruo está ahí dentro –le roza la frente con el dedo.

Hace una pausa. Por un segundo parece que se ha quedado pensando. Sonríe, como para quitar importancia a lo que acaba de decir.

–Ya encontrarás recuerdos propios que valgan la pena. Es precioso que puedas elegir lo que importa en tu vida.

–Qué profundas nos hemos puesto –dice Nadia. Y se ríe.

Érika se tumba y Nadia se tumba frente a ella. Y así, con el cofre entre las dos y el sol dibujando las primeras rayas en la pared de enfrente, cierran los ojos.

Ya casi se han dormido cuando Érika pregunta:

–¿Por qué no quisiste que anulara la fiesta?

Nadia responde enseguida, porque ella también se lo ha preguntado.

–Mi padre quería que nos conociésemos, que nos llevásemos bien. A él

le gusta que estéis en su vida, en su cofre.

–¿Y a ti?

Sonríe, se encoge de hombros y trata de acompasar la respiración con la de Érika hasta que, ahora sí, se quedan dormidas.

4

Y duermen hasta que el sol aparece. Nadia se gira y esconde la cabeza cuando la luz le da en la cara, busca el hueco para dormirse de nuevo, pero de pronto recuerda quién estaba en su salón cuando se quedó dormida y se levanta. Intenta no molestar a Érika y baja las escaleras restregándose los ojos y temiendo encontrarse un paisaje de fiesta descontrolada, desconocidos dormidos en su sofá, vasos rotos o cualquier otro desastre. Tarda unos segundos en darse cuenta de que no hay nadie más que ellas en la casa. Todo está mucho más recogido de lo que temía. Enciende la cafetera, saca el sirope y amontona junto a la batidora huevos, harina, mantequilla, levadura, azúcar, leche. No encuentra la canela, pero lo mezcla todo y tararea mientras prepara el desayuno. Durante un momento, cuando cuenta las cucharadas de azúcar, siente una punzada de culpa por preparar un desayuno gordo sin estar su padre, y luego se acuerda de las camas balinesas con velos blancos frente al mar y se le pasa.

Oye a Érika bajando la escalera. Va descalza, pero aun así Nadia escucha cada paso. Vuelca un poco de masa en la sartén y se gira sonriendo para darles los buenos días.

–Voy a matar a Lola.

Érika tiene el teléfono en la mano y le muestra una fotografía.

–Lo ha subido a Instagram, la mato.

Nadia se acerca, toma el teléfono y mira. Son ellas dos durmiendo sobre la colcha, con el cofre junto a la almohada. Lee los comentarios, los piropos y los emoticonos de sorpresa, las tres caras con corazones en los ojos que ha dejado Hugo. El olor a quemado llega demasiado tarde.

–¡Mierda! El desayuno gordo. Eso sí es motivo para matar a alguien.

Apagan el fuego y abren la ventana para que se vaya el humo.

–Yo friego la sartén –dice Érika.

Pero no tienen ganas. Suben a cambiarse para salir a desayunar y hablan en voz alta de un cuarto al otro. El móvil de Nadia, sobre la mesita, tiene la luz azul de un mensaje de WhatsApp.

«Estáis preciosas».

Es Hugo.

Contesta con la misma cara de corazones y termina de vestirse. Érika aparece en la puerta de su habitación con un pantalón y una camiseta idénticos a los que llevaba un rato antes, aunque menos arrugados.

–Nadie va a creer por esa foto que tú y yo... que tú... –por primera vez desde que la conoce, Érika se ha quedado sin palabras.

–¡Venga ya! Me fastidia que haya subido hasta aquí y que ponga una foto sin pedir permiso. Pero, oye –le da un golpecito en el hombro–, ahora no dirás que no te hace caso.

No hay sonrisas ni bromas ni comentarios graciosos como respuesta. Solo unos ojos azules enmarcados en pelo blanco. Parece tan frágil que dan ganas de abrazarla.

–Escúchame –dice Nadia, y le sujeta la barbilla para que levante la vista–. Esa foto no tiene ninguna importancia, ya está, olvídala.

–No soy buena eligiendo, ¿eh?

–Bah, las he visto peores. Yo ya le he perdonado lo de la foto y lo del cofre y que sea tan idiota. ¿Sabes qué no voy a perdonarle nunca?

Érika dice que no con la cabeza.

–Las tortitas.

Camino de la chocolatería, Érika le cuenta quién era quién en la fiesta de la tarde anterior. El chico que fumaba, la pequeñita de los vaqueros rosas, el guapo de las deportivas plateadas y la sudadera de superhéroe, la pareja que no se soltó de la mano en ningún momento.

–¿Todos son amigos tuyos?

–Bueno, amigos amigos... Gente del instituto, del barrio, gente con la que me muevo, alguno que vio la foto del Insta...

–Yo solo tengo un amigo. Se llama Hugo.

–Lo conozco. De fotos y eso. Lo vi en una contigo y lo seguí y luego él me siguió a mí y otro par de chicos de tu instituto... Y así llegué a Lola.

–Mierda, al final va a ser mi culpa.

El olor a chocolate lo inunda todo cuando abren la puerta de la cafetería.

No son las tortitas de casa, pero el efecto es el mismo. Revisan los comentarios que han ido dejado los amigos de una y otra. En realidad, los amigos de Érika, porque más allá de Hugo, Nadia se relaciona poco.

–¿Este quién es? –dice Érika.

Señala un comentario y, antes de que Nadia pueda ver qué hay escrito, Érika ha abierto el perfil. En la fotografía solo aparece una máscara de madera.

–Mario, no dice más.

Nadia hace memoria, porque el nombre le suena. Rebaña el chocolate del plato con el último trozo de tortita y, con la boca llena, dice:

–Ah, ya. El que me preguntó por el cofre.

Le cuenta que estaba hablando con él cuando llegó Lola y trata de disimular que hasta le cuesta pronunciar su nombre sin enfadarse.

–¿No es amigo tuyo?

Érika niega con la cabeza. Revisan las fotos que han puesto sus amigos y sigue explicándole a Nadia quién es quién. Le repite nombres y apodos que ella olvida y mezcla en cuanto los oye.

–¡Este, este! –dice Nadia señalando el teléfono.

Érika amplía la foto del salón y la mueve con los dedos hasta que la cara de Mario ocupa casi toda la pantalla.

–No tengo ni idea.

–Ya. ¿Qué es lo que ha puesto?

Érika vuelve a la fotografía de ellas dos en la cama y desliza el dedo hasta que da con el comentario.

«Tres joyas únicas, irrepetibles».

–Anda ya, parece un anuncio de la Galería del Coleccionista –dice Érika.

–¿Tres? ¿Tú, yo y el fantasma?

–No, mujer, será tú, yo y el cofre.

El teléfono sigue sobre la mesa cuando aparece un comentario nuevo justo debajo de la frase de Mario:

«A cualquier cosa llamas joya».

Ninguna de las dos parece sorprendida al ver el nombre de Lola.

–Qué maja es, oye. No me extraña nada que te guste tanto.

Se arrepiente nada más decirlo porque Érika ha vuelto a esa sonrisa triste del día anterior, así que cambia de tema, le pregunta por la parejita empalagosa y la anima a que le cuente los cotilleos de sus amigos, aunque no sea capaz de retener ni un nombre.

Siguen charlando hasta que la mesa vibra un poco. El teléfono de Nadia está bocabajo, así que lo gira y encuentra la notificación de un mensaje directo. Es Mario. Le ha enviado una fotografía de un cofre parecido al suyo, pero viejo y sucio y roto.

«De verdad es una joya».

Vuelve a colocar el teléfono bocabajo en la mesa.

–¿Algo interesante? –dice Érika.

Nadia duda un momento.

–No, qué va –dice al fin–. Hugo, ya sabes.

Y busca en la boca el recuerdo del chocolate para tapar el sabor amargo que le deja la culpa.

Pero la culpa por mentir se queda como un recuerdo en el fondo de su garganta. El sábado avanza sin más sobresaltos, el olor a tortitas quemadas desaparece y se lleva también el malhumor por la fotografía de Lola. Érika sale con sus amigos y, aunque la invita, Nadia prefiere quedarse en casa. En cuanto oye la puerta cerrarse, sube a su habitación, enciende el ordenador y busca el perfil de Mario. Apenas hay una docena de fotos de arena, piedras y ruinas, y una, solo una, en la que sale él. Le cuesta reconocerlo porque lleva una gorra de visera ancha y no se ha afeitado. No llega a tener barba, solo esa sombra oscura que a algunos chicos les sienta tan bien y a otros da ganas de meterlos en una bañera y frotar con un cepillo para borrársela. Mario es de los segundos.

Tal vez esperaba encontrar un cartel luminoso que advirtiese del peligro de responder a mensajes de desconocidos, o tal vez solo esté dilatando la respuesta; pero cuando ya no quedan fotografías ni perfiles de amigos de Mario que revisar ni búsquedas absurdas que hacer, vuelve al mensaje que ha recibido por la mañana y contesta:

«¿Por qué te interesa tanto?».

Antes de dos segundos tiene una cara sonriente y el maldito mensaje de que la otra persona está escribiendo. Un millón de horas después, Mario termina de explicarle que se trata de una curiosidad antropológica, que hay pocos, tal vez ninguno en tan buen estado, y que de verdad le encantaría verlo de cerca.

–A ti o al cofre –dice Hugo cuando lo llama para contárselo.

Y luego no para de hablar, porque ha conocido a un chico de sonrisa muy blanca y de piel muy morena. Siempre los describe así, como actores de películas romanticonas, impecables, guapos y bien peinados. Y no es que mienta, es que adorna la felicidad como otros adornan los dramas. Probablemente, la próxima vez que hablen el tipo de la sonrisa perfecta será solo un recuerdo.

–Volviendo a ti y a ese Mario...

–No te hagas líos, no hay nada de eso.

–Un día me echaré un novio de verdad y te quedarás sola.

Lo dice así, entre risas, como dice que si nieva en la playa y se queda aislado no volverá al instituto, pero a Nadia se le vacían un poco los pulmones al escucharlo y le cuesta que el aire entre de nuevo. Después

vuelven al chico de piel morena, de sonrisa increíble, de ojos impresionantes, el de la voz más dulce que ha escuchado en toda su vida. Hugo es así, superlativo.

También le pregunta por su hermanastra vikinga y se ríe al decirlo. Y Nadia le contesta que no está tan mal.

–Igual os hacéis amigas.

Charlan, ríen, bromean a cuatrocientos kilómetros de distancia y es como si lo tuviera a su lado. Al colgar, busca el mensaje de Mario y le responde:

«Cuando quieras».

Baja a la cocina para comer algo de lo que Rut dejó en la nevera y elige pimientos rellenos, una caja para dos personas, por si Érika llega a cenar. No es que le haya ocultado lo de Mario, es que es tan impulsiva que le habría organizado una cita sin saber siquiera quién es. Sigue sin saberlo, pero al menos no parece un psicópata y le ha despertado la curiosidad. Cuenta los pimientos de la caja y divide entre dos. Separa justo en la mitad, se sirve su parte en un plato, sin prisa, tan despacio como puede. Pero Érika no llega, así que empieza a comer mientras repasa en el teléfono la información que ya ha visto de Mario.

No ha terminado el primer pimiento cuando Mario responde:

«Puedo esperar a que vuelvan tus padres».

Le dan ganas de llamar de nuevo a Hugo, para contarle lo equivocado que estaba y reírse con él. O para que se ría de ella.

«Tú verás».

Se arrepiente justo cuando le da al botón de enviar y teclea a toda prisa.

«Quiero decir que como lo veas, lo que tú prefieras, a mí me da igual. Eres tú el que quiere ver el dichoso cofre».

Se vuelve a arrepentir, pero ya no manda nada más. Deja el teléfono bocabajo en la mesa y la emprende contra los pimientos. Cuando termina su mitad, escribe una nota para Érika diciéndole que tiene el resto en la nevera. Y, como un momento antes, se arrepiente por si ha sonado muy seca y añade, en letra diminuta, un beso y un buenas noches.

Mario ha respondido mientras cenaba. Ha visto la luz azul asomando por debajo del teléfono, pero ha sujetado las ganas de darle la vuelta. Subiendo la escalera lo lee:

«¿Lo trajiste de Kenia?».

Y, ya tumbada en la cama, con el pijama puesto, piensa qué responderle.

«Mi padre nos trajo».

«¿Eres adoptada? ¿Tu padre solo?».

No puede, no quiere, contarle toda su historia.

«Trabajaba allí, es médico. ¿Por qué tanto interés?».

«¿Te adoptó recién nacida? ¿De qué parte de Kenia?».

Se queda mirando el teléfono. En realidad, no sabe nada de Mario y su curiosidad resulta un poco incómoda. Le manda un último mensaje, más

largo, y le dice que son muchas preguntas para un directo de Instagram, que ya hablarán otro día. Sabe que ha sonado un poco borde, pero esta vez no le importa demasiado. Mario dice que de acuerdo, se despide y lanza una última pregunta a la que Nadia ya no responde:

«¿Hay algo dentro?».

Oye la puerta entre sueños. Érika no viene sola: la acompaña la voz aguda y desagradable de Lola. Tal vez no sea tan aguda. Puede que no sea desagradable, pero lo que sí es seguro es que Lola está en su cocina y que la media caja de pimientos para dos se la cenará Nadia al día siguiente o al otro. Sola. Duerme y despierta durante toda la noche, sueña con las camas de velos blancos, con aviones de papel que transportan personas, con una chica que reparte comida a domicilio, con dragones. Se levanta al amanecer, camina descalza hacia el baño y, cuando ve un estuche de lentillas en la repisa, da la vuelta y entra en la habitación de su padre, que tiene baño dentro y que está suficientemente lejos del cuarto de Érika como para no despertarlas.

Se enfada por estar enfadada, porque no quiere ser la que arruina todas las fiestas, y gira un poco el termostato de la ducha para que el agua salga más caliente, para que limpie más, para que arranque la costra de culpa o de miedo o de envidia. La piel tarda un rato en recuperar su color, de tan roja que se ha puesto.

Con el albornoz de su padre y el pelo escurriéndole por la cara, baja el cofre de lo alto del armario y lo vuelca sobre la colcha. Saca una foto de las tres baratijas: el muñeco de palos, el trocito de tela y el burruño de lana, y se la envía a Mario en respuesta a su mensaje de la noche anterior.

«Solo estas mierdas», le escribe.

«¿Puedo ir a tu casa ahora?».

Y le dice que sí, claro. Se cambia de ropa tres veces antes de que Mario llame a la puerta y, cuando oye el timbre, se mira en el espejo de la entrada y se coloca el pelo antes de abrir. Qué bien le vendrían ahora las horquillas de la abuela.

–Disculpa la prisa –dice Mario–, es que me encantaría verlo de cerca.

–Yo también me alegro de verte.

Fuerza una risa que se queda a medias y suena casi como un gruñido y lo invita a pasar.

–Vaya, sin gente la casa parece más grande.

–Tengo el cofre arriba, si quieres...

–Prefiero que lo traigas.

Nadia sube hasta su cuarto, coge el cofre y trata de disimular el enfado que se le está gestando dentro mientras vuelve hasta la planta baja.

–¿No hay nadie más? ¿No están tus padres?

Nadia no responde, solo lo mira.

–Verás... Igual esto te suena un poco idiota, pero... Solo me interesa el cofre. No quisiera que tú o que cualquier otro pensara...

–Venga, va. Vamos a la cocina.

Mario camina delante, sortea el mueble del pasillo, abre la puerta despacio, como si temiera molestar, y se sienta. Nadia se pone junto a él, y él se levanta y se coloca en el lado más próximo a la ventana.

–Aquí hay más luz –dice.

–Tranquilo, no voy a tirarme encima de ti ni nada parecido. A ver, eres mono, pero tampoco tanto.

Mario parece relajarse un poco. Incluso se quita la chaqueta y la deja en el respaldo de la silla antes de volcar toda su atención en el cofre. La mesa está vacía, él en un lado y Nadia en el contrario, y durante un rato solo se escucha la respiración de los dos, desacompasada. Mario abre el cofre y sujeta cada pieza con mimo, como si temiera romperla. Gira el cofre, lo acerca a la ventana y lo mira al trasluz.

–Solo es una baratija –dice Nadia.

–Me gustaría conocer a tu padre, preguntarle algunas cosas sobre este cofre, si no te importa.

–Aún no me has dicho por qué te interesa tanto.

Mario le cuenta que está haciendo el doctorado en Antropología y Nadia

se aguanta las ganas de preguntarle cuántos años tiene. Se ha especializado, dice, en los ritos de la muerte en África.

–Pues te has equivocado, entonces: esto es un cofre de vida.

–¿Tu padre te ha contado de dónde lo sacó?

Nadia oye movimiento en el piso de arriba y tensa sin querer los músculos del cuello. Un momento después, la voz de Lola se le clava en la nuca antes de que pueda reaccionar:

–Vaya, hay quien no pierde el tiempo.

–Dijo ella.

Nadia quita el cofre de la mesa justo cuando Lola va a cogerlo, pero no puede evitar que levante el trozo de tela de colores. Mientras lo agita como si quisiera sacudirle el polvo, Mario contiene la respiración.

–Es muy delicado –dice, cuando al fin suelta el aire–. Esos hilos...

–¿Esto? –responde ella agitándolo aún más–. Por Dios, es un trozo de tela.

Érika entra en la cocina y saluda, pero se queda quieta mientras Mario estira la mano con la palma hacia arriba y Lola obedece a la orden que no le ha dado.

–No es más que un trozo de tela –repite antes de dejarlo sobre la mano de Mario.

Luego se gira y le dice a Érika que mejor desayunan en algún bar, que parece que estorban. Los dejan solos. Mario sujeta la tela con dos dedos, sin presionar apenas. Lo apoya muy despacio junto al muñeco y el burruño de lana.

–¿Vas a contármelo? –Nadia mira de frente a Mario, pero él no responde–. La tela, el cofre, todo esto... Que si vas a contármelo.

Y él se lo cuenta. Le explica que hay una tribu en Kenia que fabrica artesanalmente esos cofres. Él los llama «arcas».

–Pero... Pero no los hacen para cualquiera, Nadia. De verdad que me gustaría hablar con tu padre. No me siento muy cómodo...

–¿Cómodo? ¿Tú no te sientes cómodo? La hija de la novia de mi padre monta una fiesta, tú apareces, preguntas por el cofre, me hablas por Insta, me vuelves a preguntar, vienes aquí... ¿Y eres tú el que no se siente cómodo?

–Cuando Érika puso la foto invitando a la fiesta, la hermana del novio de una compañera de mi departamento –para un segundo, como para ver si Nadia ha seguido la lista de gente a la que acaba de nombrar–, ya sabes cómo son estas cosas en las redes... El caso es que ella vio el cofre y me reenvió la foto, por si era uno de los que yo estudio. Me llegan cosas así mil veces, pero nunca tienen nada que ver con Kenia ni con mi tribu.

–Mi –Nadia recalca mucho el posesivo– tribu.

Mario asiente y Nadia se maldice por ser tan idiota. En realidad, no cree que sea su tribu, nunca lo ha sentido así. El sol está tan alto y es tan intenso que Mario cierra los ojos un instante. Es corto, pero suficiente para que

Nadia recoja el cofre y los tesoros que, a fuerza de ver cómo otros les dan importancia, ya no le parecen baratijas.

–¿Has vuelto por allí?

–¿Por Kenia? No. De aquello no queda nada.

Parece que Mario va a decir algo, pero se mantiene callado, mirando a Nadia y luego al cofre y otra vez a Nadia.

–No sé qué tribu estudias tú, pero yo vengo de un sitio arrasado, de un lugar que desapareció. Soy una superviviente, eso dice mi abuelo. Bueno, eso y mil cosas más. Me llama su nieta negra.

–Eres su nieta y eres negra, no me parece mala forma de llamarte. ¿Cuántos años tienes?

Por un segundo le molesta la pregunta, hasta que cae en la cuenta de que posiblemente no tenga nada que ver con lo que está pensando.

–Dieciséis. Seguro que en tus estudios sobre tribus que fabrican cofres horteras para sus bebés encuentras algo de lo que pasó cuando nací.

–Tu padre seguro que podrá decirme...

–Está en una isla griega tostándose al sol con su novia, pero le diré que lo buscas. Aunque no sé bien qué le contaré de cómo te he conocido; igual una fiesta en su casa, aprovechando que él está de viaje, no le parece la mejor forma de hacer amigos.

La conversación se queda suspendida en el aire, como el humo de un cigarro mal apagado.

–Perdona, soy un poco torpe. No suelo hacer amigos de tu edad.

Nadia sonríe por primera vez en todo el día, y es una sensación tan placentera que deja que la sonrisa se quede un rato allí.

–Quiero decir que puedes explicarle a tu padre que no hay nada... nada... –parece que le cuesta encontrar la palabra– nada raro en esto. Soy muy consciente de tu edad.

–Ni que fueras un viejo. ¿Por eso insistes tanto en hablar con mi padre?

–Sería más cómodo, sí.

Mario mira el reloj, se pone en pie y da unos pasos hacia la puerta.

–Porque él no es un crío –intenta que no se note en la voz cómo va subiendo el enfado.

–Porque él tal vez sepa decirme de dónde ha sacado esto –Mario señala el cofre, sin rozarlo siquiera.

–Te lo he dicho –ya no le importa que se note el enfado–: lo encontró donde a mí. Es mi cofre de vida.

Mario tiene la mano en el picaporte. Duda un segundo y se gira hacia ella.

–No, Nadia, no es tu cofre de vida, te lo aseguro. Es un arca de familia.

–Bueno, como lo llames. Es un cofre para saber quién soy, de dónde vengo y en quién me he convertido.

Mario sigue sujetando la puerta, con un pie en la casa y otro en el porche. Tarda tanto en responder que Nadia cree que no la ha oído o que ha

dejado de interesarle la conversación. Hasta que da el paso que le falta para salir y, ya desde fuera, le dice:

–Es un arca para que los niños muertos encuentren a su familia.

No dice más. Se marcha y Nadia se queda pensando en los niños, los muertos, la familia.

Y aún le da vueltas cuando Érika vuelve, sola. Nadia ya ha terminado de comer y la espera en el sofá del salón, con el portátil sobre las rodillas.

–Siento lo de antes, es que Lola a veces es un poco pava.

Se sienta a su lado, se descalza y recoge las piernas contra el pecho.

–¿Eso es Kenia?

Nadia cierra el ordenador y contesta con monosílabos a cada una de las preguntas que le va haciendo. No está enfadada, en realidad; es que después de irse Mario ha buscado mucha información que ahora da vueltas por su cabeza. En dieciséis años no se ha preocupado de saber nada de la tribu de la que procede: apenas el nombre, y ni siquiera sabría deletrearlo. Kenia no es hogar, no es familia. Solo es una anécdota, como el pelo rizado o la piel oscura. Así lo han visto siempre su padre, sus abuelos y hasta Hugo. Pero ahora sabe que en su tribu tejen telas con lana de las ovejas que pastorean, que adoran a un dios de barro y que por eso cubren su cuerpo de lodo en las celebraciones. No ha encontrado nada de niños muertos ni de arcas de familia.

–¿No vas a contarme qué hacía ese aquí? Lola dice que te mola.

–Lola es imbécil.

Es más fácil atacar que dar respuesta. No, no le mola Mario. Ni siquiera le resulta atractivo, y se siente un poco ridícula por el numerito de ligoteo que le ha montado por la mañana, pero Lola consigue sacar lo peor de Nadia. No, mil veces no. Lola consigue convertir a Nadia en alguien diferente, alguien que no es ella. Se niega a pensar que lleva dentro a esa niña caprichosa y superficial.

Acompaña a Érika mientras come y le pregunta por los amigos con los que estuvo. No quiere hablar de Lola, no solo porque le molesta, sino porque siente que es una parcela demasiado privada.

–Es maja, ¿sabes?

–¿Quién?

–Venga ya. Me has preguntado por todos, hasta por los que no sabes cómo se llaman.

–No tiene por qué caerme bien –calla un instante y revisa el tono con el que lo ha dicho. Siempre que intenta ser correcta, suena borde–. Quiero decir que, si a ti te gusta, a mí acabará gustándome.

–Como ese Mario, entonces. Que parece un poco raruno, pero si a ti te

gusta...

–No, no, no es eso.

Le habla de lo que Mario le ha contado. Organiza los pensamientos según los va poniendo en palabras. También los temores, aunque esos no los pronuncia.

–No he encontrado nada en internet del día que la tormenta arrasó la aldea.

–Ni de cuando llovieron langostas en el pueblo de mi abuela. Aunque, ahora que lo pienso, de eso seguro que hay fotos en Instagram, porque fue bastante asqueroso. Supongo que lo de las tormentas pasa allí y aquí no nos enteramos. Hacemos poco caso a los muertos que no nos tocan.

–Tampoco sé nada de las arcas de familia o lo que quiera que sea esa caja, y si busco por «cofre de vida» solo salen poemas llenos de corazones.

Mientras recogen la cocina charlan de langostas, de leyendas noruegas y de las que se han extendido por las redes sin que nadie las confirme. Al terminar, se sientan en el sofá, con una película aburrida de fondo, y dormitan hasta que los dos teléfonos vibran al tiempo. Nadia mira el mensaje en el que su padre manda un par de fotos y una carita triste junto a la hora de su vuelo. Érika también mira su teléfono; seguro que el mensaje era de su madre. Los imagina a los dos asomados a un balcón blanco, con el mar más azul del mundo al fondo, con una copa de champán o cualquier otra horterada de película de mediodía en una mano y el teléfono en la otra.

–Llegan mañana –dice Érika.

Y Nadia asiente.

–Última noche.

Vuelve a asentir.

–Venga, va, mañana recuperarás tu espacio, sin fiestas, sin una loca incordiando alrededor... Y vuelve Hugo, ¿no?

–Tampoco ha estado tan mal, no creas.

Pasan el resto de la tarde recogiendo, aunque lo cierto es que no han desordenado mucho. Limpian hasta en los rincones en los que no se ha limpiado nunca.

–Si yo fuera tu padre, me iba una vez al mes –dice Érika.

Solo hablan de la casa, de la hora del vuelo, de la pereza que les dará ir el martes a clase. Después de cenar suben a cambiarse de ropa y, cuando vuelven, Nadia va en pijama y Érika se ha puesto el vestido que sacó el primer día de la maleta y se ha pintado los ojos.

–¿En serio no quieres venir? Hay cine en el parque de Atenas.

–Eso está en la otra punta.

–¿Has oído hablar del metro? Toda una aventura.

Sube a regañadientes a su cuarto. Delante del armario, saca unos vaqueros y una camiseta y Érika se los quita de las manos y los lanza sobre la cama.

–Venga ya. En todo este armario tiene que haber algo un poquito más

divertido.

Elige por ella. Le recoge el pelo en una coleta alta y Nadia se deja hacer, hasta que la ve aparecer con un neceser lleno de lápices, maquillaje, brochas...

–No, no, ni de coña.

Érika lo deja sobre la cama.

–Bueno, si yo tuviera tus ojos tampoco me los pintaría.

Y la rocía con una colonia que huele a tres calles de distancia.

El parque está lleno, como si Madrid no se hubiera ido de vacaciones. Los amigos de Érika saludan a Nadia y uno le dice que se alegra de que haya ido. Se sientan sobre la hierba, desordenados. Los menos frioleros utilizan las chaquetas para sentarse encima porque el suelo está un poco húmedo. El chico que se alegra de verla intenta conversar todo el tiempo, pero apenas le arranca monosílabos y alguna sonrisa. La película se proyecta en una pantalla gigante, pero se oye fatal y por más que finge estar interesada no consigue enterarse de la historia. Lola se levanta, se aleja y, cuando vuelve, se sienta al lado de Nadia.

–¿Amigas? –dice ofreciéndole una gominola.

–Claro.

Nunca ha sido de las que tienen la respuesta oportuna. Siempre se le ocurre un rato después, cuando ya no tiene sentido.

Lola ríe y su voz cruje como una rama seca.

–Venga, no seas tan estirada. ¿Qué tal con ese...? ¿Cómo se llama? ¿Mario?

–Solo quería ver el cofre. Estudia no sé qué y quería ver si era de verdad.

–¿Y lo es? ¿Es la joya que dice?

–Qué va.

Busca a Érika con la mirada, pero está charlando con un chico de los que estuvieron en la fiesta.

–Así que sois como hermanas, ¿no?

–No, es solo que mi padre y su madre...

–Ya –la corta–, pero al final se vendrá a vivir contigo. Que a mí me da igual, esto es solo un rollo de vacaciones.

Nadia se mete una gominola en la boca para tenerla ocupada y aprovecha los segundos que dura la excusa para pensar una respuesta ingeniosa. O borde. O una forma de cambiar de conversación.

–No le hagas daño –es todo lo que dice.

El chico que se alegra de verla le ofrece un vaso y Nadia se pone a hablar con él como si le importase mucho lo que piensa estudiar cuando acabe el instituto. Cuando se gira de nuevo, Lola ha desaparecido. La ve junto a Érika, comiendo gominolas y riendo.

Cuando la película termina, todos se levantan y empiezan a discutir sobre dónde continuar la fiesta. Érika la mira y mueve un poco la cabeza hacia un lado, como preguntándole si se apuntan al plan.

–Ve tú. Mañana vuelve mi padre y tengo que levantarme pronto para recoger la casa.

Érika abre los ojos, pero no dice nada.

–Dios, qué sosa eres –dice Lola. Y rodea la cintura de Érika.

No tiene ganas de competir a ver quién lanza su ego más lejos, así que sonríe e insiste en que se queden, que ella se va sola.

El chico que se alegra de verla la mira y después mira al grupo. Nadia piensa una excusa rápida por si intenta convencerla, pero solo se despide de los demás y les dice que va a acompañarla. No le ha preguntado si es lo que quiere, solo ha dicho «Luego os busco» y ha empezado a andar. También le ha ofrecido su chaqueta y, como toda respuesta, Nadia se ha puesto el jersey que llevaba anudado en la cintura.

El silencio es tan incómodo que, a mitad de camino hacia el metro, empieza a hablar del sitio donde han ido su padre y Rut. Le cuenta mucho más de lo que quiere contarle, pero cualquier cosa antes que seguir callados. Para compartir información hace falta mucha menos confianza que para compartir un silencio.

Se despiden en la estación después de un intento torpe de besarla. Le ha sujetado la cintura al acercarse para darle dos besos y ha girado un poco la cabeza, pero el beso al final se ha quedado suspendido junto a su barbilla y entonces ha retirado las manos, las ha metido en los bolsillos y ha dicho algo de que mejor busca a estos y le ha deseado buenas noches. Es majo, todos los amigos de Érika lo son. Antes de bajar las escaleras, Nadia saca el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón y ve que tiene dos mensajes. El de Érika es muy corto, solo dice:

«Pasadlo bien».

Y una carita sonriente guiñando un ojo.

No responde y acelera el paso, porque oye el tren y no quiere perderlo. Ya en el vagón lee el mensaje de Hugo, que es más largo. Le cuenta que se vuelve a Madrid porque se ha peleado con su padre, que el chico de la sonrisa perfecta ha prometido venir a verlo en verano y que eso le hace feliz.

8

La felicidad de Hugo cabe en una caja de cerillas, y aun así, siempre encuentra un motivo para estar contento. Su padre vive demasiado atareado para darse cuenta de que tiene un hijo, su madre le manda postales de cada lugar en el que aterriza y jamás olvida un cumpleaños, y él salta de un amor a otro como si la vida fuese una muñeca pintada con tiza en el suelo. Teje planes de futuro y, cuando fallan, teje otros nuevos. Se ha peleado con su padre y han decidido volver a Madrid temprano, así que puede aprovechar todo el lunes para ponerse al día con Nadia. Está moreno y el pelo se le ha aclarado un poco.

–Parece que te has hecho mechas –dice Nadia cuando lo ve en el porche de su casa.

–Invítame a desayunar, anda.

Hablan bajo para no despertar a Érika. No la ha oído llegar, así que no sabe si está sola, pero la puerta de su habitación estaba cerrada cuando Nadia se ha levantado.

Las tortitas hoy salen bien, no se queman, y la nata se monta al primer intento. No hay naranjas para el zumo porque, desde que Rut se ha ido haciendo hueco en la casa, su padre ha dejado de comprarlas y las pide a una empresa de fruta a domicilio.

–Es un poco pija tu madrastra, pero mola.

–No es mi madrastra.

–Ya, ni tú tienes pinta de Blancanieves. Pero ojo con ese Mario, no sea que te lleve al bosque para arrancarte el corazón.

Nadia le tira el estropajo con el que friega y empiezan una guerra infantil que termina con la cocina hecha un asco.

–Mierda, nos había quedado todo tan limpio...

Mientras recogen siguen jugando. Así no van a acabar nunca. Igual porque no quieren que se acabe.

Ya en la habitación, se sientan sobre la cama y sacan el cofre. Extienden lo que guarda y, aunque no lo dice, Nadia intenta adivinar qué son esas tres cosas, cuánto hay de ella en las baratijas a las que nunca había dado importancia.

La puerta se abre y el torbellino rubio, casi blanco, ocupa el centro de la habitación. También ha entrado Lola, despeinada y con algo del rímel de la

noche anterior dibujando unas ojeras que posiblemente no tiene.

–Vaya, no veía un pijama de unicornios desde que mi prima se disfrazó hace dos carnavales. Soy Hugo.

Se saludan como si ya se conociesen, tal vez porque ya se conocen. No son solo las fotos, es que Nadia le habla a Hugo de Érika y a Érika de Hugo. Lo de hablar de él no es nada nuevo, es su persona importante, pero Érika se ha colado en su vida sin pedir permiso. Los ve charlar de la playa y del cine al aire libre, de la fiesta que se perdió Hugo, hasta que Lola interrumpe la conversación y se coloca entre los dos.

–¿Seguís con el cofre? Ya me ha dicho Érika que ese Mario cree que...

Nadia aprieta los labios para no contestar, para que no salga el reproche que le lanzaría a Érika si estuvieran solas.

–Tú debes de ser Lola –interrumpe Hugo.

–¿Habéis mirado ya en las imágenes de Google? Si le haces una foto a eso –Lola señala el cofre casi con asco–, puedes buscar cosas parecidas.

Alarga el brazo para cogerlo, pero Nadia vuelve a poner las cosas dentro, lo cierra y lo coloca en el hueco que dejan sus piernas cruzadas.

No está preparada aún para compartirlo. No es el cofre, es la manera en la que se ha convertido en el nexo de un grupo tan extraño. Nada la une a Mario, salvo su deseo incontrolable de saber más; ni a Lola, salvo una lucha por ver quién ocupa un centro en el que Nadia ni siquiera se sentiría cómoda; tampoco a Érika, que antes de todo esto solo era la hija vikinga de Rut; a Hugo sí, a él lo quiere desde siempre y no sabe si le apetece compartirlo con extraños.

–¿Crees que tu padre lo robó? –dice Lola.

–Qué idiotez. ¿Para qué iba a robarlo? –responde, más al aire que a ella.

–No lo sé, ese Mario dice que es un cofre para niños muertos, ¿no? Pues yo a ti te veo muy viva.

–Vamos a desayunar –dice Érika, que no ha mirado a los ojos a Nadia desde que Lola abrió la boca–, que ya es hora. En un rato llegan nuestros padres.

–Yo me piro antes de eso –Lola acaricia el pelo blanco de Érika y le sonríe–. Es pronto para presentaciones.

Cuando dejan la habitación, Hugo saca el móvil del bolsillo y hace una foto del cofre en primer plano. Luego pulsa la pantalla y mueve los dedos con agilidad. Nadia, en cambio, se ha quedado muy quieta.

–Pues lleva razón –dice al fin Hugo–. Buscar por imágenes, no sé cómo no se nos ha ocurrido.

–Porque no nos hacía falta. Porque, hasta que ha llegado ese Mario, no necesitábamos saber qué era el cofre. Era mi cofre de vida, y punto.

–¿Y ahora quieres saberlo? No sé, tía, suena como a misterio y a cosa guay, pero si no quieres...

–¿Y si es verdad que mi padre lo robó, como dice Lola?

–Lola diría que lo ha robado ella misma solo para ser el centro.

Hugo deja el teléfono en la cama, bocabajo, y alarga las manos para sujetar las de Nadia.

–Mira, creo que estamos haciendo esto demasiado grande. Igual ese Mario vio la foto y se ha inventado el resto solo para ligar con una chica joven –hace un gesto raro con la boca–. Me está dando asco solo de pensarlo.

–No, no es eso. Cuando vino a casa... Bueno, yo qué sé: Érika estaba arriba con Lola, yo estaba enfadada o... No sé... Y el tío me dejó claro que no quería nada conmigo.

–No le des más vueltas. Cuando llegue tu padre, le preguntas; que te cuente lo que sepa, que igual tampoco él lo tiene claro, y listos.

Suelta las manos de Nadia y vuelve al móvil. Lee en silencio durante unos segundos que a Nadia se le hacen muy largos.

–Anda, pues va a ser cierto que no quiere ligar –dice por fin–. Te paso un artículo con fotos de cofres. Y mira quién lo firma.

Suena el timbre antes de que Nadia pueda mirar siquiera su teléfono. Se pone en pie y corre para llegar la primera, pero Érika se ha adelantado y ya ha abierto. Rut la abraza y su padre se queda con los brazos muy extendidos en mitad del recibidor.

–¿Para mí no hay abrazo?

Nadia apoya la cabeza en pecho de su padre y él exagera la presión, la levanta en volandas, da una vuelta en el sitio.

–Vale, papá, que han sido cinco días.

–¿Puedo yo? –dice Hugo. Y todos ríen.

Cuando termina el teatrillo de abrazos y saludos, su padre se gira hacia la puerta de la cocina. Lola está allí, plantada. Hasta parece más pequeña.

–Bueno... Pues... Soy Lola. Bienvenidos. Yo recojo mis cosas y me voy.

Camina hacia las escaleras, rumbo a la habitación. Rut mira a su hija con esa cara tan de madre que quiere hacer preguntas y Érika mueve la cabeza como diciendo que no. Es envidiable que se entiendan sin hablar.

–Anda, ve –dice Rut.

Hugo también se despide y dice que los deja solos para que puedan contarse las vacaciones. Ya tiene la puerta abierta cuando baja Lola, que se ha vestido y se ha arreglado el pelo en tiempo récord, y se marchan juntos. Érika suspira y Rut se ríe.

–Vaya, así que lo habéis pasado bien estos días. Recoge tus cosas y me cuentas camino de casa.

–¿No os quedáis a comer? O sea, que vendrás cansada y eso, pero...

–Mañana trabajo muy temprano, y aunque supongo que Érika habrá estado haciendo deberes sin parar, es posible que necesite tiempo también antes de volver a clase.

Las chicas suben hasta la habitación en silencio. Es extraño despedirse. Nadia ni siquiera lo había pensado. Érika saca la maleta de debajo de la cama y mete dentro su ropa sin mucho orden, doblada de cualquier manera.

–Va todo a lavar –dice.

–Jo. Qué rápido se ha pasado.

Érika levanta la vista y sus ojos parecen más azules que el día que llegó. Igual es la luz.

–Ya. Pero bueno, así mejor. Así nos quedan ganas de repetir.

Nadia y su padre se quedan solos, como siempre, como antes de las minivacaciones, como antes de que Rut empezase a participar de los desayunos gordos, pero ahora la casa parece más grande o más silenciosa. Comen los restos de las cajas, charlan sobre Grecia y hacen planes para volver los cuatro. Los cuatro. Nadia no sabe si le gusta cómo suena. Ya en el postre, el padre pregunta qué tal por Madrid.

–¿No me vas a contar nada? Tampoco todo, que seguro que hay cosas que no quiero saber... Pero dime qué tal con Érika. ¿Esa otra chica es de por aquí o de su barrio?

–¿Lola? De aquí, de aquí.

–Y tú... ¿qué tal?

La mira y Nadia tarda un segundo en entender por qué sonríe mientras espera una respuesta.

–No, papá, no he ligado. Lo hemos pasado bien, no hemos roto nada, no ha venido la policía a desalojarnos de la fiesta...

–¿Has dicho fiesta?

–Sí, bueno, Érika tiene un millón de amigos. Podría haber sido peor.

–Me gusta que os llevéis bien.

Lo dice así, como si no tuviera importancia, pero son muchos años ya interpretándose uno al otro.

–Vino un chico...

Su padre sonríe.

–Ay, papá, que no es eso.

–Vale, vale, perdona. Vino un chico.

–Es que Érika subió a Insta una foto de mi cofre.

–El cofre de vida.

Se toma un instante para responder, solo un segundo, puede que menos.

–Él dice que es un arca de familia.

Nadia y su padre no hablan sin palabras como Érika y Rut, pero también se conocen, y la cara le ha cambiado. El abuelo dice que, cuando se preocupa porque no encuentra lo que le pasa a uno de sus pacientes, los ojos se le ponen tristes. No es eso, es cansancio, Nadia está segura, pero le gusta la rotundidad con la que el abuelo lo dice. Si lo viera ahora, diría que tiene esos ojos que no encuentran el diagnóstico.

–No sé quién es ese chico ni lo que te ha contado, pero ese es tu cofre de vida. Lo traje para que pusieras dentro todas las cosas importantes.

–Dice que es para los niños muertos. Para que encuentren a su familia en el más allá, o algo así.

El padre se levanta, lleva los platos al fregadero, enciende la cafetera, abre

el grifo. El silencio se extiende por la cocina como una nube densa.

–Papá.

–No sé, se dicen muchas cosas. Y ese chico... –el tono de su padre es ahora casi serio, casi enfadado–. ¿Quién es? ¿Lo conoces? ¿Cómo se llama? ¿Va a tu instituto? No me gusta que haya desconocidos en casa cuando yo no estoy.

–Es lo que tiene convivir con Érika. Ese chico es solo uno de los muchos desconocidos que han pasado por aquí.

Nadia no dice más. Vuelve al café, a las anécdotas del viaje, a que Érika es maja. Es lo que su padre quiere escuchar, lo que evita más preguntas.

Lo que, ahora mismo, les permite llevarse bien.

Porque Nadia y su padre siempre se han llevado bien. Hay pocas cosas que no sepan el uno del otro, o al menos así lo creía ella. Pero, desde que le habló de Mario y del cofre, hay como una nube de pereza flotando por la casa. Los deberes de última hora para el instituto hacen que el lunes sea menos denso y, para cuando llega el martes a clase, ya casi se ha olvidado. Habla con Hugo del chico moreno de la playa, que le ha mandado mil mensajes, y deja que las primeras horas pasen mientras escucha a medias lo que los profesores les cuentan. La de lengua les pide una redacción sobre las vacaciones, esa redacción que no falla, año tras año, desde que aprendió a escribir. Salen al patio en el recreo buscando la sombra del árbol grande y, a mitad de camino, se cruzan con Lola.

–Vaya, pareja. No sé si es que antes no os veía o que no me fijaba.

–Nosotros también nos alegramos de verte –responde Hugo. Y siguen andando.

–He mirado lo de tu cofre.

Se giran. Lola está allí, parada, con el teléfono en la mano.

–Ese Mario tuyo sabe de lo que habla.

Nadia reconoce en la pantalla una de las fotografías del artículo que le mandó Hugo. Era demasiado largo y aburrido para leerlo entero, pero hablaba de una tribu de Kenia. Solo dedicaba un párrafo a los cofres para contar lo mismo que le había dicho a Nadia: que guardaban información para que los niños muertos encontrasen a los suyos al otro lado. No podía ser su aldea, porque ya no seguía en pie, y seguramente por ahí venía la confusión, pero Nadia se arrepiente de haber hecho una lectura tan superficial.

–Sí, yo también lo he leído –miente.

–Es que lo de Kenia... Menudo país.

–¿Estás buscando destino para las vacaciones, Lola? –dice Hugo.

Ella le sonríe y sigue hablando.

–Hace años prohibieron las adopciones internacionales, eso también lo he leído. Tu padre era médico, ¿no? O sea, que igual se lo echó al bolsillo, el cofre, quiero decir, aprovechando quien era. Menuda movida.

Lola se gira y se aleja de ellos sin esperar respuesta, sin darle la oportunidad a Nadia de decirle que está loca, que su padre no robaría nada, que se ha dejado la piel ayudando a otros. Pero la idea se le queda dentro y le

impide atender al resto de profesores, así que, con el último timbre, recoge sus cosas y manda un mensaje a Mario para decirle que quiere verlo, y otro a su padre en el que se inventa una comida con Hugo. Después busca en su teléfono cómo llegar a la Facultad de Sociología de Somosaguas, donde Mario tiene el despacho.

Una hora más tarde, se baja del autobús entre una nube de estudiantes. Los ha oído reír, repasar apuntes, hacer planes, contarse las vacaciones como si nada fuese más importante que la lista de admitidos para una beca Erasmus o esa cita que no salió como la chica del primer asiento esperaba.

Lleva tiempo soñando con ir a la universidad, con sentarse en el césped a charlar con gente parecida a ella, gente que ha elegido estar allí. Ni siquiera sabe qué carrera le apetece estudiar; es solo la idea de ser universitaria lo que le parece un sueño. Pero ahora, de cerca, los ladrillos oscuros están más sucios que en las fotografías de Instagram, el césped tiene charcos y no invita a sentarse, y la gente que camina de un lado a otro, que cruza la puerta de cristal o que espera en la parada del autobús no es tan distinta a la que pulula por los pasillos del instituto. El aire no huele diferente ni hay música ni tertulias improvisadas a las que unirse.

Al entrar, sin embargo, cambia todo. No es el espacio, tan grande, ni las columnas grises, ni el ruido lejano de la cafetería. Ni siquiera las pancartas, las pintadas o la luz brillante que llega del techo, sin ventanas a la vista pero tan clara como si cada pared fuese una cristalera, ni el contraste con las zonas oscuras. Es el conjunto de todo ello y de más: de los carteles que señalan la sala de cine o la biblioteca, de una bandera arcoíris enorme que cuelga entre dos columnas... Le cuesta un poco encontrar el pasillo del departamento de Antropología, pero no le importa. Puede incluso que se pierda a propósito para disfrutar un rato más del ambiente. Cuando al fin da con él, lo recorre despacio. Muy despacio. Se para frente a la última puerta, la que se esconde detrás del ascensor, y duda antes de llamar.

–¿Has comido? –dice Mario cuando abre.

Apenas le da tiempo a mirar, pero no es lo que esperaba. No es el museo de cofres y escudos y lanzas y cabezas reducidas que sus prejuicios le han hecho imaginar, sino un despacho limpio con dos mesas y muchísimos papeles. Mario cierra la puerta tras él y caminan hacia la cafetería.

–¿Ya han vuelto tus padres?

–Mi padre.

–Sí, perdona. Se me sigue haciendo raro que te adoptara solo.

Arrastran la bandeja por las barras metálicas y Mario paga la comida de los dos. Nadia no discute, no es momento. Y además, las pocas monedas que lleva en el bolsillo seguramente no dan para pagar los espaguetis y la cocacola que ha elegido casi sin mirar.

Les cuesta encontrar mesa, pero al final dan con una vacía. Nadia se resiste a compartirla porque quiere una conversación tan privada como sea posible. Desde que se ha encontrado con Lola en el patio no hace más que

imaginar complicaciones, preguntas incómodas y hasta a su padre detenido. Es absurdo, solo es una puñetera caja de alambre y tela; pero quién no ha oído hablar de turistas detenidos por llevarse un fósil, un coral o cualquier otro recuerdo de un viaje. Su padre no es tan idiota. No puede ser tan idiota.

–Ese cofre... –dice–. El de mi casa...

–¿Te adoptó recién nacida?

Mario pincha sus albóndigas y pregunta con la boca llena. A Nadia le cuesta tragar.

–Sí, bueno, es que la aldea donde nací...

–Watu. Es una aldea Bukusu. Una muy pequeña, es alucinante que vengas de allí.

–No, bueno, es que... No es la misma. Una tormenta arrasó mi aldea.

Mario deja el tenedor y la mira. Bebe un sorbo de agua.

–No hay tormentas en esa parte de Kenia. No es el desierto de dunas de los tuaregs que has visto en las películas. Es una aldea con casas de barro, muy elementales, sí, pero casas. No sé nada de una catástrofe de ningún tipo allí.

–Pero mi padre me ha dicho...

–Me gustaría hablar con él. De verdad que sí. Es médico, ¿no?

Nadia asiente.

–He leído un artículo tuyo –dice–. Pero igual, no sé, no vengo de allí. Igual hay más gente que hace cofres. O igual lo compró en el aeropuerto, vete a saber. Lo que quiero decir es que...

–Esa tela que hay dentro... ¿No la tendrás aquí?

Nadia niega con la cabeza.

–He venido desde clase.

–Verás: es que esos cofres –lo dice despacio, como para que ninguna palabra se pierda en el discurso– los entierran con los niños muertos. Cuando un niño muere, la madre no lo llora ni lo entierra hasta que termina de preparar su cofre. Pone dentro un juguete, esa muñeca tuya de palos, para que se entretenga en el viaje al otro mundo. Pone algo que identifique a la familia: una espiga si son agricultores, lana si son ganaderos. Y la tela. Esa tela, Nadia, es un DNI.

Nadia da un trago a su cocacola sin dejar de mirar a Mario y él aprovecha para volver a las albóndigas.

–Los hilos dicen quién es el niño que ha muerto. Los azules, quiénes son sus padres, a qué rama pertenecen; los amarillos, qué número entre las esposas ocupa la madre, y los verdes, qué lugar ocupa el niño entre los hijos de esa mujer.

–Mira, no sé de dónde sacó mi padre el dichoso cofre. Y en realidad me importa muy poco. No lo he tirado nunca porque... Yo qué sé, porque mi padre dice que es lo único que me une a Kenia. Si no es mi DNI ni mi cofre ni mi nada, pues ya está. Lo habrá comprado por ahí.

–No pueden comprarse, Nadia. Te he dicho que la madre no llora a su hijo ni se despide de él hasta que termina el cofre, porque así se asegura de que su pequeño puede buscar a los otros miembros de la familia que habían muerto antes que él. Solo cuando está todo listo se permiten enterrarlo y llorarlo. Eso es tu cofre, Nadia. Y si no está enterrado junto a un niño es porque pasó algo, y tu padre seguro que puede aclararnos qué.

–Mi padre no ha hecho nada malo.

Mario suelta el tenedor y fija la vista en los ojos de Nadia.

–Lo sé, lo sé. No quiero meter a tu padre en ningún lío, te lo aseguro. Seguro que pasó algo, que no pudieron enterrar al niño... Lo que sea. Pero sería tan importante para mi trabajo que me lo contara... No son una gente fácil de conocer, ¿sabes? No puedes ir allí y preguntarles, porque rara vez dejan que alguien entre en su aldea. Y tu padre lo consiguió, tu padre ha estado con ellos.

Ha ido bajando el tono mientras hablaba. A su alrededor, el bullicio de las mesas no ha cambiado ni nadie se ha fijado en su conversación. Pero Nadia se gira hacia un lado y hacia otro buscando una cara, solo una, que haya estado pendiente, un solo estudiante curioso que quiera saber más.

–No lo sé, Mario. Él ya no ha vuelto por Kenia. Cuando me trajo renunció a todo eso para cuidarme. No creo que pueda contarte mucho.

Mira el reloj, inquieta.

–Piénsalo, ¿vale? –dice Mario.

Se despiden. Cuando sale de la facultad, ya no hay charcos en el césped y la gente come y charla sentada en el suelo, disfrutando de los rayos de sol que anuncian verano, pero los ignora a todos y camina hacia la parada del autobús sin fijarse en nada.

Y así, sin fijarse en nada, llega a casa. Su padre está en el salón, con el portátil. Levanta la vista un segundo y, al verla, se pone en pie.

–¿Dónde estabas? Me he cruzado a Hugo en la calle, ¿no comías con él?

No hay enfado ni reproche en su voz, seguramente porque no cree posible que le haya mentido; nunca lo hace. Solo parece preocupado.

–Cambié de planes.

–Te he mandado un mensaje.

–No he visto el móvil, lo siento.

Tiene la mochila en una mano y el teléfono en la otra. En un gesto absurdo, lo guarda en el bolsillo del pantalón.

–¿Estabas trabajando? –dice.

Su padre se gira hacia la mesa donde ha dejado el portátil y sonríe.

–No, no.

–Nunca me has hablado mucho de Kenia.

Siguen de pie, uno frente al otro, mirándose.

–¿Qué ha pasado? ¿Alguien se ha metido contigo?

Duda si seguir y, antes incluso de decidirlo, responde.

–No hubo tormenta de arena. En Kenia no las hay.

–No te entiendo, Nadia. ¿Dónde has estado?

Se mantienen uno frente al otro sin gestos, sin cambios en el tono de voz. Nadia suelta la mochila que todavía le colgaba de la mano, se acerca, se aleja, camina hacia el sofá. Cuando se sienta, recoge las piernas contra el pecho y apoya las deportivas en la tapicería. Tal vez sea su forma inconsciente de dejar un resquicio a su padre para que cambie de conversación. Pero no lo hace. Solo se sienta al otro lado del sofá y la mira.

–El cofre...

–¿Has estado con ese chico?

El padre se queda en silencio, como esperando una respuesta, pero Nadia no despega los labios.

–Verás, hay mucha gente que cree que las tribus de Kenia son lo que sale en los documentales, lo que ven cuando van de safari fotográfico. Pero hay muchas, muchísimas poblaciones pequeñas que nadie conoce. Las costumbres varían de unos sitios a otros. Nosotros en Semana Santa hacemos torrijas y en Cataluña hacen monas de Pascua, y somos todos de aquí. A ellos les pasa un poco igual. Ese amigo tuyo...

–No es mi amigo.

–Bueno, pues ese tipo que no sé por qué se acerca a una menor ni por qué aparece en una fiesta en la que no hay adultos, igual sabe algo o mucho, me da igual, de una tribu o de una zona de Kenia.

–Quiere conocerte.

–Me parece muy bien, es por donde tenía que haber empezado.

Están cada uno en un extremo del sofá, y a Nadia le parece, de repente, que se encuentran muy lejos, mucho más de lo que cabe en tres cojines de tapicería blanca.

–¿Lo echas de menos?

–¿El qué? ¿Kenia?

–Lo de ser médico allí, lo de ir de un lado para otro y salvar vidas y todo eso.

Por fin baja los pies del sofá y su padre se acerca, se acerca hasta que están tan juntos que no podrían pasar un hilo entre los dos. Ni un pequeño e insignificante hilo verde.

–Tú eres la única vida que me importa, Nadia. Además, sigo siendo médico. Lo del cuchitril de chapa en el que pasaba consulta y recorrer kilómetros en un Jeep que se estropeaba la mitad de las veces estaba bien con treinta años, pero ya no.

Deja que le pase el brazo por encima de los hombros y que la apoye en su costado. Los dedos de su padre jugueteando con sus rizos, estirándolos para soltarlos luego y que vuelvan a su forma, la han calmado desde que era bebé.

–Y dime, ¿qué tal la vuelta a clase?

Aparca las pocas ganas que le quedaban de batalla y se rinde al cariño. Odia el lenguaje bélico cuando se habla de enfermedades, de relaciones o incluso de deportes, pero ahora sabe que ha iniciado una lucha por saber más, por conquistar un terreno al que de momento no sabe cómo se llega. Y que ahí no valen la violencia ni la fuerza, sino la astucia. Y odia todavía más pensar de su padre en esos términos.

–Te dejo trabajar –le dice por fin.

Y sube a su habitación. El cofre sigue en su sitio, ajeno a la tormenta que ha desatado. Cierra la puerta y lo alcanza. Lo abre. Aparta el muñeco de palos y el burruñito de lana que ahora, tanto tiempo después, tienen un significado, y saca la tela. Hace pinza con dos dedos sin apretar, casi con la misma higiene con la que ha visto mil veces a su padre curar una herida o poner una inyección. Cuando se sienta en la mesa y enciende el flexo, aunque aún hay sol y no hace falta más luz, mira los hilos como no los ha mirado nunca: queriendo entender. Esa tela de colores un poco absurdos, que no pegan, esas líneas irregulares que volverían loco a cualquier obseso del orden y la simetría, son la vida y la historia de alguien que murió. De alguien a quien no ha conocido ni conocerá jamás y que, por alguna razón, su padre le oculta. Pero ahora lo sabe. Esos segundos en los que traga saliva antes de cada respuesta, esa forma falsamente despreocupada de pedirle que

deje de ver a Mario, esa distancia que no había sentido en dieciséis años le dicen que hay algo más y que su padre no quiere contárselo. Acaricia el hilo verde más grueso y el otro, más fino, tan pegado a él que apenas se distinguen uno de otro.

Hace una fotografía de la tela y se la manda a Mario.

«¿Ves ese hilo verde, el que es más grueso que los demás?», le responde él.

«Claro».

«No es el último».

«¿Y?».

«El dueño de ese cofre tiene un hermano más pequeño. No puede ser tuyo. No si viniste recién nacida».

Vuelve a poner la tela dentro del cofre y lo deja todo como estaba. Después llama a Hugo y le cuenta lo que ha hablado con Mario.

–Venga ya, no te vuelvas loca. Te digo que ese tío solo quiere ligar y ha visto en el cofre la mejor manera. No le sigas el juego, Nadia. ¿No quiere hablar con tu padre? Pues que hablen entre ellos.

Para ser Hugo, está bastante enfadado.

–¿Y si es verdad? ¿Y si lo robó y le pillaron y por eso no ha vuelto a Kenia?

–¿Has estado viendo series policiacas? Si lo hubieran pillado, no tendría el cofre, ¿no te parece?

Tiene razón. Hugo siempre tiene razón. Bajo esa capa de sonrisas artificiales y de chistes burdos duerme el cerebro más lúcido que Nadia ha conocido jamás, el tío que mejores consejos da en el mundo. Pero esta vez, solo esta vez, no quiere hacerle caso.

Y Hugo no insiste. Érika está apoyada en el respaldo de un banco cuando salen del instituto al día siguiente. Nadia sonríe y hace un gesto para saludarla, pero al ver que Lola se acerca al banco, detiene el saludo y se queda en una postura extraña, con el brazo a medio levantar, como si quisiera dirigir el tráfico.

–Madre mía, sí que les ha dado fuerte –dice Hugo.

–Mejor para ellas.

Echan a andar, pero Lola y Érika los alcanzan.

–Vamos al parque un rato, ¿venís?

Hay tanta verdad en la voz de Érika como desprecio en la mirada de Lola, así que Nadia dice que no, que tienen que preparar un trabajo de última hora.

–Vaya, debe de ser una fiebre. A mí también me ha mandado un trabajo el de matemáticas, un estudio de estadísticas –dice Lola.

Se despiden de ellas y hacen el resto del camino en silencio, porque Lola tiene el superpoder de poner a Nadia de mal humor. Pero también porque le ha dado la sensación de que sonreía al hablar de ese trabajo. Que, de alguna forma, se burlaba de ella. Le ha faltado decir que sabe que es mentira, que no tienen deberes. Que solo huyen.

Se le olvida todo cuando llega a casa porque su padre está al teléfono, alteradísimo. Han vuelto a ingresar al abuelo.

–¿Y no vamos a ir? –pregunta Nadia.

–Dice la abuela que está bien, que solo le ha bajado el azúcar. He pedido al médico que lo lleva que me llame.

Sigue con el teléfono en la mano y camina por el salón como esos padres de las películas que esperan en la puerta del paritorio a que su hijo nazca.

–Papá.

Sigue mirando la pantalla y recorriendo el salón.

–Papá. ¡Papá!

–Estaba operando, el médico. Pero es raro, no sé, ¿cuánto ha pasado?

–Venga, coge las llaves y vámonos. En dos horas estamos allí.

El padre la mira como si la viera por primera vez o como si acabara de oír la estupidez más grande de su vida; Nadia no sabría decirlo.

–No, no. Tus clases. No puedes perder clases.

Unos cuantos paseos después, llama por fin el médico. No es grave, pero

tampoco es la bajada de azúcar que ha dicho la abuela. Cuando termina de contarle todo a Nadia, llama a Rut.

–Seguro que no es nada, pero me quedo más tranquilo si voy –dice al colgar.

–¿Con Rut?

–Bueno, tú no conduces y yo estoy un poco nervioso, es mejor que vaya con ella. Además, tus clases... Mañana estaré de vuelta. No te importa, ¿verdad?

Media hora después, Rut y él se montan en el coche y le dicen adiós con la mano. No hay maletas pequeñas ni comida en cajas ni camas con velos blancos. Pero se repite la escena, instalada en la rutina sin pedir permiso.

Érika escribe un ratito después. Aún está por el barrio y ha recibido un mensaje de su madre. Nadia la llama y le cuenta, le dice que si quiere dormir en casa.

–Eh, no, no. Mejor me voy a la mía, que tengo allí mis cosas.

–Mujer, si necesitas algo yo te lo dejo.

–Lo de clase. Para mañana.

Qué idiota, cuánto le cuesta a veces darse cuenta de las cosas. Érika está con Lola y tiene su casa vacía.

–Claro, claro –dice, casi avergonzada–. Venga, ya hablaremos.

–Oye, que si no quieres estar sola...

–¡No, no! Tengo muchísimo que hacer, no te preocupes.

–Ya –dice, y Nadia se imagina perfectamente la cara que ha puesto al decirlo–. El trabajo. Oye, avísame si pasa cualquier cosa.

Es media tarde, y con el susto, esperar a que llamara el médico, su padre y la conversación con Érika, Nadia no ha comido. Aún quedan restos de las cajas de Rut en la nevera, pero no tienen muy buen aspecto, así que se sirve un vaso de leche y unas cuantas galletas y sube a la habitación.

El mensaje de Mario la pilla casi dormida. Después de merendar se ha tumbado en la cama a leer un rato y, sin querer, ha ido cerrando los ojos. Le pregunta por su padre y le manda una invitación para un documental que van a proyectar en su facultad. Por si a él le interesa ir, y así se conocen. Nadia le responde que su padre ha tenido que marcharse, pero que se lo dirá por si regresa a tiempo y, en cuanto envía el mensaje, vuelve a cerrar los ojos, aunque ya no se duerme y termina por levantarse para hacer la redacción que les ha encargado la profesora de lengua.

Le cuesta concentrarse en nada que no sean Kenia, el cofre y Mario. Aun así, escribe. La voz chillona de Lola diciendo que menuda movida ser médico y que te pillen robando le viene a la cabeza cada poco, así que se vuelca en la redacción y vomita estupideces sobre lo incómodo que es tener en casa a alguien extraño. Casi le duele, porque si hay alguien que no tiene la culpa de nada es Érika, pero necesita soltar el enfado. Exagera el desorden que ha supuesto tenerla allí, las idas y venidas de sus amigos, la pinta como una imbécil y, cuando acaba, cierra el cuaderno, lo mete en la mochila y

olvida que está ahí hasta que, a segunda hora del jueves, la profesora de lengua les dice que van a leer lo que han escrito.

Pide voluntarios y Hugo levanta la mano. Tan intenso como siempre, cuando ha leído tres párrafos hablando del olor, el color y el sonido del mar, la profesora le dice que está muy bien, pero que mejor dejan hueco para que lean otros de la clase.

–Nadia.

Veintisiete alumnos en clase. Cinco manos levantadas. Y ella, medio oculta detrás de la espalda de Lucas, se creía a salvo.

–Eh... La verdad es que...

–¿No has escrito, Nadia?

–Sí, sí –levanta el cuaderno cerrado–, pero que no merece la pena.

–Lee.

La profesora tiene la lista frente a ella y el bolígrafo rojo con el que anota positivos y negativos en la mano. Nadia abre el cuaderno despacio y mira a Hugo, que sonríe animándola porque no sabe la basura que ha vomitado sobre el papel.

Lee despacio, con la nariz tan pegada a las hojas que le cuesta interpretar su letra. Se salta algunas frases, las más crueles, y el resultado apenas tiene sentido.

–Es un buen... borrador –dice la profesora–. Pero le falta trabajo.

Hugo la mira, se encoge de hombros y le muestra las palmas, como preguntándole qué es toda esa basura que ha leído, y ella dice que no con la cabeza. Ya se lo explicará luego. Medio atiende a las tres o cuatro redacciones que llegan después y se lamenta por no haber tenido el valor para negarse, como ha hecho Jairo, que dice que no se acordó, o como Chira, que rebusca entre sus cosas y contesta que no la encuentra, que la habrá dejado en casa.

–Pero la tengo, profe, mañana te la traigo.

Y todos ríen. Hasta para mentir hay que ser gracioso.

Suena el timbre y Hugo se acerca, como un resorte, antes de que termine de recoger sus cosas.

–¿A qué ha venido toda esa mierda? Creía que te caía bien.

–No pensaba leerla.

–Joder, Nadia. Al menos Érika no conoce a los de clase y no va a enterarse de esto.

Se sientan en su sitio, junto al árbol. En el patio cada uno ocupa su lugar, como si necesitaran reafirmar quiénes son o como si quisieran facilitar que quien los busque los encuentre. Tal vez por eso Lola camina directa hacia donde están.

–Vaya, creo que me he perdido una lectura de lo más interesante.

–Tampoco tanto –dice Hugo–, la gente es muy exagerada. ¿Quién te ha ido con el cuento?

–Ya sabes, esto es tan pequeño que nos conocemos todos.

–Sí. Todos. Todos sabemos cosas de todos, todos podemos ir con cuentos.

Hugo la mira mientras lo dice. Se queda de pie, tan estirado que hasta parece más alto. Nadia lo quiere. Definitivamente, lo quiere por ser capaz de amenazar así a Lola sin despeinarse, pero más aún porque sabe que está fuera de sitio, que él no es así, que solo la está protegiendo. Cuidado con mi cachorro. No te acerques. Hugo solo es madre para Nadia, ni siquiera para sus amigos guapos, morenos, de dentadura perfecta. Ni siquiera para él mismo.

Lola sonríe, asiente y se marcha hacia otro rincón del patio.

–No hacía falta –dice Nadia.

–De nada.

Ha vuelto el Hugo que le quita importancia a todo, que sonríe aunque no le cuenten nada gracioso.

–Sabes que se lo va a contar, ¿no?

Claro que lo sabe. Que Lola llamase a Érika con lo de la redacción entraba dentro de lo esperable. Que lo hiciese antes incluso de que sonara el último timbre, no tanto. El teléfono ha vibrado en la mochila y el profesor de inglés se ha girado un segundo, como para localizar el ruido. Otros quitan la vibración y el sonido durante las horas de clase, pero Nadia no es tan popular. Piensa una excusa para tenerlo encendido, el abuelo que está malo y su padre que se ha ido a verlo. Los dramas familiares siempre funcionan. No le hace falta: el de inglés vuelve a la lista de verbos irregulares y Nadia aprovecha para abrir el bolsillo y toquetear casi a ciegas hasta que consigue poner el teléfono en modo avión. Después, mientras todos salen atropellados y Hugo la espera, como siempre, hasta que termina de recoger, lo activa de nuevo.

«¿Un mal día?».

Es de Érika. Se lo enseña a Hugo.

–No ha tardado, ¿eh? Qué poca vida debe de tener esa chica. O qué desesperada está por ligarse a tu hermanastra.

–No. Es. Mi. Hermanastra –Nadia hace una pausa después de cada palabra y finge que se ha enfadado, pero con Hugo es imposible.

–A mí me molaría tener una hermanastra, la verdad. Y una madrastra. Puestos a elegir, hasta preferiría un padrastro, y del príncipe azul ni hablamos, pero, en fin, me conformo con lo que tengo –mira el reloj–. Y lo que tengo se cabrea si llego tarde a comer.

Quedan en verse luego para buscar información sobre procesos de reciclado, porque el instituto se ha apuntado a un proyecto de una asociación y el de educación física ha dicho que subirá la nota a los que colaboren. No tiene nada que ver con su asignatura, pero él es así: lo mismo los embarca en una obra de teatro que en una limpieza de residuos de un parque. Todo es educación, dice. Mejor eso que el test de Cooper con el que los torturaba el del tercero.

Nadia no contesta al mensaje de Érika. Su padre llama para contarle cómo sigue el abuelo. Al final no tiene nada que ver con el azúcar, sino con su corazón, y ha decidido quedarse un par de días. Rut ya se ha vuelto a Madrid.

–Si necesitas algo, llámala. Te mando ahora su contacto –dice al terminar.

Y ella le da las gracias, aunque, no sabe bien por qué, no archiva el teléfono que le ha mandado su padre. En lugar de eso, responde a Érika:

«Seguro que Lola lo ha exagerado, es una lianta».

Ha escrito y borrado varias veces y, al final, ha decidido quitarse de en medio echando a otro la culpa.

«Siento haber sido tan incordio», escribe Érika.

Y ante eso ya no sabe en qué escudarse.

«Ha sido una idiotez, la de lengua me ha pillado por sorpresa».

Érika responde con un audio muy largo. Nadia se alegra de oírla, porque su voz transparenta que no está enfadada. No habla de Lola ni de la redacción, solo le pregunta por el abuelo.

–No será nada, ya verás –dice al final.

Nadia escribe y borra, graba un audio y lo borra también. Y llama.

–Se me da fatal lo de los audios –dice cuando Érika descuelga.

–Ni fiestas, ni redes, ni audios... El siglo veintiuno se te queda grande, ¿eh?

Charlan un rato sobre lo que sabe cada una del viaje relámpago y sobre lo loca que se está volviendo la madre de Érika con la graduación.

–Pero si faltan casi dos meses.

–Yo creo que es porque viene mi padre y siempre se pone nerviosa.

–No le digas eso al mío, lo que le faltaba.

–No, no, no es eso. Es que, cuando viene, lo mira todo con lupa y me pregunta si me gusta el instituto, si me gusta el barrio... Y mi madre debe de pensar que en una de esas voy a decir que no, que prefiero irme con él al culo del mundo a pasar frío.

Cuando parece que lo de la redacción pertenece ya a ese otro siglo en el que Nadia se hubiera sentido más cómoda, Érika saca el tema.

–Que lo siento de verdad. Lo de invadir tu casa. A veces me dejo llevar...

–No, lo siento yo. En serio, que todo lo de esa redacción fue una gilipollez, es que tenía un mal día, mi padre...

–¿Te has peleado con tu padre?

–No exactamente.

–A veces me alegro mucho de que el mío viva en Oslo –se queda un instante en silencio. Solo un instante, en el que Nadia la oye respirar–. Otras no. Pero el tuyo es un buen tío.

–Sí, es solo que... Es muy largo para contártelo ahora.

–Tus historias siempre son largas.

Nadia imagina los gestos de Érika, esa forma de tamborilear con los dedos en la mesa cuando espera algo. Tal vez ella también la imagine estirando y soltando sus rizos. Le habla del trabajo de educación física para rellenar el silencio y ella se ofrece a ayudar, porque su abuela lleva años recogiendo latas y porquerías y mandándole fotos de las cosas que hace con ellas.

–Su casa parece el museo del reciclaje, así que asunto resuelto. Tienes la

tarde libre.

–Me da mucha pereza escribirlo, pero si tenemos esas fotos será más llevadero.

–Te lo cambio por buscar vestido para la graduación con mi madre.

Ríen ignorando la nube de silencios que flota sobre sus cabezas y se despiden hasta el día siguiente, como si fuera rutina también llamarse a diario. Falta un rato para que llegue Hugo, y Nadia aprovecha para cambiarse y repasar el camino hasta la Facultad de Antropología, aunque sabe de sobra cómo llegar. No es que quiera ver a Mario, pero lo mismo en ese documental que van a proyectar dicen algo de su aldea o de los cofres. Y ahora que la abuela de Érika va a resolverles el trabajo, tampoco tienen otra cosa que hacer.

–Tía, que soy yo. Que yo te acompaño, pero no me tomes por tonto –le dice Hugo cuando le suelta todo su argumento–. ¿Qué te ha dicho la vikinga de la redacción?

–Podías llamarla por su nombre alguna vez. Ni hermanastra ni vikinga...

–No me gustan los nombres esdrújulos, lo siento. Se me atragantan.

Y es verdad. Hugo es capaz de algo tan absurdo como catalogar a la gente por el lugar que ocupa el acento en su nombre. Y, a la vez, de borrar cualquier etiqueta dos segundos después de conocerlo.

Esta vez Nadia no se fija en lo que otros hablan en el autobús, porque va charlando con Hugo. Él cree que la universidad está sobrevalorada y planea estudiar algo diferente. No sabe qué, pero será diferente. Si se le ocurriera una nueva titulación la abrirían solo para él, Nadia está segura.

–Yo iré a la universidad cuando me llamen para dar clases.

Un chico que va un par de asientos por delante del suyo se gira y lo mira como si hubiera dicho una estupidez muy grande. Pero, al momento, sonríe.

–Creo –dice Nadia en voz más baja– que lo de ligar en los autobuses todavía no es titulación oficial. Pero sigue insistiendo.

Hay gente en el césped, corrillos de estudiantes. Nadia se lo enseña todo como si ella perteneciese a ese lugar. Solo ha ido una vez, pero siente que podría dibujar un mapa de esa parte del campus con los ojos cerrados. Al entrar en la facultad le va señalando los carteles, los detalles y, aunque Hugo no muestra la misma fascinación que sintió ella el primer día, se deja llevar para un lado y para otro.

–Vamos a buscar a Mario y que nos diga dónde es –dice Nadia.

–Y hacemos como que no hemos visto eso –Hugo señala un cartel idéntico a la invitación que Mario le mandó a Nadia. Tiene una flecha en rojo que indica la dirección.

Están en el pasillo de Antropología, decidiendo si van directos a la sala de proyecciones o si pasan primero por el despacho, cuando se abre la puerta y salen Mario y Lola.

–Vaya, qué casualidad –dice ella con su voz de estropajo.

En cuanto los ve, Mario se acerca a saludar a Nadia y le explica que Lola le ha escrito porque está interesada en saber más de Kenia y de la tribu de donde procede el cofre.

–Bueno –dice ella–, no es por el cofre, ya ves, es para ese trabajo de estadística que estoy haciendo –hace una pausa demasiado larga–. Sobre las adopciones.

Nadia está segura, ahora sí, de que ha sonreído al decirlo.

Y con esa sonrisa clavada en alguna parte del cerebro que no logra identificar, hace el camino de vuelta. Para Hugo el documental ha sido un tostón, demasiados datos y pocas historias, lo que le ha dado alas para seguir metiéndose con la universidad durante todo el viaje.

–Si me voy a aburrir igual que en el instituto, pero con gente más rara alrededor, paso.

–Venga ya. Tú tendrías que estar enamorado de todo esto, de la libertad que se respira...

Hugo la interrumpe con una carcajada.

–Claro: como hay una bandera arcoíris enorme, estoy en mi sitio.

Nadia sabe que no está enfadado, pero también ha notado el tono irónico en la voz.

–Yo creo –añade Hugo, sin dejar ni un resquicio para volver a lo que estaban hablando– que Lola quiere ligarse a tu antropólogo.

Y Nadia se traga las ganas de decirle que no es *su* antropólogo, y le sigue en el cambio de tema, porque también eso es la amistad, y porque, desde que ha visto a Lola, le ha nacido una preocupación extraña en el estómago.

–Pues yo creo que quiere encontrar algo con lo que darme por saco. Y hasta que no lo encuentre, no va a parar quieta.

El resto del camino charlan sobre algunas de las cosas que han visto en el documental. Hugo se habría ahorrado la parte de las circuncisiones y a Nadia le habría gustado que fuese más largo, saber más de ese lugar que debería sentir como suyo y que no le despierta absolutamente nada. Cuando han hablado sobre el tráfico de niños ha imaginado la sonrisa de Lola, pero sabe que es eso, algo que ha imaginado, así que ni siquiera lo comenta con Hugo. Y sigue así, haciendo como que no le preocupa, hasta que, después de cenar, llama su padre. El abuelo está mejor y es posible que le den el alta.

–No lo dices muy contento.

–Es que no estoy seguro de que sea buena idea. Aquí está controlado. Y en casa, ellos dos solos...

–¿Por qué no les dices que se vengan?

Sabe la respuesta antes de que su padre se la dé. Sabe que el abuelo se negará, que la abuela dirá que Madrid es todo contaminación y ruido y gente.

–Dentro de nada nos darán las vacaciones, yo me puedo ir allí a

cuidarlos.

–Sí, Rut también se ha ofrecido a pasar aquí unos días.

A partir de ese momento la conversación se enrancia un poco. A Nadia el nombre de Rut se le atasca en la garganta últimamente. No sabe cómo ha pasado de ser la mujer despeinada que se cruzaba en el pasillo los sábados al elemento imprescindible en todos los planes de la familia.

–¿Qué tal por allí? –dice su padre.

–Bien. Ya sabes.

–¿Tienes mucho que estudiar? Rut dice que Érika está hasta arriba.

–No, no. Solo algunos trabajos.

–Y... ¿todo bien? ¿No has salido? ¿No has necesitado nada?

Duda un instante si contarle lo del documental y un segundo después sacude la cabeza.

–Hugo y yo hemos ido a Somosaguas, a ver un documental.

Le cuenta que Mario le mandó la invitación por si él quería ir y su padre calla. Le habla de los elefantes, los que viven libres, escondidos de los turistas, de los niños cubiertos de barro que adoran a un dios que no tiene nombre.

–Sí lo tiene –la interrumpe.

–¿Iremos alguna vez?

–No todo es como sale en los documentales, ¿sabes? Es complicado ver algo más allá de los circuitos turísticos. Si el abuelo se pone bien, este verano podemos escaparnos al Caribe.

–Claro, el Caribe no es nada turístico.

Nadia intenta que la risa suene fresca, pero no lo logra.

–Tengo amigos que nos pueden hacer de guía, lejos de los sitios más conocidos.

–Sí, claro, genial. Dales besos a los abuelos. Y diles que iré pronto.

Cuando cuelga, recibe un mensaje de su padre con una fotografía de un lugar verde y azul, agua y selva sin frontera clara. Esas imágenes tan de catálogo de agencia de viajes.

«Costa Rica. Seguro que te encanta».

Contesta con una carita sonriente, aunque odie Costa Rica desde que ha visto la foto. Revisa las redes, pone «megustas» aquí y allá, manda un par de mensajes a Hugo sobre las tareas que no han hecho. No le apetece ver ninguna serie ni leer ni, por supuesto, hacer deberes, pero tampoco quiere dormir. Casi sin querer, como si llevara evitando algo inevitable desde que se ha despedido de Hugo, abre el buscador y teclea: «Kenia tráfico de niños».

Le duelen las noticias de niños soldado, los artículos sobre riñones vendidos a precio de carnicería barata, los abusos sexuales. Una niña con el pelo alborotado sonríe a la cámara y Nadia se estira uno de los rizos y lo suelta. La niña no lleva gomas de colores ni horquillas. A la abuela le encantaría que la dejasen peinarla, seguro. Abre el artículo y lee cómo a

Jahaira la vendieron a un familiar, cómo abusaba de ella y luego la prostituía entre sus amigos. La niña sonríe en todas las fotos. La de antes, con sus padres; la de después, con su tío; la del centro de acogida en el que vive ahora. El uniforme azul le queda tan grande que parece un disfraz. Jahaira, aclara el artículo, no es su nombre. Como si hiciese falta ocultar su nombre cuando está su cara. Sonriendo. No puede volver a casa porque los ha deshonrado. Porque ya no la quieren. No a la Jahaira que es ahora. Pero sonríe. Jahaira quiere ser médico si llega a hacerse mayor.

Nadia lanza el teléfono sobre el sofá, lejos, como si manchara o contagiase algo muy malo, y sube a su cuarto. Baja el cofre y lo vuelca sobre la cama. Llora un rato sin casi darse cuenta. Solo son lágrimas que caen, pero no limpian ni arrastran nada. No liberan tampoco. Pero es que Nadia es libre y, cuando mañana charle en el patio con sus amigos, cuando mienta a la profesora sobre por qué no ha hecho las tareas, cuando se cruce con Lola y la odie un poco, seguirá siéndolo y se habrá olvidado de ese instante de conciencia del mundo que la aplasta ahora mismo.

Coge la tela que ya no siente como suya y la mira de cerca. Clava la uña entre los dos hilos verdes y después los acaricia. Y acaricia el muñeco de palos. Y el burruñito de lana. Pastores, por eso la lana. Eso dijo Mario. Pastores que hicieron un cofre para un hijo muerto. Se tumba en la cama y sueña con los elefantes, con los paisajes de Costa Rica, con niños que van y vienen. Que sonríen. Se despierta tantas veces que, para cuando amanece, solo quiere que todo sea mentira y que la pena que se le ha metido dentro se vaya con la luz.

No se va, no. Pero aprende a vivir con ella, a arrinconarla como ese jersey viejo que siempre se libra de las limpiezas de temporada.

Le cuesta escribir a Mario porque no sabe bien qué decirle. Ya ha dejado de lado el tonteo de los primeros mensajes y, aunque debería ser más fácil, no encuentra las palabras. Lo piensa durante todo el desayuno hasta que le manda un «¿Podemos vernos?» al que Mario contesta con una hora y una ubicación. No es el despacho de la facultad, así que busca cómo ir y calcula si le da tiempo a llegar después de clase.

La dirección que Mario le ha enviado es de una tienda pequeña en una calle de Lavapiés. Fuera, colgada de la pared, hay una tabla con collares de cuentas de colores, y junto la puerta, un perchero con camisas bordadas. Duda si entrar y mira los portales a los dos lados, por si la aplicación de mapas se ha confundido, pero Mario la saluda desde el otro lado del cristal. Al abrir la puerta, un móvil de campanillas de barro llena de tintineos el local. Mario se acerca y le da dos besos. Hay un hombre leyendo el periódico detrás del mostrador que aprovecha que ellos están en la tienda para salir. Nadia no sabe si lo ha hecho para dejarlos solos o porque de verdad necesita ese café que ha pretextado, pero se siente mejor cuando sale de la tienda y el móvil de campanillas lo despide. Mario le va enseñando los objetos que hay desperdigados aquí y allá.

–¿Ves esta estera? –le dice, señalando una alfombra tejida con cáñamo o algo parecido que cuelga en la pared–. Es de una tribu de Madagascar. Desentierran a sus muertos cada cinco años y les cambian la mortaja. La vieja se la dan a las mujeres, porque creen que las hará más fértiles.

Nadia la mira, pero ni se acerca a tocarla. Después Mario le muestra una vasija que dejan fuera de no sé qué aldea cuando alguien muere para que el muerto sepa que ya no puede comer ni beber con los suyos, que tiene que pasar al mundo de sus antepasados. Y así le va enseñando un montón de objetos relacionados con la muerte, hasta que llegan a un cofre parecido al suyo. Está dentro de una vitrina, el único objeto en toda la tienda que está protegido.

–¿De verdad vale tanto?

–No está a la venta. Kayud mantiene esto vendiendo las baratijas que hay en la entrada, pero todo lo que te he enseñado es más un museo que otra cosa. Y a veces –Mario mira a los lados y baja el tono de voz–, a veces ayuda a los que lo necesitan, porque aquí en Europa no es tan fácil cumplir con los

ritos tradicionales.

El tiempo pasa dentro de la tienda a otra velocidad. Mario describe cada objeto, le cuenta lo que es, para qué lo usan. Kayud vuelve con un café en la mano y habla por teléfono como si ellos no estuvieran allí, pero al salir les regala un collar muy fino y les dice por gestos que se lo pongan. Mario ríe, dice que no con la cabeza y al final se lo cuelga a regañadientes. Está tan colorado que Nadia le pregunta.

–Es para la fertilidad –dice cuando ya han salido–. Tú veras lo que haces con el tuyo.

–Por eso te has puesto como un tomate.

–Mejor que no entiendas su idioma. Yo lo entiendo poco y me ha parecido una burrada lo que ha dicho.

Caminan hasta una tetería dos calles más abajo y, cuando él abre la puerta y la invita a entrar, Nadia se queda parada un momento.

–Si prefieres irte a casa... Igual es tarde para ti.

Esta vez no siente que la esté llamando cría ni se enfada. Al contrario. No sabe explicar por qué, pero confía en ese hombre. Y esa confianza hace que, antes de que les sirvan el té, ya le haya contado toda la historia del cofre, de su vida, de Érika...

–Así que esa chica, Lola, dice que está haciendo un trabajo sobre adopciones internacionales, pero en realidad... –Mario se calla un instante, como si buscara las palabras–. No entiendo nada. En todo caso, le expliqué que en mi departamento no sabemos mucho de adopciones y me siguió preguntando por los Bukusu y por las arcas de vida.

–Solo quiere acercarse a Érika, creo.

–Pero ella no tiene nada que ver con Kenia, solo sois hermanastras, ¿no?

Sonríe al decirlo y en los bordes de los ojos se le forman unas arrugas diminutas.

–No es mi her... Bah, déjalo. Solo, por favor, no le cuentes mucho hasta que yo no sepa...

–¿Por qué me has llamado? –la interrumpe–. No sé si tu padre está siempre fuera o qué y, la verdad, ya te lo dije, no me siento cómodo.

Nadia respira hondo y el aroma a té, a tabaco, a fruta demasiado madura se le mete en la nariz y hasta le nubla un poco la vista. El camarero deja unos vasos de cristal sobre la mesa y sonríe.

–Mi padre está fuera, eso es cierto. Pero también es verdad que no quiero que hables con él. Ese cofre está ahí desde siempre, nunca le he hecho mucho caso y ahora resulta que es valioso, o raro, o qué sé yo, que no es lo que mi padre me ha dicho siempre que era. Y no sé si me ha mentido en algo más. Cuando le pregunto, responde con chorradas o cambia de tema. Y me fastidia, porque nunca ha sido así.

Mario asiente mientras Nadia habla. Sopla el té pero no se lo lleva a los labios, como si temiera quemarse.

–¿Sabes esos hilos verdes? –dice cuando al fin da el primer sorbo.

Nadia contesta que sí con la cabeza.

–Están demasiado juntos. He preguntado a algunos conocidos, les he mostrado la foto y estoy esperando que me respondan.

–¿Mi foto? ¿La de las cosas de mi cofre?

Nadia intenta no levantar la voz, pero la pareja que se sienta al otro lado del local se gira.

–Hasta que no sepa qué es –dice ya en un tono mucho más bajo–, no quiero que ande por ahí.

–Créeme, la gente a la que he preguntado no será un problema. Como mucho te ofrecerán dinero por el cofre.

–No quiero dinero.

–Lo sé. Pero ellos no, así que nos darán toda la información que necesites.

De repente le parece que no debería estar allí, que es todo demasiado oscuro, puede que ilegal, que a fin de cuentas no sabe quién es Mario, que si el cofre es valioso puede estar engañándola. Y él parece darse cuenta.

–Tranquila, Nadia, no pienso robarte ni meterte en ningún lío. Solo prométeme que hablarás con tu padre. No me gusta hacer esto a sus espaldas.

A Nadia tampoco le gusta. Se promete hablar con él, hasta ensaya lo que le dirá y prepara respuestas para las evasivas a las que su padre, en los últimos días, la tiene tan acostumbrada. Pero cuando lo ve entrar al día siguiente, arrastrando la maleta y la pena, se olvida de todo lo que ha planeado y lo abraza sin más.

–¿Cómo está el abuelo?

–Mejor, mejor. Ya lo conoces.

Sí, lo conoce. Y por eso su padre está preocupado: porque sabe que no se quedará en casa, que no hacer esfuerzos, para él, significa levantar la azada en la huerta con un poquito de cuidado, pero levantarla de todas formas. Y que no se perdonará el vino con los amigos ni el trozo de queso, porque qué sabrán los médicos. Cuando dice algo así, mira a su hijo y se encoge de hombros, como si fuese una verdad que, aunque oculten, todos saben.

Nadia le quita la maleta y la lleva hasta la habitación. No hará falta separar lo limpio de lo sucio, viniendo de casa de la abuela. Y después se sienta con él en el sofá y le deja que hable.

–¿Has llamado a Rut?

Él niega con la cabeza y Nadia siente una punzada de felicidad y, luego, una de culpa.

–Llámala, anda, que estará preocupada.

Para cuando Rut y Érika aparecen en la puerta, al padre de Nadia le ha dado tiempo a comer, echar una siesta y ducharse. Tiene mucho mejor aspecto, pero esa tristeza que arrastra desde que llegó y las ojeras moradas no se han ido con la ducha. Rut y él se abrazan en silencio y las chicas se van a la habitación también sin decir nada. Tal vez estén llorando y eso es más de lo que Nadia quiere soportar.

–¿Qué tal está? –Érika señala hacia las escaleras.

–¿Mi padre?

–Sí, del abuelo ya me han contado.

No ha dicho «tu abuelo» y, aunque suena raro, a Nadia no le molesta.

–Bueno, supongo que quiere estar aquí y allí, quiere ser el hijo, el médico y el enfermero. Y, si lo dejaran, también el padre, porque mi abuelo –ella sí usa el posesivo adecuado– es como un niño a veces.

Es sábado, media tarde, seguro que Lola ya sabe que Érika está en el barrio. No le pregunta para no repetir el ridículo de cuando la invitó a

dormir hace unos días, así que siguen plantadas en el centro de la habitación, quietas, hasta que resulta tan absurdo que las dos se ríen sin saber bien por qué.

–¿Has quedado con Hugo?

Nadia asiente.

–No sabía que venías, pero le escribo y lo dejamos.

–No, no. Si has quedado con él, y no molesto –sonríe al decirlo, con esa inocencia tan suya que lo vuelve todo azul–, me apunto.

–¿Y Lola?

Dice que no con la cabeza y Nadia no pregunta más. Se arregla en un momento y bajan hasta el salón. Los mayores están en el sofá, muy juntos, con la televisión encendida.

–¡Nos vamos, sed buenos! –grita Érika.

Se encuentran con Hugo en el parque. Lleva más ropa de la que apetece, por el calor, pero se justifica diciendo que luego refrescará y serán ellas las que se arrepientan. Érika y él se saludan con dos besos.

–Pensaba que iba a ser otro sábado aburrido, qué bien verte, Erika. ¿Puedo llamarte Erika, con acento en la i? Es que tengo problemas con las esdrújulas.

–Claro, Hugó.

Qué poco les cuesta llevarse bien. Mientras, Nadia le da vueltas a lo que Hugo ha dicho y se pregunta si estar solo con ella todos los fines de semana es tan aburrido.

Hay un banco justo al lado de donde están. Lo miran, pero, como si se hubieran puesto de acuerdo sin usar las palabras, descartan sentarse y echan a andar. Caminan sin rumbo y, cuando se acercan a los grupos que charlan y beben y ríen, cambian de dirección. Aunque parece casual, Nadia no tarda en darse cuenta de que es Érika la que imprime esos giros.

–¿Estamos huyendo de alguien?

Hugo se encoge de hombros como si no supiera de qué le habla, porque seguramente no sabe de qué le habla. Pero Érika se pone un poco tensa, dice que no, que qué tontería, que por qué va a tener ella que esconderse de nadie.

–O sea –concluye Hugo–, que sí.

Siguen paseando en silencio y, sin acordarlo, sin saber esta vez quién guía, salen del parque y caminan hasta el descampado que a veces atraviesan para llegar a la estación de tren. No es un barrio en el que se use mucho el cercanías, y menos en fin de semana, así que están casi solos. Algún perro con su dueño, algún corredor, ciclistas...

–Anda que no me he escondido veces aquí –Hugo se ríe solo–. Madre mía, ni me acordaba ya de aquella época. Tienes que venir más, vikinga, para que te enseñemos el barrio.

Se sientan, al fin, en unas piedras grandes y cuadradas que parecen el dique de un puerto. Unos metros más allá hay un chico con un espray,

pintando en uno de los cubos de piedra. Los mira y sigue a lo suyo.

–No es mala tía, de verdad.

–Un poco sí, ¿eh? –dice Hugo–. Vamos, que no sé qué te pasa con ella, pero a Nadia la tiene frita. ¿Te ha dicho que fue a buscar al antropólogo ese...?

–Mario –interrumpe Nadia.

Érika asiente. Explica, sin que nadie se lo pida, lo del trabajo de matemáticas. Cada poco dice «de verdad» o «en serio», como si ni ella misma se creyera lo que está contando.

–Adopciones internacionales en Kenia, tía, no es casualidad. Va a por Nadia, lo que no sé es por qué.

Érika se queda en silencio. Mira a Hugo como para responderle, pero no dice nada.

–No es por ella –responde al fin–, es por el cofre. Dice que los ricos os creéis con derecho a coger todo lo que no es vuestro. Vive aquí porque sus padres se separaron...

–¡Venga ya! –dice Hugo–. No te has podido tragar ese discurso. Pobrecita de mí, marginada entre los pijos. ¿No ves lo que intenta?

No, claro, cómo va a verlo. Seguro que solo ve a la chica que le gusta, la que quiere hacer un frente contra los otros, contra los enemigos. Y por más que Hugo y Nadia le explican que la manipula, no deja de defenderla.

–Así que mi padre es el enemigo público número uno, ¿no? No tiene nada que ver que te quiera para ella sola ni que pretenda separarte de nosotros. Es una relación tóxica de manual, Érika. Enfrentarte a tus amigos, aislarte, que ella sea la única a la que puedes recurrir. Cuando consiga que nos odies, irá a por tus amigos, los de tu barrio, los de tu instituto, y entonces no será ricos y pobres, será otra cosa.

–No fue muy bien, ¿sabes? El día del cine no fue bien. Ese chico que te acompañó al metro se metió con ella, le dijo que no encajaba allí.

–¿Tú estabas? –pregunta Hugo–. Cuando se lo dijo, ¿estabas delante?

Érika niega con la cabeza y el pelo casi blanco se mueve cuando ella ya ha parado el gesto, como si tuviera vida propia o como si quisiera dejar claro que ha dicho no.

–Un tío, por lo que me ha contado Nadia, que deja a sus amigos en el parque y se va a acompañarla al metro, que ni se atreve a besarla y cuando lo intenta le sale fatal, al pobre. Y ese tío se ha metido con Lola y le ha dicho que no encaja. ¿No encaja por qué? ¿Porque es de aquí? Nadia también, y a él no parecía importarle. Lo de los ricos y los pobres es como de nuestros abuelos, vikinga. De película mala. ¿Quién es ella, el macarra de la moto o la niña rica que quiere tirárselo?

–No la conocéis. Es maja, de verdad, me río con ella y me cuida.

Nadia se levanta y camina hacia donde el chico del espray sigue pintando. Traga saliva y da pasos largos que luego desanda.

–Tú no necesitas que te cuide nadie. No necesitas que te protejan de los

malos, porque no hay malos. Y a esa le importa una mierda mi cofre, solo quiere jodernos, ¿sabes por qué? Porque cree que acabarás viviendo en mi casa y, en lugar de pensar que es genial, que te va a tener cerca todos los días, quiere que mi padre sea un monstruo del que deberías huir. ¡Claro! ¡Huye y refúgiate en Lola!

El chico del espray se gira y Hugo se levanta, se acerca a Nadia y le dice muy bajito que se calme.

–No creo que Érika necesite tampoco que tú o yo la salvemos, así que vamos a tranquilizarnos todos. Solo ten cuidado, ¿vale, vikinga?

Durante un rato se quedan los tres en silencio mirándose las puntas de los pies, limpiando la piedra sobre la que están sentados.

–Lo del cofre... –dice Érika sin levantar la vista–. Lola quiere demostrar que tu padre lo robó. Estuvo con ese Mario y le contó no sé qué mierdas de unos hilos, aunque luego ya no quiso contarle más, así que está convencida de que no es tuyo. Mientras investigaba descubrió que en Kenia han prohibido las adopciones internacionales porque hubo mucho tráfico de niños, europeos pagando para traerse bebés, ricachones comprando órganos y cosas así. Dice que... –calla un momento, como si estuviera buscando las palabras que va a decir– que hay algo oscuro en tu adopción. Le ha pedido al de matemáticas que le haga un papel diciendo que está investigando para un trabajo, porque quiere ir a preguntar a la embajada de Kenia.

Nadia no se ha movido mientras Érika hablaba. Solo la mira y dice que no con la cabeza.

–Vikinga –dice Hugo–, muy buena persona no es.

Cuando Érika levanta la vista ya no hay ni rastro de la tristeza que la ha acompañado todo el tiempo. Sus ojos están claros, limpios. Y Nadia juraría que hay decisión en ellos, pero tal vez es porque quiere creerlo así.

–Lo sé. Pero me sigue gustando. ¿Soy imbécil?

Nadia se levanta y la abraza. Después Hugo se une a ellas y hace bromas sobre lo ridículos que están.

–Imbécil no –dice Nadia–. Un poco inocente, como mucho.

Está oscureciendo y el chico del espray se aleja de su pintada, como para verla, y vuelve a acercarse. No se quedan a ver el resultado, caminan de vuelta a casa. Al llegar a la esquina de la calle de Hugo, se despiden de él.

–¿Nos veremos pronto, Hugó?

–Siempre que vengas. Si no tienes otros planes...

Cuando se quedan solas, Nadia le habla de la tienda de Kayud.

–Gracias –dice Érika.

–¿Por?

–Por contármelo. No le diré nada a Lola, tranquila.

–Si no estuviera tranquila, no te lo habría contado. Además, los secretos... son como bombas. Una vez que los sueltas de tu mano, ya no controlas cuándo explotarán.

Nadia hace con los brazos el gesto de una gran explosión. Llegan a la

puerta de casa y, antes de entrar, le dice a Érika que aún no ha hablado con su padre.

–¿Me estás pidiendo que te guarde un secreto?

Sonríe de forma exagerada y repite el gesto de la explosión que ha hecho Nadia hace un rato, seguramente para dejar claro que es una broma.

–Iba a decírselo hoy, ¿sabes?, pero ha llegado tan hecho polvo que me ha dado cosa.

–No tardes, que los secretos, además de explotar, se enquistan.

Al entrar en casa se olvidan de los secretos y dejan que el padre de la una y la madre de la otra las mimen y las agasajen como si llevaran cien años sin verlas. Como si en esa cocina en la que cenan, en ese tiempo en el que ríen, fueran una verdadera familia.

Pero a Nadia, aunque no lo diga, la idea de familia aún le queda grande. Escucha a Rut hablar de lo cabezota que es el abuelo y se aguanta las ganas de reclamarlo como propio. Nunca ha tenido madre ni la ha echado en falta, ni siquiera cuando en el colegio hacían manualidades o collares con macarrones y todos salían felices a regalárselos a sus madres, y no termina de gustarle que Rut quiera ocupar ese espacio. Disimula durante toda la cena, sonríe, incluso cuenta alguna anécdota de los abuelos. De verdad que lo intenta.

–En ese pelo –dice su padre, alargando la mano hasta casi tocar a Érika– se pueden poner muchas gomas de colores, prepárate.

Érika se hace dos coletas con las manos y las mueve. Todos ríen. Menos Nadia.

Recogen la mesa después de cenar y las chicas se ocupan del café. En el pacto de dos –yo cocino, tú recoges y haces el café– ahora son cuatro. Casi han dado las once cuando terminan.

–¿Os lleváis mi coche? –dice su padre–. O llamamos a un taxi.

–Es sábado...

Rut habla con voz melosa, lo mira, sonríe, y él le devuelve la sonrisa. Érika, por detrás, hace el gesto de meterse los dedos en la boca, pero sonríe también.

–Chicos, chicos –Érika levanta las manos como si alguien la estuviese apuntando con un arma–. Un poquito de paciencia, que ya nos vamos.

Nadia hace rato que no sonríe. Al menos, no de verdad. Arquea los labios cuando la miran, pero ni siquiera sabe si llega a fingir una sonrisa.

Se lo cuenta a Érika, a solas en la habitación, eligiendo muy bien las palabras.

–Que me encanta que estéis aquí, pero...

–Siempre que seamos visita, ¿no? Te entiendo, de verdad que sí, mi madre ha tenido algunos novios que se metían en casa. Con uno incluso nos fuimos de vacaciones y tenía un hijo imbécil a más no poder. Como hermanastra le das mil vueltas.

Érika abre el armario.

–¿Tienes un pijama por aquí?

Nadia dice que sí con la cabeza, traga saliva y le da el pijama sin estrenar que le regaló Rut en su cumpleaños. Suelta el aire antes de hablar y procura

mantener la sonrisa todo el tiempo, para que Érika no dude, para que no se sienta incómoda.

–Ni siquiera mi padre abre mi armario.

Érika se ha puesto el pantalón y está metiéndose la camiseta. Se detiene, se la quita y se queda en sujetador.

–Vaya. Lo siento.

–Anda, no seas tonta –le tiende la camiseta que ha dejado sobre la cama–. Solo es que... que todo esto es un poco raro.

Al otro lado de la puerta se oyen palabras y risas en voz muy baja. Vienen, seguramente, de la habitación de su padre.

–A eso –dice Érika, señalando hacia la puerta– no me voy a acostumbrar nunca. Mejor hablamos de otra cosa. ¿Me enseñas lo de los hilos?

Nadia baja el cofre, lo abre y saca la tela. Desde que todo esto empezó, cada vez extrema más el cuidado al tocarla. Deja el tejido sobre la mesa y enciende el flexo.

–Ese hilo más gordo es el niño...

–¿Muerto?

–Ajá.

Érika se acerca, con las manos enlazadas a la espalda.

–Y ese otro es el que descoloca a Mario. Demasiado junto, dice. Es un hermano pequeño. Pero mira lo separados que están los de arriba, los otros hermanos.

–Gemelos.

Érika lo suelta así, como si fuera una verdad tan evidente que hasta un niño de cuatro años la habría visto. Es media noche, pero Nadia busca el teléfono y escribe a Mario. Casi le tiemblan los dedos al teclear.

«¿Gemelos?».

Mario responde enseguida:

«Lo he pensado. Mañana pregunto a Kayud».

Nadia no ha terminado de escribir su respuesta cuando entra el siguiente mensaje:

«Si no te importa».

Esos dos hilos insignificantes, meros adornos hasta hace unas semanas, se han convertido en un misterio. Así lo llama Érika: el misterio de los hilos verdes. Y le dice que podría ser el título de una película o de una novela.

–Ya lo estoy viendo: «Un gemelo desconocido, un cofre robado, un antropólogo misterioso...» –se ríe sin terminar la frase.

–Una mentira.

Érika se muerde el labio y cierra los ojos.

–Ostras, perdona, soy imbécil. Solo estaba bromeando.

Nadia mueve la cabeza y sonríe.

–No importa. Mañana, en cuanto os hayáis ido... Quiero decir que para hablar con mi padre prefiero estar a solas, da igual si es mañana o al otro.

Érika no contesta, está pendiente de la pantalla del móvil. La luz del

flexo hace que el pelo parezca aún más blanco. Levanta el teléfono y se lo enseña:

«¿Vienes al barrio y no me llamas?».

–Vaya, así que se ha enterado. Nos habrá visto alguien y le habrá ido con el cuento. Es que ese pelo tuyo no es fácil de disimular.

Ahora es Nadia la que dice tonterías solo por rellenar el silencio, mientras Érika teclea y borra. Se imagina la cara de Lola mientras ve que en su pantalla aparece el odioso mensaje que indica que el otro está escribiendo y, en el fondo, se alegra de que pase un mal rato. Sabe lo que ella le contestaría. O tal vez no, tal vez sea más fácil imaginarse la respuesta perfecta si no te va nada en ello. Aparta la vista, se levanta, recoge las cosas del cofre. Lleva todo el día refunfuñando por cómo afectan Rut y Érika a su intimidad, pero ni se había planteado que también ellas han tenido que ceder espacio. Oye el sonido de las teclas y el pitido con cada nuevo mensaje. Dice que tiene que ir al baño y cierra la puerta al salir. Baja hasta la cocina, bebe agua, mira por la ventana al vecino que corre con un chándal impecable, de los que se usan una vez y luego se guardan para siempre, y cuando va a apagar la luz para subir de nuevo, oye la puerta de su habitación y los pasos en la escalera.

–¿Todo bien? –pregunta cuando Érika aparece en la cocina.

Están casi a oscuras, solo un reflejo de la farola que hay fuera ilumina el contorno de los muebles. Érika le muestra en la pantalla del teléfono una conversación larguísima y Nadia va directa a la última línea:

«En Kenia no dejaban adoptar a hombres solteros. Pero soy yo la que miente».

Mentir es tan fácil que, cuando Érika y Nadia les dicen a sus padres que salen a dar una vuelta, ni siquiera les cambia la voz ni miran de lado ni ninguna de esas cosas que delatan a los mentirosos. O tal vez sí, pero se marchan y llegan a la tienda de Kayud. Nadia ha llamado a Mario y han quedado en verse allí.

–¿Otro collar? –dice el hombre al verlas.

Nadia ríe y habla alto, como si Kayud fuese sordo, y exagera los gestos.

–He quedado aquí con Mario –espera un segundo antes de hablar otra vez, por si no la ha entendido, y luego señala a Érika–. Voy a enseñarle esto a mi amiga.

Recorren la tienda y, aunque Nadia quiere ir directa a la vitrina del cofre, disimula mostrándole a Érika algunos objetos que recuerda de su visita anterior.

–¿Traes arca? –dice Kayud cuando ya casi no quedan rincones de la tienda por explorar.

–¿Cómo sabes...?

–Se oye mucho cuando otros creen que no entiendes.

Nadia se acerca a él, abre la mochila despacio y saca el cofre. Mientras lo deja sobre el mostrador, Kayud va hasta la puerta, gira el cartel que indica que está abierto, echa la llave y baja una cortinilla de lamas de madera. Las chicas se juntan un poco y Nadia pone la mano sobre el cofre.

–Oh, no miedo. Hay muchos... Cómo dice... ¿Curiosos?

Después se acerca al mostrador, se coloca las gafas que lleva colgadas sobre el pecho y mira el cofre sin tocarlo.

–¿Dónde encontraste?

Nadia le habla de la aldea y de la tormenta, pero él no parece escucharla, solo habla por lo bajo en un idioma que las chicas no entienden. Le hace un gesto para que lo abra y mira dentro.

–*Mzuka*. No es bueno –dice.

–¿No es bueno? ¿Es falso? ¡Ves! –Nadia mira a Érika–. ¿Ves? Te lo dije.

–No, no. No es bueno que tengas arca.

Se aleja del mostrador y le pide que lo guarde, que se lo lleve.

–¿Pero por qué? ¿Por qué no es bueno?

–Marcha. Marcha.

Kayud abre la puerta y les hace gestos para que salgan de la tienda, pero

al otro lado está Mario con una mujer negra mucho más alta que él. Lleva el pelo recogido con un pañuelo azul.

–¡Nanjala!

Kayud y la mujer se abrazan y, aunque hablan en una lengua que Nadia no entiende, se da cuenta de que hay afecto, de que ambos se alegran de ver al otro. Él señala hacia las chicas y habla muy rápido, pero ella lo calma sin levantar la voz. Es curioso cómo los gestos y el tono se parecen en todos los idiomas.

Al fondo de la tienda hay una cortina de cuentas que suenan cuando una niña con el pelo lleno de gomas de colores la aparta. Tiene los ojos tan negros que no se distingue la pupila. Nanjala la coge en brazos.

–Mírate, ¡cómo has crecido! –dice. Y la deja en el suelo, agarrada a su mano.

Kayud sigue hablando en su idioma, pero les hace gestos para que lo sigan al otro lado de la cortina de cuentas. Caminan por un pasillo estrecho y llegan a una sala decorada con azulejos irregulares. Es un cuarto destartalado pero acogedor, con una mesa baja y unos cuantos pufs de tela. La niña se suelta de la mano de Nanjala y corre hacia la esquina, donde hay algunos juguetes y una mesa tan vieja que parece a punto de romperse.

–Así que –dice Nanjala– tienes un arca de familia.

Kayud vuelve a hablar en su idioma, agita los brazos, repite esa palabra que Nadia no entiende, *mzuka*, y mueve la cabeza.

–No le caigo bien, ¿verdad? Soy Nadia –dice estirando la mano para saludar.

La mujer mira a Mario y él asiente.

–Nanjala, con jota. No te preocupes por Kayud: grita mucho, pero es buen amigo. Le asusta un poco lo que has enseñado.

Ahora es Nadia la que mira a Mario buscando una explicación, y él le cuenta que Nanjala trabaja en una asociación de ayuda a mujeres africanas. Ha movido la foto de la tela entre algunos conocidos por si sabían algo de esos hilos tan juntos y ella lo ha llamado.

–¿Puedo verla? –dice Nanjala.

Nadia se sienta en un puf, abre las piernas y coloca la mochila en medio. Saca el cofre y se lo ofrece, pero ella dice que no, que lo deje sobre la mesa. Acerca un puf, se sienta y mira un rato la caja antes de abrirla. Érika y Mario se sientan también y Kayud va hasta donde está su hija, lejos de ellos y del cofre. Nanjala lo abre con muchísimo cuidado y mira en el interior. Cierra los ojos e inspira.

–Yo también hice un arca.

Lo dice sin que la voz le tiemble, como si solo fuera un recuerdo, pero a Nadia se le clava una tristeza tan profunda al oírla que solo siente deseos de darle un abrazo.

–¿Eres Bukusu? ¿Eras de la aldea donde me encontró mi padre?

–Lo fui. Pero de eso hace mucho tiempo y es otra historia.

Érika arrastra su puf para estar más cerca de Nadia.

–Debe de ser cosa de los Bukusu –sonríe mirando a su amiga–. Lo de las historias, digo. Pero nos encanta escucharlas.

Nanjala sonríe, pero no responde. Se levanta, camina hacia la única ventana de la habitación, cierra la cortina y después se acerca a Kayud y a la niña y le coloca una goma que se le ha caído. Todo es lento y Nadia quiere gritarle que se siente de una vez y le diga qué significan esos hilos, pero se calla y aguanta hasta que la mujer vuelve a la mesa.

–En Kenia no es fácil ser niño –comienza, mirando hacia la esquina donde juegan Kayud y su hija.

–El cofre...

–Sí, perdona –dice Nanjala.

Limpia la mesa con la mano, aunque no hay nada que limpiar, y saca una a una las piezas que contiene el cofre. Acaricia el muñeco de palos, y después, el burruñito de lana. Por fin, coge la tela de colores y la posa sobre la mesa. Se acerca para verla mejor y pasa el dedo por los hilos. Kayud les ofrece algo de beber y Mario dice que sí, que un té estaría bien. Él se ríe y hace bromas sobre una vez que el té le sentó mal.

–Mi padre me encontró... Encontró el cofre y yo estaba... –hace una pausa, traga saliva y pregunta en voz mucho más baja–: ¿Son gemelos?

Kayud sale de la habitación con la niña de la mano y Mario lo acompaña.

–Los Bukusu son un buen pueblo, pero tienen sus supersticiones.

Cuando vuelve, Kayud va solo. Deja una bandeja con vasos, una tetera y una botella de agua y se marcha de nuevo. Entre sorbos de té caliente, Nanjala les habla de la maldición que supone para una mujer traer dos hijos juntos al mundo.

–Es un alma de más, Nadia. Y la vida tiene que compensarlo, así que los Bukusu creen que, para que ese niño esté en el mundo, uno de sus padres tiene que cederle el sitio.

Nadia intenta tragar saliva, pero tiene la boca seca. Bebe agua y hace ademán de decir algo, pero se le pierden las palabras por el camino.

–Este –dice Nanjala con la uña apoyada sobre el hilo más gordo– es una niña. La mayor de dos nacidos juntos.

–¿Una gemela?

–Un niño. El que nació segundo es un niño.

–Mellizos, entonces –dice Érika.

–Tendrían que haber renunciado a él. Tal vez la niña nació muerta o... Un chico trabaja y aporta a la familia.

–No entiendo –dice Nadia.

Pero sí entiende. Nanjala habla de costumbres, de mirar con otros ojos, pero Nadia no tiene ojos con los que mirar. Apenas ve lo que tiene enfrente. Está mareada. Tiene calor y la boca se le ha secado tanto que la lengua se le pega al paladar y le duele.

Nanjala se acerca a Nadia y le sujeta las manos.

–Uno de los dos bebés...

Kayud entra en la habitación con su hija en brazos y murmura.

–¿Qué ha dicho, qué es *mzuka*? Lleva diciéndolo desde que hemos llegado.

Nanjala mira hacia Kayud y sonríe.

–Fantasma. La niña para la que se hizo el arca debería estar muerta y él cree que tú eres el espíritu de esa niña.

–Bueno, se acabó. Esto es una locura. Muchas gracias, de verdad, pero creo que mejor nos vamos.

Recoge las cosas del cofre y lo cierra.

–La madre hizo ese cofre, como tú lo llamas, para que la niña pudiera encontrar a los suyos al otro lado, para que no hiciese el camino sola.

–No es mío. De verdad que no. Yo no soy esa niña. Mi padre lo encontraría tirado en algún sitio. Se va a reír mucho cuando le cuente todo esto.

–Nadie tira un arca de familia. Es sagrada. Se entierra con el niño y permanecen juntos por la eternidad. Eso es tu arca.

–Pues será un saqueador de tumbas, ¡yo qué sé!

–Está limpia, Nadia. No ha dormido bajo la tierra.

–Venga, vamos, que se ha hecho muy tarde –dice Érika.

Ha aparecido de repente, o igual ya estaba allí, junto a ella, acariciándole la mano mientras Nanjala hablaba de despedir a niños, de caminar por el otro lado, de almas que pagan un precio. De maldiciones. De padres que mueren si no matan a su hijo. Habla de matar a un niño. Nanjala está diciendo que sus padres decidieron matarla.

Érika insiste en que se hace tarde.

–Tienes razón, perdona. Mario tiene mi teléfono. Llámame cuando quieras.

Érika recoge el cofre, se despide de todos y tira un poco de la mano de Nadia.

–Vamos, venga.

–No es mío, ¿sabes? No puede ser mío. Yo estoy viva y no tengo hermanos. Mi padre me encontró en una aldea arrasada.

–Tal vez a tu padre también le gusten las historias.

Paran un taxi en cuanto llegan a la plaza porque de verdad se ha hecho tarde, y porque Nadia no se siente con fuerzas para un trayecto en metro. Hacen todo el viaje calladas y, cuando se bajan del coche, mira por primera vez el móvil.

«Llegaremos tarde. Hay cena en la nevera».

–Estamos solas –dice.

Y Érika la abraza y le dice que no se preocupe. Nadia ríe; por primera vez en toda la tarde, ríe y le muestra el teléfono.

–No era tan profundo, pero gracias.

Pican algo en la cocina y suben a las habitaciones. Érika ha escrito a su

madre y le ha dicho que no se preocupe, que se levantará pronto e irá al instituto desde allí. En el pasillo, entre las puertas del cuarto de Nadia y el de invitados, que ya ha dejado de ser de invitados y es el cuarto de Érika, se desean buenas noches, pero ninguna se marcha.

–Por si sirve –dice Érika–, yo no creo que seas un fantasma.

Nadia sonríe. Tampoco ella lo cree.

–Pero si lo fueras, serías mi fantasma favorito.

Es bueno ser la favorita de alguien. De alguien que tiene donde elegir. Siempre ha sido la favorita de su padre, de sus abuelos; hasta de Hugo, que presume de ser el alma de la fiesta pero el pobre tiene tan pocos amigos como Nadia. Y aunque intenta dormir agarrada a la idea de ese favoritismo no impuesto, solo ve fantasmas y niños enterrados. Se despierta un montón de veces porque le falta el aire, porque sueña que la entierran con vida y la tierra se le mete en la garganta. Antes de que amanezca está en la cocina preparando café.

Ojea el móvil mientras desayuna. Tiene un montón de mensajes de Mario, que unas veces se disculpa por lo que ha pasado en la tienda y otras le pregunta si está bien. Responde que sí, que todo bien, porque en los últimos mensajes parece asustado, y él le devuelve una cara con una sonrisa. O madruga mucho o también ha pasado mala noche.

Después sale al jardín que hay delante de la casa y se sienta junto a las macetas en las que el amigo de Érika echó las colillas aquella noche que ahora parece como de otro mundo. No ha amanecido aún y hace fresco, demasiado para el pijama fino que lleva. Todavía queda ceniza en la maceta; si su padre lo ve, se pondrá pesadísimo con los riesgos de fumar. La mira y la deja allí. Tal vez porque quiere enfadarlo.

Revisa las redes en el teléfono para sacarse de la cabeza a Nanjala, a la niña de las gomas de colores, a Kayud, a Mario y hasta el cofre, que todavía está en la mochila. Lola ha puesto como veinte fotos de una fiesta con comentarios crípticos sobre las mentiras y lo equivocado que está alguien al elegir. En el fondo le da pena. Hasta que recuerda su mensaje sobre las adopciones y los hombres solteros y aparca la pena para teclear en el buscador.

En menos de una hora descubre que es verdad todo lo que Lola ha dicho. Cuando las adopciones internacionales aún estaban permitidas en Kenia, solo estaban abiertas a matrimonios o, en casos muy especiales, a mujeres solteras, siempre que no fuera homosexuales. El proceso era largo, los padres adoptivos tenían que residir un tiempo en Kenia y presentar un montón de papeles. Y, lo más importante, hasta que las prohibieron, no se había registrado ninguna adopción entre Kenia y España.

El sol ha salido en este tiempo. Ya se oye a algunos vecinos caminar por

la acera, algún coche que pasa rompiendo la tranquilidad de la mañana. Tiene que vestirse para ir a clase, así que entra de nuevo y se encuentra a su padre en pijama, canturreando en la cocina.

–¿Desayuno gordo? –dice.

–Es lunes.

–Pero has madrugado mucho.

Nadia asiente. No quiere hablar. Sabe que no será capaz de decir una sola palabra más sin levantar la voz, sin pedir explicaciones. Cuando su padre pone en marcha la batidora, agradece el ruido que impide la comunicación.

–¿Qué cenasteis? –dice cuando la batidora termina–. Rut y yo salimos...

–¿Te acuerdas de Lola? –lo interrumpe.

–¿La amiga de Érika? La que estaba aquí el otro día, ¿no?

–Esa –traga saliva. Quiere decirlo todo y a la vez no decir nada–. Está haciendo un trabajo de matemáticas. Estadísticas de adopciones internacionales.

El padre echa mantequilla en el vaso de la batidora.

–¿Estuvisteis con ella anoche?

–No. Estuvimos con una gente de una asociación que ayuda a mujeres africanas. Pero Lola ha descubierto cosas curiosas. Con lo de su trabajo, digo.

Érika entra en la cocina y saluda. Coge un taburete para sentarse.

–Hoy vas a probar el desayuno gordo de la familia –dice el padre.

–Eso. Familia –repite Nadia. Por más saliva que traga, las palabras salen solas–. Padres, hijos... Esas cosas normales de las familias.

Érika mira a Nadia y después al padre.

–En realidad... Mejor me ducho primero. ¿Mamá se ha levantado?

Sale de la cocina sin esperar respuesta y los deja allí, en silencio. El padre vuelve a encender la batidora y Nadia tira del enchufe y lo desprende de la pared.

–¿Qué pasa, hija?

–¿Hija? ¿De verdad soy tu hija?

El padre respira hondo, acerca una silla hasta donde está Nadia y se sienta a su lado.

–¿Quieres contármelo? Lo que pasó ayer, lo que te ha dicho esa Lola.

–No. No quiero contarte nada. No tengo nada que contarte. A lo mejor tú sí.

–Lo de adoptar fuera de España es un mundo, a saber qué habrá leído esa amiga tuya. No le hagas demasiado caso.

–Mejor te lo hago a ti, ¿no?, que nunca me mientes. Quiero olvidarme de toda esta mierda, ¿sabes?, volver a hace unas semanas. Pero me has mentido. Y todo lo que se me ocurre es malo. ¿Robaste el cofre? ¿Me robaste a mí? ¿Qué coño es eso de los niños muertos? Kayud cree que soy un fantasma.

–¿Quién es Kayud?

–¡Qué más da quién es Kayud!

Se pone en pie, y la silla en la que estaba sentada cae y golpea el suelo. Se agacha para recogerla y se derrumba. Al fin se derrumba. Se sienta en el suelo, mete la cabeza entre las rodillas y desea durante un segundo que la tormenta que ahora sabe que no hubo arrase con todo. Con Mario. Con Lola. Con Kayud. Con las ideas absurdas que ha estado imaginando toda la noche. Con los miedos, más absurdos aún, que no puede controlar.

Con el cofre.

Su padre se sienta en el suelo, a su lado, y la abraza contra él. Nadia levanta la vista y ve en la puerta del horno el reflejo de los dos allí, sentados, la cabeza sobre el hombro de su padre, y duda si dejarlo estar. Sería de verdad perfecto volver a hace unas semanas. El padre se levanta y le tiende la mano para que ella se levante también. Separa dos sillas de la mesa, se sienta en una y la invita a ocupar la otra. Le habla de frente, mirándola a los ojos, y en voz muy baja.

–No lo robé. Tal vez esa gente sepa de cofres y de los Bukusu, pero no estaban allí cuando tú naciste. Te he mentido, sí. Y no voy a contarte por qué lo hice. Lo siento, Nadia. Lo siento de verdad.

La puerta se abre y entra Rut con el teléfono en la mano.

–Sé lo de los mellizos –dice Nadia sin prestar atención a Rut.

–Juan –Rut le tiende el móvil.

–Ahora no, Rut –replica él sin mirarla–. ¿Qué sabes de los mellizos?

Rut avanza unos pasos hasta donde están.

–Juan, es tu madre –vuelve a ofrecerle el móvil–. Tu padre...

Y el mundo, de pronto, se para.

Y no se pone en marcha hasta dos días después. El viaje en coche al pueblo, con Rut al volante, los abrazos, el tanatorio, el entierro..., todo flota en una especie de niebla. Ha recibido mensajes de Érika y de Hugo a los que no ha respondido, y solo ha sido un poco consciente de lo que pasaba cuando la abuela la ha abrazado y le ha dicho que el abuelo la quería más que a nada en el mundo.

–Lo supe cuando viniste la primera vez, que yo ya no era el centro ni lo iba a ser nunca más. Ni con tu padre se había puesto así, solo con su nieta negra.

La abuela trajina por la casa, riega una planta, corta un tallo a otra. Si se para igual se da cuenta de que el abuelo no está, y por eso sigue en movimiento continuo, como el péndulo de bolas que hay en el despacho del padre de Nadia.

Después del entierro, su padre le dice que tiene que arreglar unos asuntos. Eso dice: «asuntos», y a Nadia le resulta la palabra más fea que ha escuchado jamás. Han hablado poco en estos dos días, y solo de temas que a ninguno de los dos le importan. El vecino que llevaba años sin tratarse con el abuelo y ha ido a despedirlo; las flores que han mandado los compañeros del ambulatorio; el río, que baja ya con poca agua y que en verano estará casi seco; el coche, que habrá que vender porque la abuela no conduce, pero para lo que van a dar por él, pueden guardarlo hasta que Nadia tenga carné de conducir.

–¿Para qué quiero yo un coche?

–No sé, para ir a la universidad.

–Iré en autobús. Y falta mucho para eso.

–El tiempo pasa tan rápido...

Cada conversación termina con un tópico, como si fueran dos extraños que se juntan en el ascensor. Nadia evita cualquier tema que pueda llevarlos a ese momento del lunes por la mañana, que ahora le parece que ocurrió hace mil años, e imagina que su padre pone el mismo cuidado. Pero las preguntas siguen flotando en nubes negras que amenazan lluvia y no descargan.

Cuando vuelven del cementerio, Rut sale con la maleta y dice que mejor se marchan ya, no se les haga de noche por el camino, y, aunque faltan muchas horas para que oscurezca, Nadia recoge las pocas cosas que ha

llevado. Se despide de la abuela y por primera vez echa de menos las gomas de colores, las horquillas y hasta los achuchones que antes le daba. El abuelo se ha llevado con él muchas cosas. También se despide de su padre.

–Sé que nos hemos quedado a medias...

–Tranquilo. Ya hablaremos.

Se abrazan y, durante un instante, Nadia busca la seguridad que siempre ha encontrado en ese hueco que se forma entre el pecho y los brazos, pero no la encuentra. También eso ha desaparecido, aunque la ausencia del abuelo no haya tenido nada que ver.

El viaje de vuelta se hace corto. No hablan. Rut mantiene la vista en la carretera y solo al entrar en Madrid le pregunta si la deja en su casa.

–Puedes quedarte con nosotras –le dice.

Y Nadia traga saliva. Necesita estar sola. O no. Tal vez no es lo que necesita, pero sí lo que quiere. Agradece que no insista y llena los pulmones de aire antes de abrir la puerta.

Mientras prepara algo de comida, llama a Hugo. No hablan del abuelo ni de su padre ni de la pena que se va expandiendo como una esponja mojada. Érika le ha contado lo poco que sabía por Rut y, de momento, no insiste más. Sí tiene ganas de hablar de lo que pasó en la tienda.

–Ya os vale. Podíais haberme avisado y habría ido con vosotras.

Piensa una excusa y, antes de soltarla, se da cuenta de que con Hugo no la necesita.

–Qué mierda –es todo cuanto le dice.

Y no hace falta más. Antes de diez minutos, Hugo llama a su puerta.

–He avisado a la vikinga y viene para acá.

–¡Que vive en la otra punta!

–La trae su madre.

–Pero es miércoles.

–Ya, y mañana jueves.

–Seguro que tiene...

–¿Tanto te cuesta? ¿De verdad te cuesta tanto dejarte querer?

Érika tarda poco, Rut la trae en coche para que no cruce la ciudad en metro y entra para ver si Nadia está bien, si necesita algo. Cuando se marcha, pasan al salón, se sientan en el sofá y Érika le cuenta a Hugo la visita a la tienda de Kayud. Es una narradora estupenda: exagera el miedo, el mal rollo, el ambiente fantasmagórico... Seguro que ya se lo ha contado mientras Nadia estaba fuera, pero toca dejarse querer y sus amigos son fantásticos en eso. No han llegado a la parte de los hilos y el fantasma cuando Nadia interrumpe:

–Le dije a mi padre lo de los mellizos.

Hugo y Érika se miran.

–Se lo has contado, ¿no? –le dice Nadia a Érika–. Sé que estáis aquí para entretenerme y para que no piense en el abuelo, pero tampoco vamos a fingir que no habéis hablado en estos días.

–Sí, bueno... Algo hemos hablado –Hugo mira a Érika y no dice más.

–No me contestó. Mi padre no me contestó. Y ahora no sé qué creer.

–Es muy buen tío, seguro que... –empieza Hugo.

–Lo de robar recuerdos es muy de turistas, no de médicos. Mi madre siempre lo dice –Érika imita la voz aguda de su madre–: De vuelta a casa, ni arena en los bolsillos. Más de un compañero suyo se ha metido en un lío por traer de recuerdo una piedra volcánica, un fósil y cosas así. Además, míralo: mucha pinta de ladrón no tiene.

Nadia dice que no y luego que sí. Que no tiene pinta de ladrón, que sí, que es buen tipo y lo sabe. Pero también sabe que ha mentido. Y que justo antes de que Rut los interrumpiera le dijo que había una razón, y que no le iba a decir cuál.

–Ahora sé que él no va a contármelo, que lo tengo que averiguar yo.

Les habla de las adopciones y evita mencionar a Lola, aunque posiblemente los tres hayan pensado en ella.

–¿Tienes papeles? –dice Érika–. No sé, a mí me pidieron el libro de familia y el certificado de nacimiento cuando me hice el DNI. Yo creo que hasta cuando me inscribí en el instituto.

–Mi primer DNI es de cuando llegué a España. Lo hizo mi padre en la embajada de Kenia o en el consulado o algo así. Creo que aún lo tiene...

Nadia se vuelve y mira hacia la puerta, como si se le hubiese ocurrido de repente la solución al conflicto más grande del mundo. Al otro lado del recibidor está el despacho de su padre. Siempre dice que va a montar ahí su consulta privada, pero los dos saben que eso nunca va a pasar; le gusta demasiado el bullicio del ambulatorio. Se pone en pie, camina decidida y abre la puerta. Hugo y Érika la siguen sin abrir la boca.

–No había entrado nunca aquí –dice Hugo.

No hay mucho donde mirar: una mesa antigua, una estantería con libros, un baúl viejo y roto.

–Por Dios, ¿qué orden sigue tu padre para colocar los libros?

–Hugo, venga –responde Nadia.

–Ya, ya, pero es que hay dos novelas, un ilustrado de poesía y el *Vademécum* en el mismo estante.

–Este cajón –dice Érika desde el otro lado de la mesa– está cerrado.

Nadia y Hugo se acercan y lo miran. Es el más bajo del escritorio, el que casi roza el suelo. Nadia se agacha y tira del pomo.

–Eso ya lo había probado yo.

Hugo también prueba y Érika se finge enfadada, pero sonríe y mira hacia el techo.

–Mi padre –dice Nadia– nunca guarda nada bajo llave. No tenía ni idea de que esto existiera.

–Igual es mejor dejarlo –Hugo habla tan bajo que apenas se oye su voz.

Nadia rebusca por la mesa hasta que da con un clip. No le cuesta demasiado forzar la cerradura. No solo en lo físico, le resulta muy fácil

violar la intimidad de su padre, y Hugo se lo hace notar.

–Me ha mentido.

–Eso no lo hace menos malo, pero vale.

Érika se ha alejado unos pasos de la mesa y Hugo se pone junto a ella.

En el cajón hay un abrecartas horrible, regalo de un paciente agradecido, algunos bolígrafos y una carpeta. Es una de esas carpetas de cartón azul con gomas. Tiene una pegatina blanca en la que alguien ha escrito a mano el nombre de Nadia. La saca del cajón y la deja sobre la mesa.

–¿Pone Nadia o Nadie? –dice Érika–. Vaya letruja.

Dentro hay muchos papeles impresos, con sellos y firmas. Y uno manuscrito en una lengua que ninguno reconoce.

–Podría ser peor, podría estar en otro alfabeto. Esto podemos traducirlo en internet.

Es una hoja mal cortada de un cuaderno. Teclean lo que creen que pone, pero ni siquiera la transcripción es clara. Donde uno ve una o, otro ve una a, y con las consonantes no les va mejor.

–¿Kayud podría traducirlo? –dice Érika–. ¿O Nanjala?

–No, no. Nada de Nanjala ni de Kayud. Vamos con lo que está en español.

Extienden los papeles en la mesa. Hay una partida de nacimiento en la que pone: «Fecha estimada». Todo lo que van leyendo es estimado: el lugar, la fecha de nacimiento... A Nadia se le va llenando el corazón de estimaciones que anidan tristeza.

–Mira, todo es legal. Y aquí está tu DNI. Ay, qué mona eras de bebé –comenta Hugo, y se lo enseña a Érika.

En el DNI pone que nació en Bungoma, Kenia, pero su padre le ha contado que no es cierto, que la aldea en la que la encontró no tenía nombre y que Bungoma solo era una población cercana.

–¿Y esto qué es? –pregunta Hugo.

Le tiende una hoja con sello de la embajada española en Nairobi. Está escrita en inglés y en español, así que Nadia va leyendo a saltos hasta que llega a la parte final, donde deberían figurar los nombres de los padres adoptantes. Se queda un segundo parada, con el papel en la mano.

–Venga, que va a llegar tu madre.

Cierra el cajón, aunque ahora ya no puede echar la llave, y casi empuja a sus amigos para que salgan.

–Tranquila –dice Érika–, ha quedado en llamarme antes de venir.

–Ya, bueno, pero... no me gusta estar ahí cotilleando. Ya está, ya hemos visto que la adopción fue legal.

Los minutos que vienen después se espesan, pasan a trompicones, hasta que Érika pregunta si hay palomitas y se levanta a buscarlas.

–¿De qué vas? –dice Hugo en voz muy baja.

–En lo de la embajada están los nombres de mis padres adoptivos.

–¿Padres? ¿Dos?

Nadia dice que sí con la cabeza y mira hacia la puerta de la cocina.

–Juan Castillo y Rut Navarro.

–¿Quién es Rut Navarro? –pregunta Hugo.

–Rut, la madre de Érika.

Hugo abre mucho los ojos y Nadia se lleva un dedo a los labios para que se calle.

–Qué fuerte. Que resulta que sí sois hermanas. Bueno, hermanastras, porque ese pelo y esos ojos...

–¡Hugo, joder!

–Perdón, perdón. Es que... Qué fuerte.

Nadia dice que sí con la cabeza y vuelve a mirar hacia la cocina.

–Pero en el DNI solo aparece mi padre.

Hugo se queda un momento en silencio.

–¿Crees que ella lo sabe?

–¿Érika?

–Sí, claro.

Nadia se encoge de hombros.

La puerta de la cocina se abre y Érika entra medio oculta detrás de un bol enorme de palomitas.

–¿No os morís de hambre?

Nadia se muere, sí, pero no es por el hambre. El salón se ha llenado de un olor a mantequilla recalentada que le revuelve el estómago. Abre la ventana de la cocina para que haya corriente y el aire se lo lleve todo, aunque el olor más pegajoso no va a irse por muchas ventanas que abra. A Hugo no se le está dando mejor ocultar lo que acaba de saber. Habla sin parar, cambia los canales del televisor y engulle palomitas porque, seguramente, el rato que las tiene en la boca no necesita decir nada.

Un teléfono vibra encima de la mesa.

–Es el mío –dice Érika mientras lo coge y mira la pantalla–. Mi madre. Que duerma aquí, que vendrá a buscarme por la mañana. La última vez les dio un ataque de adolescencia. ¿Se lo has contado? –Érika mira a Nadia y sigue hablando–. Que el sábado mi madre se puso pegajosa y nos quedamos a dormir aquí porque ellos...

–Dan entre pena y asco, la verdad –la corta Nadia.

Érika parece, durante un segundo, molesta. Pero sacude el pelo y cambia el gesto por una sonrisa.

–A mí me parece supertierno. ¿Te imaginas estar así a su edad?

–No me lo imagino a la mía... –responde Hugo.

–Mis padres... –dice Érika–. Bueno, igual estaban en plan pegajoso cuando yo no existía, pero él nunca ha vivido conmigo.

–Lo más cerca que he visto a los míos de un arrebato pasional es cuando se dan la paz en misa –replica Hugo.

Nadia mira a Hugo para que se calle, para que deje a Érika hablar, pero él sigue haciendo bromas. El repertorio de chistes no se agota, y Nadia aprovecha que su amigo se mete unas palomitas en la boca para reconducir la conversación.

–Es piloto, ¿no? –dice mirando a Érika–. Tu padre, digo.

–Piloto, guapo... Se acaba de casar con una azafata noruega que parece más joven que yo.

–Todo el día viajando, es mi sueño –Hugo cierra los labios nada más decir la frase, como si supiera que no es su turno.

–Sí, pero no es lo mismo cuando vas de trabajo –dice Érika–. Viajas mucho, pero conoces poco.

Por fin Nadia ve la forma de avanzar y se lanza de cabeza.

–Y tu madre, con lo del ejército, también viaja mucho. Habrá ido a... a...

a un montón de sitios.

Érika dice que sí, pero que de eso hace mucho. Estudió informática y se presentó a las pruebas del ejército, más por tener un trabajo fijo que porque le vaya lo de las armas y la guerra y todo eso. Conoció al piloto cuando aún vivía en Barcelona. Él pidió que lo destacaran allí y estuvo seis meses viviendo en la casa de Rut, pero al cabo de ese tiempo tenía que volver a hacer base en Oslo por lo menos otros seis meses, así que su madre aprovechó para enrolarse en un grupo de técnicos que instalaban redes por las embajadas españolas en todo el mundo.

Nadia intenta unir fechas y lugares mientras Érika habla, pero necesita más información. Hacían coincidir las escalas de uno y otro y fue una época de locura, con noches de mucho amor en Berlín, en Lagos o en California.

–Y llegué yo. Mi madre pidió un puesto fijo en cuanto supo que estaba embarazada y la mandaron a Madrid. Mi padre iba y venía y siempre estaba a punto de pedir el traslado, pero Oslo debía de tener cosas más importantes que una novia y una hija. Y antes de que me digáis nada, no, no me siento culpable.

Nadia alarga el brazo y le acaricia la mano.

–Bah, no te preocupes, de verdad que lo superé hace mucho. Me quiere. A su manera, me quiere –Érika llena los carrillos de aire y lo suelta de golpe–. Bueno, pero tengo una abuela genial que recicla botellas y latas, que me llama por Skype y habla al mismo volumen que si no tuviéramos teléfono y que me regala pijamas de unicornios. Y seguro que de aquí a nada tengo dos o tres minivikingos gritándome por Skype.

–Mi abuelo también... –Nadia se para y traga saliva–. Le hubieras encantado.

Recogen lo poco que han manchado en la cocina y el salón y vuelven al sofá.

–Bueno, pues si mi madre no viene, tenemos toda la noche por delante –dice Érika.

Nadia se levanta, abre una de las puertas del mueble que hay bajo el televisor y trastea hasta que saca una caja de cartón. Es un juego de fichas que extiende sobre la mesa.

–No sé muy bien cómo se juega, mi padre dice que es divertido. Aquí están las instrucciones.

Mientras Hugo lee y Nadia coloca todas las fichas bocabajo, Érika hace una foto y la sube a su Instagram. No han terminado de preparar el juego cuando le suena el pitido de un mensaje. Lo lee y vuelve a dejarlo bocabajo sobre la mesa, pero al momento lo gira como si se arrepintiera y les muestra la pantalla.

«¿Otra vez por el barrio?».

–Creía que habíais discutido –dice Nadia.

–Ya. Bueno.

–Oye, que si quieres ir con ella... A esto también pueden jugar dos.

Érika hace ese gesto tan suyo de abrir mucho los ojos y que el mundo se vuelva azul.

–Venga, contadme cómo se juega.

No tardan mucho en enterarse. Celebran cada avance en el juego, cada pequeña victoria, con un entusiasmo demasiado grande para ser real. A mitad de partida ya no anotan los puntos, así que no saben quién gana o quién pierde. Érika ha dejado el teléfono bocabajo y cada poco se ilumina, pero no lo ha girado ni una sola vez.

–¿No vas a responderle? –dice Hugo.

Érika dice que no con la cabeza y vuelve a su torre de fichas. Las apila sin mirarlas.

–No voy a quedar con ella, tranquilos. No le voy a contar nada de lo de la adopción.

–¡No lo he dicho por eso!

–Ya. ¿Y lo que ha pasado ahí dentro? –dice señalando hacia el despacho–. Que yo me puedo comer seis bolsas de palomitas más, fingir que no me he enterado de que ha pasado algo raro y jugar a esta mierda hasta que vuelva mi madre, pero no me toméis por tonta.

–Mira, menos mal –Hugo suelta las fichas–. Que a tu padre le gustará mucho este juego, pero vaya tostón.

Van hasta el sofá y las fichas se quedan desperdigadas por la mesa. Nadia se descalza, sube los pies a la tapicería y se abraza las piernas contra el pecho.

–Es que... Eso que dice tu madre de no traer ni arena... igual... –Nadia no encuentra las palabras. Mira a Hugo, pero él niega con la cabeza.

–Vamos, suéltalo. Que todo lo que me estoy imaginando es peor que lo que sea que vas a contarme. ¿Sí robó el cofre? No pasa nada. Mira, como si te robó a ti.

–Tu madre estaba allí, en Kenia. Cuando yo nací.

Érika levanta el labio por un lado y entrecierra los ojos. Si no fuera por lo que está a punto de decirle, Nadia se reiría del gesto.

–¿Y?

–Pues que la adoptó ella –dice Hugo–. Ya está. Ya lo he dicho. Madre mía, lo que os cuesta.

Nadia suelta el aire despacio y mira a Érika.

–Lo pone en los papeles. En el certificado de adopción. Rut Navarro.

–No entiendo.

–Yo tampoco.

–Por esto me preguntabas por los viajes de mi madre, ¿no?

–Bueno, es que...

–¿Y no pensabas decírmelo? ¿Prefieres sacarme información que contármelo? ¿No habíamos quedado en dejar de lado los secretos? ¿O es que no te fías de mí? ¿Crees que voy a ir corriendo a contárselo a Lola?

–Siento romper este momento tan dramático, pero ¿nadie va a decir nada de lo de ser hermanas de verdad?

Las chicas se giran hacia Hugo y él se encoge de hombros.

–Vikinga, ¿cuándo naciste?

–En agosto.

–Nadia es de enero. Tu madre estaba embarazada cuando la adoptó.

–Pero que no la adoptó. Joder, me habría dicho algo.

Calculan fechas, inventan historias, pero nada tiene sentido. Siguen así un buen rato, hasta que suena el timbre de la puerta y Nadia se levanta para abrir.

Rut entra en el salón y saluda.

–¿No venías mañana? –dice Érika.

–Te he mandado un montón de mensajes.

–Oh, vaya. Es que dejé el teléfono... Estábamos jugando al... ¿Cómo has dicho que se llama? ¿Rumi?

Las fichas aún están sobre la mesa, así que Érika las señala y Hugo aprovecha para levantarse, saludar a Rut y despedirse de las chicas.

–Tu padre va a quedarse unos días más –dice Rut–. Me ha pedido que le busque unas cosas del ambulatorio... –se para, mira a Nadia y la besa en la frente–. Deberías venir con nosotras.

–No hace falta, gracias.

–No es una sugerencia, Nadia. Te vienes con nosotras, no te voy a dejar aquí sola.

–El instituto...

–Hablaré con ellos.

Mientras prepara una bolsa con sus cosas, Nadia piensa en ese «hablaré» y en que se ha enterado por Rut de que su padre va a quedarse más días.

Se monta en el coche, en el asiento de atrás, y mira por la ventanilla cómo se hace pequeña su casa.

Y no deja de mirar cómo cambian las calles hasta que llegan a casa de Rut y Érika. El barrio se parece mucho al de la tienda de Kayud. Solo está a unas calles; eso cree, aunque no puede asegurarlo, porque siempre ha ido en metro y los mapas no son su fuerte. Hay un parque infantil junto al edificio y el jaleo de los niños se oye antes incluso de bajarse del coche. Alguien hace sonar un claxon insistentemente y un tipo con un ciclomotor toca una armónica para anunciar que afila cuchillos.

–¿En serio? ¿Un afilador?

–Este barrio es ruidoso, pero nos encanta. Por más que tu padre insiste en que nos vayamos a vuestra...

Para antes de terminar, pero ya ha dicho suficiente. Saludan al portero como quien saluda a un amigo. Érika dice que se ha dejado algo en el coche, que vayan subiendo, y Rut y Nadia entran en el ascensor. Suben ocho pisos en silencio, pero la frase que Rut no ha terminado de decir se va haciendo grande en la cabeza de Nadia. Traga saliva y respira por la nariz, hasta que llegan al octavo y abre la boca para que salga el aire. Y las palabras.

–¿Te ha pedido mi padre que viváis con nosotros?

Se quedan quietas las dos, mirándose. No son más que unos segundos, puede que ni eso, pero las cuatro paredes de metal parecen de repente demasiado juntas, el espacio es muy pequeño para compartirlo. Cuando Rut reacciona para abrir la puerta, ya es tarde.

–Mierda, lo han llamado de otro piso.

Pulsa todos los botones y consigue que, dos pisos más abajo, el ascensor pare.

–Mejor subimos andando, que ahora con esto –Rut señala el panel de botones, como si ella no hubiera tenido nada que ver en que estén todos encendidos– va a parar en todas las plantas.

El esfuerzo de subir dos pisos hace que a Nadia se le acelere el corazón. Tal vez no sea solo el esfuerzo, pero como excusa para la falta de aire sirve. Érika llega casi a la vez y sonríe con esa sonrisa tan azul.

–Madre mía, ¿habéis subido andando?

Rut le devuelve la sonrisa y Nadia las ve, pese a todo, como dos gotas de agua.

Al abrir la puerta huele a café y a suavizante de ropa.

–No tenemos cuarto de invitados –dice Érika mientras le hace gestos

para que la siga por el pasillo–, así que te dejo elegir.

En la habitación solo hay una cama, y no es muy grande.

–Lo de abajo –dice Érika tirando de lo que parecía un cajón– es otra cama. No vivimos en un chaletazo, pero nos gusta recibir visitas.

El piso es pequeño, es verdad, pero Nadia se siente cómoda a los cinco minutos de haber soltado sus cosas y duerme hasta poco antes de que amanezca. Cuando sale de la habitación, ve a Rut con el uniforme y el moño alto.

–Tenéis el desayuno listo. Érika tampoco irá a clase hoy, ya he hablado con sus profesores.

La cocina tiene una encimera con taburetes y se sientan allí a desayunar, aunque Érika le dice, cuando su madre no mira, que no coma demasiado.

–¿Sabes que hacen planes de futuro?

–¿Ellos? –dice Érika señalando hacia la puerta por la que ha salido Rut.

–Tu madre dijo algo ayer.

–¿Por eso estás enfadada?

–No, no. Por mí genial. Quiero decir, si tu madre... Si vosotras... Vamos, que no es eso. Que no estoy enfadada, es solo que...

–Ya. Lo de Kenia. Lo de mi madre. Lo he pensado mucho –da un sorbo al colacao y, cuando deja la taza, lleva un bigotillo de chocolate–. Tiene que haber alguna explicación.

Mientras recogen la cocina, Érika le dice que no le ha preguntado a Rut. Que no sabe cómo hacerlo.

–Tampoco sabía si preferías hablar con tu padre antes.

Se visten sin prisa y salen a pasear por el barrio. No pueden acercarse al instituto de Érika, porque su madre les ha dicho a los profesores que tiene gripe. Una mentira blanca, según Rut.

–Supongo que le ha dado mucha pereza explicar que me quedo a hacer compañía a la hija de su novio.

Érika conoce a todo el mundo: saluda a dos mujeres que charlan en un banco junto al parque de los niños y al chico de la frutería, que fuma en la puerta. Todos la llaman por su nombre. Bordean un teatro y pasean por calles tan estrechas como la de la tienda de Kayud.

Llegan a una plaza peatonal y Érika gira por una callejuela. Hay sillas apiladas frente a un bar.

–Demasiado temprano para la terraza –dice Érika–. Vamos dentro.

El bar es mucho más grande de lo que parece desde fuera. Eligen la mesa que pega al cristal y, cuando Nadia está mirando la carta para ver qué piden, Érika se la quita de las manos, la cierra y le hace un gesto al camarero levantando dos dedos en el aire.

–Las tortitas de ese sitio de tu barrio están buenas, pero el pan con tomate de Bosco es otro nivel.

Hablan de lo poco que Érika ha averiguado con su madre.

–Cuando se quedó embarazada, ¿estaba en Kenia?

–Bueno, no he pedido los detalles de esa noche en concreto, pero sí, estaba fuera. No dijo nada hasta que no volvió a España. ¿Y tú? ¿Has averiguado algo?

Nadia saca el teléfono y le muestra una fotografía del papel manuscrito que había en la carpeta.

–He hecho fotos de todo.

–Pero si no nos hemos separado... ¿Cuándo has hecho todo eso?

–Antes de que llegara tu madre.

–Ah, ya, cuando aún no me lo habías contado.

Nadia finge no haber notado el tono y sigue hablando. Le cuenta que ha revisado todos los documentos y que sabe lo mismo que antes de hacerlo: en todos sitios, menos en el certificado de adopción, aparece solo el nombre de su padre. También ha buscado información sobre Bungoma, la ciudad que aparece en su DNI, pero es otro callejón muerto. Una ciudad mediana, sin demasiados reclamos turísticos y con un equipo de fútbol que de vez en cuando aparece en un periódico.

–Madre mía, ¿te has tirado toda la noche buscando información?

–He madrugado. Pero lo de Lola era cierto: no dejan adoptar a hombres solteros. Es más, nunca ha habido una adopción de españoles en Kenia.

El camarero trae un plato con tostadas untadas en tomate y lo deja en el centro de la mesa. Son pequeñas y hay muchas, hasta llenar el plato por completo.

–¿Qué te había dicho? Venga, come, que con el estómago lleno se piensa mejor.

–Qué susto. Cuando me has dicho que no comiera mucho en tu casa, pensaba que estabas a dieta o algo así.

Un chico alto, negro, vestido con chándal y zapatillas, entra en el bar y dice hola en voz alta como si los conociera a todos. De alguna mesa le responden con otro hola, el camarero le da los buenos días y lo llama por su nombre y Érika le hace un gesto para que se acerque.

–Hey, Matu, igual nos echas una mano con una cosa que no entendemos.

Matu se acerca y saluda. Es realmente alto. El pantalón apenas le llega a los tobillos, y la sudadera es tan ancha que cabrían dos como él dentro.

–Enséñaselo –dice Érika mirando a Nadia–. La foto, eso escrito a mano: enséñaselo.

Nadia busca en el móvil mientras se aguanta las ganas de decirle que podría haber preguntado primero. Cuando se lo muestra, el chico lo mira un rato, amplía la imagen y al final dice que no con la cabeza.

–No es suajili. Seguramente es luyia. Entiendo alguna palabra suelta: esto –dice señalando la pantalla– quiere decir «pago» o «precio», y esto parece que es «oveja», pero nada más. Puedo preguntar por ahí. Mi madre tal vez lo sepa.

Nadia le coge el teléfono de la mano.

–No, da igual. Déjalo. Muchas gracias.

Érika señala el plato de tostadas y le dice que coja, que Bosco se ha pasado, como siempre. Matu sonríe, hace un par de bromas sobre lo pequeña que es y que Bosco está empeñado en que crezca y se despide de ellas. Cuando ya se ha alejado de la mesa, se gira.

–¿Vendrás el domingo?

–Solo si me dedicas la victoria.

El chico ríe con una carcajada limpia y se sienta en otra mesa.

–¿Por qué no has querido que se lo enseñe a su madre? –dice Érika cuando ya se ha alejado.

–No quiero que esto ande por ahí.

–Matu es de fiar, lo conozco desde hace años.

–¿Precio? ¿Pago? ¿Y si me compró, como a esos niños que salen en los periódicos y los documentales?

Nadia no quería levantar la voz, pero la ha levantado un poco, así que Érika le pide que se calme.

–También ha dicho «oveja». Lo mismo nos estamos volviendo locas con una lista de la compra –replica–. Me encantan los misterios, pero creo que es hora de que hablemos con nuestros padres.

–Antes de eso, sé quién puede aclararnos lo que pone ahí.

Una cosa es saber quién puede ayudarlas y otra muy distinta dar con ella. Nadia le pide a Mario el teléfono de Nanjala y reza para que no le pregunte para qué lo quiere. Efectivamente, solo hay que caminar un rato para llegar al barrio de Kayud y, aunque al principio le habían parecido calles muy iguales, nota la diferencia a medida que se alejan de la casa de Érika. Hay más color por todas partes, más voces, más gente sentada en la puerta de los comercios. Y huele diferente.

Nanjala las está esperando en la acera. Abre la puerta de la tienda de Kayud y lo saluda en esa lengua que solo ellos comparten.

–¿Es suajili? –dice Nadia.

–Una mezcla de idiomas, pero nos sirve para entendernos.

Kayud debe de seguir pensando que Nadia es un fantasma, porque evita acercarse y la mira de reojo cuando habla con Nanjala.

Pasan a la misma habitación de la otra vez y se sientan alrededor de la mesa, sin ceremonia.

–¿Qué es eso tan importante?

–Dijiste que ayudas a mujeres, ¿no? O sea, que eres una especie de abogada.

–Bueno, no exactamente.

–Pero tienes secreto de ese... No puedes contar nada de lo que te diga.

Nanjala se levanta y cierra la puerta de la habitación.

–Solo puedo ofrecerte mi palabra. Pero no haré nada que perjudique a otros.

Nadia se queda quieta, como esperando que diga algo más. Érika la mira y le hace gestos que no entiende.

–Confía en mí –dice al fin Nanjala.

Nadia saca el teléfono, busca la foto del papel manuscrito y se la enseña.

–Es luyia.

–¡Ves! Matu tenía razón.

–¿Matu? –Nanjala hace el gesto de estirar mucho el brazo, como para marcar la altura.

–Sí –dice Érika–, su hermano va a mi clase.

–Buenos chicos.

Nanjala saca unas gafas del bolso y pasa un rato mirando la pantalla del teléfono.

–No has hablado con tu padre, ¿verdad?

Nadia niega con la cabeza.

–¿Está en un lío? Pero no vas a contar nada; has dicho que confíe en ti.

–No creo que esté en ningún lío. No sé cómo te adoptó o cómo te trajo a España, pero este papel es una declaración de una madre en la que asegura que entrega a su hija libremente y sin obtener nada a cambio –vuelve a mirar la pantalla del teléfono–. Pobre, le costaría mucho escribirlo... Me alegra saber que lo que les enseñamos sirve de algo.

–Pago –dice Érika–, precio, ¿oveja?

Nanjala la mira como si no comprendiera y le cuentan lo que ha dicho Matu.

–Matu nació aquí y nunca ha leído ni escrito luyia. *Likhese* –dice señalando una palabra del documento– es oveja. Pero aquí pone *likosi*, cuello.

Deja el teléfono sobre la mesa y mira a Nadia a los ojos.

–Seguramente, tu cuello. No importa qué más pone en ese papel, Nadia. Tu padre sabe por qué no te lo ha contado todo y, la verdad, creo que lo entiendo. Pero puedes estar tranquila, no te robó. Parece que tu madre le pidió que te sacara de allí y escribió esto para que no le pusieran problemas. Es todo cuanto puedo decirte.

Vuelven a casa por las mismas callejuelas por las que han venido, o por otras que se les parecen. Érika no duda, pero Nadia hace rato que no sabe dónde está. Recogen un pedido que ha hecho Rut y suben a preparar la comida para cuando ella llegue.

–¿Crees que estaban liados entonces? Ya sabes, nuestros padres –dice Nadia.

–No sé. Llevo toda la vida culpando a mi padre por no vivir con nosotras y, mira, tal vez fuera ella la que lo plantó para liarse con otro –mira a Nadia–. Quiero decir...

–¿Quieres decir que mi padre tiene la culpa?

–Qué culpa ni qué culpa. En estas cosas no hay culpas. Si hay tres es porque quedaba hueco. Las parejas no siempre funcionan.

Nadia se aguanta las ganas de preguntarle si está hablando solo de sus padres y se afana en preparar la comida. Lo cierto es que hay poco que hacer: el pollo que ha encargado Rut viene cortado y a la ensalada no le falta ni el aliño, pero lo ponen en una bandeja y tiran los recipientes de cartón para que parezca una comida de verdad. Después Nadia se lava las manos, porque el pollo lleva tanto jugo que se ha manchado hasta los codos, y se seca a todo correr cuando le suena el teléfono.

Es su padre. Llama para ver cómo está, para contarle que la abuela no termina de asumirlo.

–Pero volveré pronto –le asegura.

–No te preocupes. Mañana es fiesta en Madrid, tenemos tres días de puente. Y Rut y Érika me cuidan mucho –guiña un ojo a Érika.

–Me alegro de que os llevéis bien. Os habéis hecho muy amigas.

–Como hermanas.

Sabe que, si no cierra la boca, se arrepentirá más tarde. Y que esas cosas no se hablan por teléfono, pero le ha salido solo. Érika levanta la mano y dice que no con la cabeza.

–Oye, papá, que está a punto de llegar Rut y queremos preparar la comida. Dale un beso a la abuela y no te preocupes por mí, ¿vale? Y cuídate. Cuídate mucho.

Se le queda un «tequiero» sin decir, porque Nadia no es de decir las cosas. Pero lo quiere. Solo está un poco enfadada.

Comen con Rut y le hacen preguntas que parecen inocentes. El ejército. Tener hijos cuando eres militar.

–¿Hay uniforme para embarazadas?

Ríen y aprenden un montón de cosas sobre los militares, pero nada que los ayude a aclarar por qué su nombre está en los papeles de adopción.

–Papá me ha dicho que no va a volver aún.

–Sí, he hablado con él. Pobre abuela.

Poco a poco Nadia se ha acostumbrado a esas punzadas de celos o de envidia o de miedo que le dan cuando Rut se hace parte de la familia. Ya casi no duelen.

–Oye, mami, ¿por qué no te vas con él? Mañana es fiesta, no tenemos clase y podemos apañarnos solas.

–¡Es cierto! Es el puente de mayo, no tenéis clase en tres días. Déjame hacer unas llamadas.

Las chicas se van a la habitación y hablan con Hugo. Dejan el teléfono sobre la cama, en manos libres, y lo ponen al día de las novedades. También le dicen que posiblemente se quedarán solas todo el puente. Hacen planes para el fin de semana y, cuando están a punto de despedirse, él les cuenta que Lola se le ha acercado en el patio.

–No os lo creeréis, pero ha estado majísima.

–Sí me lo creo, sí –dice Érika–. No te fíes.

Nadia la mira, pero no dice nada hasta que se despiden de Hugo.

Después, cuando ya han colgado, Érika le cuenta que Lola sigue buscando información sobre las adopciones. Que ha ido a la embajada y todo.

–Igual es que ahora la miro de otra manera, pero no hace más que advertirme de que me piense bien con quién me junto. Y a mí me suena todo el rato a amenaza –respira antes de seguir hablando y, cuando lo hace, su voz suena lejana–. Que tengo que aprender a elegir.

Nadia empuja con saliva las palabras que le vienen a la boca. Y cuando Rut las llama desde el salón y se ponen en pie, Érika la sujeta por el brazo.

–Le he dicho que ya he aprendido.

Salen a ver por qué las ha llamado Rut y la encuentran vestida con unos vaqueros y una camiseta verde con búhos blancos. Se ha dejado el pelo

suelto y está guapísima.

–Ya he hablado con Juan y con mi comandante. Preparad vuestras cosas, que si salimos pronto llegamos al pueblo para la cena.

Las cenas en el pueblo son siempre un banquete; para la abuela nunca has comido bastante y, si no enfermas de tanto comer, es que no te ha gustado. Aunque ahora está como triste o lenta o despistada. Se esfuerza tanto por disimularlo que todos le siguen el juego. Ya en el postre, Nadia le dice a Érika que las natillas no son natillas si no tienen galleta al fondo y la abuela suspira fuerte antes de hablar.

–Eso decía siempre el abuelo –calla un segundo–. Claro que también decía que los huevos fritos son comida de pastores, y que el pollo que ha cantado, si lo comes, se te atraviesa.

Rut y Érika ríen mucho con las anécdotas que van contando todos. Hace ya un buen rato que ha anochecido, pero nadie parece tener prisa por irse a dormir. Han sacado un álbum de fotos que sirve para avergonzar a Nadia y para que todos los demás digan que era la niña más mona y más tierna del mundo.

Por fin la abuela se levanta y dice que es tarde, que va a preparar los cuartos.

–Deja, mamá, yo lo hago. Las niñas pueden dormir en la habitación de Nadia.

La abuela lo mira y después mira a Rut y sonríe.

–Y vosotros...

Durante un segundo, una nube de vergüenza adolescente se extiende por el salón.

–Dejaremos la puerta abierta por si necesitas algo –dice el padre de Nadia.

Cuando la abuela sale, los cuatro se quedan en silencio, como si cualquier deseo de hablar se hubiese ido también a dormir, hasta que el padre se revuelve en el sillón en el que está sentado y el cuero cruje.

–Gracias a las dos por venir.

Rut se acerca, se sienta en el borde del sillón y le pasa el brazo por los hombros.

–Qué tontería –dice–. Para eso estamos. Somos...

Nadia completa la frase en su cabeza: «...familia». Y ya ni siquiera sabe si le molesta.

Hace tan buena noche que no han cerrado las ventanas, y el aire que entra es fresco y huele a campo.

–¿Salimos un poco? –dice Rut–. Solo al porche, por si la abuela nos llama.

Dejan la puerta de la casa abierta y se sientan en círculo en unas sillas de mimbre desvencijadas. Están delante de la ventana de la cocina y, como no han apagado la luz al salir, hay claridad suficiente para verse.

–Madre mía –dice Nadia–, yo creo que estas sillas ya estaba aquí la primera vez que vine.

–La primera vez que viniste... –responde el padre. Y se queda en silencio, como recordando.

Rut le acaricia la mano. Le hace un gesto a Érika y le pregunta si no está cansada, y ella tarda en responder. Primero dice que no con la cabeza y luego, después de mirar a Nadia y a su padre, sacude la melena blanca y bosteza muy exageradamente.

–Ah, sí, sí. Qué sueño.

Se pone en pie, pero Nadia le pide que espere.

–Voy contigo.

–La primera vez que viniste, el abuelo se enfadó mucho conmigo –dice el padre.

Nadia se gira y espera por si hay más. No pregunta, solo espera.

–No lo sabían, no quise contárselo por teléfono, fue todo tan precipitado...

–¿No lo sabían? –dice Érika, y se lleva la mano a la boca antes incluso de que Rut la mire con esa cara que ponen los padres cuando los niños entran en la conversación de los adultos.

–Tranquila, no pasa nada –el padre sonríe y luego sigue hablando–: No, no lo sabían. Nadia no tenía ni tres semanas. Aún estaba pendiente de los papeles de la adopción.

La abuela aparece en el porche, con un camisón de flores pequeñas y el pelo revuelto. Coge una silla y la pone junto a la de Nadia.

–Cuando se le pasaron la sorpresa y el enfado, el abuelo dijo que, si no os daban los papeles, nos echaríamos al monte y viviríamos escondidos, pero que nadie iba a llevarte. Ni siquiera cuando nació tu padre estaba así. No sé qué fibra le tocaste, pequeña.

Nadia le da la mano y la nota fría y pequeña y huesuda. La mantiene así, pero no aprieta demasiado.

–Yo creía –dice, mirando a su padre– que me habías adoptado allí, en Kenia. Que habías venido con todos los papeles.

–¿Por lo que viste en esa carpeta de mi despacho?

Nadia aguanta la respiración. Mira a Érika, que parece estar también reteniendo el aire.

–Entré para recoger unos papeles que me había pedido tu padre y pensé que habían entrado a robar cuando vi la cerradura forzada –dice Rut–. Te dejaste el clip encima de la mesa.

La abuela se levanta y camina hacia la puerta de la casa.

–Esto va para largo, voy a preparar café.

Rut la acompaña y se hace el silencio en el porche, como si fuesen necesarias ellas dos para seguir hablando. Érika se levanta y se aleja un poco con el pretexto de ver el jazmín que huele tan bien.

–¿Te hubieras ido al monte, como decía el abuelo? –pregunta Nadia. Habla un poco más alto de lo normal, para que la oigan desde la cocina.

–Supongo que sí, que me habría ido al monte o a la otra esquina del mundo. Pero por suerte no hizo falta, solo era papeleo.

–¿Papeleo? –la voz de la abuela llega a través de la ventana de la cocina–. Díselo, Juanito, que ya está grande.

Su padre asiente y, cuando un momento después la abuela y Rut vuelven al porche, el olor del café se mezcla con el del jazmín, y toda la infancia de Nadia le aprieta de golpe el pecho y casi le impide respirar. Se sientan y Érika regresa también.

–Así es que alguien te ha hablado de los mellizos. ¿Qué te han contado?

–Que los Bukusu creen que son una maldición.

La abuela mueve la cabeza hacia los lados.

–Juanito...

El padre asiente.

–Tu madre vino con un bebé –dice mirando a Nadia– para que lo vacunásemos. Era un chico.

–Mi hermano.

–Eso no lo sabía aún. Le puse una vacuna, lo pesé. Era tan pequeño que cabía aquí –muestra la mano ahuecada, como si fuera un cuenco–. Al día siguiente me acerqué a su cabaña para verlos, al crío y a ella. A sus hombres no les gusta que estemos por allí, que los médicos blancos toquen a sus mujeres o a sus hijos, pero por suerte ellas no nos temen.

–Ellas no necesitan marcar su territorio –dice Rut. Casi lo escupe más que decirlo.

–La mujer estaba en la puerta de la cabaña terminando un cofre, y me imaginé que el bebé habría muerto. Ya lo había visto otras veces. Me miró y siguió pegando las piedrecillas, pero hizo un gesto por si me quería sentar a su lado. No sabía cómo decirle que sentía lo del bebé ni cómo preguntarle qué había pasado; las pocas palabras de luyia que conozco no me venían en ese momento.

La cafetera sigue en la mesa, donde la ha dejado Rut. Érika se levanta, se sirve un café y, sin preguntar, le pone a Nadia otra taza en la mano.

–Pero te oí llorar. Dios, nunca agradeceré bastante que fueras un bebé chillón. Se oían dos llantos dentro de la cabaña, y la mujer me miró y luego se puso en pie y entró. Sin prisa, como si... No sé, como si quisiera asegurarse de que yo lo oía.

Mientras da tragos a un café demasiado dulce para su gusto, Nadia escucha cómo su padre se quedó en la aldea fingiendo interés por todos, por su salud, ofreciéndose a visitar a los niños... Hasta que vio a la mujer salir

con el cofre y con un bulto envuelto en trapos y la siguió.

–¿Y si me hubiera matado antes?

–Los Bukusu no pueden matar a otro ser humano si no es para defenderse. Sabía que no iba a matarte.

No, no la mató. Solo la llevó hasta una zona no muy alejada de la aldea, cavó un hoyo y dejó dentro el cofre. Y el bulto envuelto en trapos. Como si fuera un despojo del que deshacerse para que no oliera, para que no manchase.

–No los juzgues, Nadia. Son sus tradiciones, sus miedos. Creo que, en el fondo, ella sabía que yo estaría allí y por eso me dejó oírte cuando llorabas.

El padre de Nadia esperó a que se marchara y apartó la arena con la que la mujer había cubierto el cofre y el bebé. Solo era una capa fina.

–Os cogí, a ti y al cofre, volví a echar arena y me alejé tan rápido como pude.

–Bueno, un poco sí nos robaste. Va a tener razón Lola.

La abuela pregunta quién es Lola y Érika le contesta que no es nadie. Lo dice así: «No es nadie».

–No sabía qué hacer: si me pillaban los Bukusu, no volverían a confiar en ningún médico blanco; si me pillaban mis compañeros, tenían obligación de denunciarme, y si me pillaban las autoridades de Kenia... No sé qué habría pasado. Así que recogí cuatro cosas, me monté en el coche y conduje cuatro horas hasta la embajada de España en Nairobi. Te dormiste con el traqueteo y yo no paraba de pensar qué hacer.

Se nota que hace horas que se escondió el sol. La abuela se abraza a sí misma y se frota los brazos, pero tirita aunque intente disimular.

–Vamos dentro –dice Rut–, que aún queda mucha historia.

Vuelven a sentarse casi en el mismo orden que tenían fuera. Seguramente no es premeditado, solo han ido ocupando los asientos en silencio para alterar lo menos posible el clima que había en el porche, pero Nadia se queda en pie.

–¿Qué buscas, pequeña? –dice la abuela.

Nadia la mira, mira a su padre. Los mira a todos y después se gira y camina hacia la habitación. Su sitio, eso busca. Y le duele no encontrarlo allí. Ni junto al padre que le ha mentido, ni junto a la abuela que, al parecer, lo sabía todo, ni con esa familia postiza que le ha tocado en un sorteo para el que no compró billete.

Y, aun así, le tocó el premio. Érika la sigue hasta la habitación.

–¿Y ya está? ¿Tu padre te cuenta lo que llevas días pidiendo y te largas?

Nadia no responde.

–Hugo me ha escrito hace un rato para preguntarme cómo estás. Y ahora no sé qué decirle.

–Vaya. ¿Ha perdido mi número?

–Oye, baja ese tono.

–¿Qué tono?

–Vamos, Nadia, que nos conocemos.

No es verdad, no se conocen. Hace unas semanas Érika solo era la hija de la novia de su padre. Un punto minúsculo en su universo. Ahora le toma la mano y le habla en voz baja.

–Deja de mirarte el ombligo por un segundo, ¿vale?

Quiere gritarle que cómo se atreve a juzgarla con lo que está pasando, quiere hacer bandera con el dolor, con el engaño, con la muerte del abuelo, echarle en cara que haya entrado en su vida sin pedir permiso. Pero un segundo antes de soltar toda esa rabia, piensa. Y calla.

–Es una mierda lo que está pasando y más que pase todo a la vez, pero tómatelo con calma –dice Érika.

–Para ti es fácil.

–Sí, para mí es fácil todo. Yo nunca tengo problemas. Mi padre pasa de mí y se ha casado con una tía a la que ni conozco y mi abuela me compra pijamas de niña de cinco años porque no sabe lo que me gusta y posiblemente no le importa.

Nadia decide ignorar el tono de reproche.

–No me compares...

–¡Si es que no se trata de comparar, Nadia! Que no estamos midiendo a ver quién tiene el drama más grande. Yo he aprendido a vivir con los míos, a apartar los que no merecen la pena...

–Que mi vida sea una mentira merece la pena. Que mi abuelo se haya muerto merece la pena. Que mi madre me enterrase viva merece la pena. Descubrir que tengo un hermano merece la pena. ¡Que mi mejor amigo te escriba a ti para preguntarte cómo va todo merece la pena!

Érika se sienta en la cama, de frente a ella, y le habla con una sonrisa, con la voz calmada y sin dejar de acariciarle las manos.

–Así que Lola es el demonio porque me quiere para ella solita, pero

Hugo y yo no podemos ser amigos. Venga, Nadia, que tú no eres así.

–¿Así? ¿Así, cómo? Porque yo ya no sé quién soy ni cómo soy, pero veo que tú lo tienes muy claro.

Han ido levantando la voz, pese a los intentos de Érika por mantener la conversación en calma. Por eso, seguramente, su padre y Rut están en la puerta, de pie, mirando hacia ellas.

–Eres Nadia –dice el padre–. La que aparta los guisantes para comerlos todos juntos al final. La que se duerme enredándose los rizos con el dedo. La que ve la misma película cien veces y repite los diálogos. La que no se enfada nunca. La que no compite. Esa eres tú.

–O esa eras –dice Érika–, antes de que te poseyese el espíritu de la reina del drama.

La habitación es pequeña y solo tiene una cama sin cabecero, una silla y una alfombra, pero se apañan para caber todos y dejan la silla para la abuela, que se ha unido a la conversación.

–Su nieta negra.

Nadia la mira y sonríe.

–Lo de esa Lola ya nos lo contaréis luego –dice Rut–. Supongo que, si has visto los papeles, sabes que yo estaba allí.

Las chicas callan y la abuela, esta vez, abre mucho los ojos.

–¿Estabas dónde?

–En Kenia, en la embajada. Lo vi llegar con aquel bultito en los brazos, desesperado, pidiendo ayuda. Entró como un loco, no sé cómo no le dispararon los soldados de la entrada.

Rut se levanta, va hasta donde está Nadia y se agacha frente a ella.

–¿Sabes de dónde viene tu nombre? Oí el ruido en la entrada –sigue hablando sin esperar respuesta–, fui hasta allí y vi a tu padre con los soldados. Estaba de pie, con un brazo en alto, porque lo apuntaban con las armas, y un bulto lloroso en el otro. Le pregunté a quién escondía y él te apretó contra el pecho y dijo: «A nadie». Y en ese momento supe que, pasara lo que pasara, no se iba a separar de ti. Así que desperté al embajador.

Nadia ha aguantado las lágrimas mientras Rut hablaba, pero ya no lo consigue ni tragando saliva ni respirando despacio. Deja que salgan y escucha el resto de la historia. A ninguno en la embajada se le ocurría una solución que no implicase un incidente internacional, pero todos sabían que aquel médico español no iba a rendirse. A ojos de la ley, había secuestrado a un bebé y, aunque el embajador, su mujer, el jefe de seguridad y los dos militares compañeros de Rut estuvieran de acuerdo en que no podían devolverla a la aldea, tenían que encontrar la forma de salvarla. El jefe de seguridad, un hombre muy resuelto y con mucha experiencia en las embajadas españolas por todo el mundo, sugirió que pidiera asilo político por amenaza de muerte.

–Creo que puedes decir –terminó Rut– que eres la única asilada cuya petición la ha firmado un embajador en batín de raso.

Nadia intenta imaginar la escena que les hace tanta gracia a todos porque quiere reír como ellos, pero le ha nacido una preocupación dentro que no identifica, que ocupa espacio y molesta, pero a la que no sabe poner nombre. Sigue escuchando el relato de Rut. Fue una noche larga en la que el embajador despertó a abogados, funcionarios... El representante del gobierno keniata puso todas las facilidades cuando recibió la llamada, pero las leyes hay que cumplirlas, así que exigió una preadopción en regla. Rut era la única mujer soltera en aquella extraña reunión y no dudó en poner su nombre como madre adoptante. Bastó con eso y con un documento escrito en luyia que presentaron como prueba.

–¿La carta de mi madre? ¿La falsificasteis?

–Bueno..., falsificar... –dice Rut–. Le pedimos a una de las chicas del servicio de la embajada que la escribiese. Yo no hablo luyia; tal vez dijimos «Me han contado que la madre de este bebé» y ella escribió «Yo, como madre de este bebé». Nunca se me han dado bien los idiomas.

Rut mira al padre de Nadia y le sonríe.

–No quiero interrumpir –dice Érika–, pero... De eso hace dieciséis años. Quiero decir que yo... Que papá y tú...

Rut dice que sí con la cabeza, estira el brazo para quitarle a su hija un mechón de los ojos y sigue contando.

–Por la mañana, con casi todos los papeles en regla, montamos en un coche oficial y fuimos hasta el aeropuerto. Mi jefe de equipo nos había conseguido plaza en un avión militar. Se nos vaciaba la sangre de las venas cada vez que nos preguntaban si llevábamos a alguien más con nosotros. «A nadie». No sé las veces que lo dijimos –vuelve a alargar el brazo, pero esta vez es a Nadia a quien retira un mechón de la frente–. Ese es el origen de tu nombre.

–Bueno –dice el padre–, sí y no. Después de firmar los papeles, el embajador los puso en una carpeta y escribió fuera: «Nadie», que es como llevábamos llamándote toda la noche. Cuando aterrizamos en España y un responsable del gobierno vino a pedirnos toda la documentación, saqué la carpeta para dársela y añadí un palito a la e. No estaba dispuesto a que mi hija se llamase Nadie.

–Pues a mí me molaría –dice Érika–. ¿Quién ha roto esto? Nadie. ¿Quién quita la mesa? Nadie.

Esa cosa que se ha extendido dentro de Nadia, que molesta y ocupa espacio y que no tiene nombre, le clava las uñas para que la deje salir.

–¿Por qué no me lo has contado nunca?

–No lo sé. Al principio, porque eras muy pequeña para entenderlo. Después, porque no quería decirte que tus padres te habían dejado morir. Luego, porque lo de ser asilada supuse que no te sonaría bien. Y al final...

–Al final –interrumpe la abuela–, porque tiene la tonta idea de que querrás ir a conocer a tu otra familia y que eso te pondrá en peligro. Pero el abuelo se lo dijo mil veces: no es la hija de esa mujer ni la hermana de ese

niño, es mi nieta. Que supongo que quiere decir que tu familia está aquí.

La abuela señala alrededor al decirlo. A esas cuatro personas que rodean a Nadia.

–La vida es curiosa –dice Rut–. Yo me volví a mi casa, me enteré de que estaba embarazada, me mudé a Madrid... No supe más de vosotros hasta que tu padre me localizó el año pasado porque necesitaba que firmase no sé qué de la renuncia a la adopción.

El silencio va ocupando todos los huecos hasta que la abuela se pone en pie, besa a Nadia en la frente y camina hacia su cuarto.

–En setenta años no me ha pillado el amanecer sin dormir, y no voy a romper esa costumbre ahora.

Rut la sigue y le hace un gesto a su hija que, ahora sí, sale tras ella. Érika dormirá en la misma habitación que Nadia, así que no tiene demasiado sentido, pero esta vez ha entendido los gestos de su madre y Nadia intenta agradecérselo con una sonrisa.

–Lo siento –dice el padre–. Siento haberte mentido.

–Yo también lo siento.

Se quedan así, uno frente a otro. Nadia, de pronto, sacude la cabeza.

–O sea, que no es que sienta que me hayas mentido: siento haber mirado en tu despacho, siento haber estado tan idiota contigo y con Rut.

–¿Con Rut?

–Se le escapó lo de que le has pedido que viva con nosotros, y yo... No sé...

–No, no. Bueno, sí. Pero no. O sea, no sin preguntarte. Quería hablarlo contigo. Solo le he comentado que pagar alquiler, estando nuestra casa... Que su barrio, vamos, que no tiene nada malo, pero...

–Para. Respira.

Se quedan uno frente a otro un rato, tal vez un segundo, pero el ambiente se hace menos denso.

–¿En serio lo más romántico que se te ha ocurrido decirle para que se venga a vivir a casa es que va a ahorrarse el alquiler?

Su padre se encoge de hombros por toda respuesta y Nadia ríe. La cosa que tenía dentro, la que arañaba para salir, se ha disuelto sin que se dé cuenta, y ahora ese espacio lo ocupa un sentimiento que tampoco tiene nombre. Pero, de momento, no le importa.

Kayud los recibe ya sin miedo y les cuelga collares según van entrando en su tienda. Para espantar a los malos espíritus, dice, y le guiña un ojo a Mario. Nanjala ha llevado a unas cuantas mujeres de su asociación. Ninguna habla del valor económico del cofre que Nadia ha donado, solo de lo importante que es como símbolo, de cómo las ayudará contar que la madre de Nadia, a su manera, se enfrentó a una tradición que sabía injusta.

–¿No te da pena? –dice Hugo en voz baja cuando Nanjala coloca el cofre en la urna de cristal que Kayud ha preparado.

–No. He crecido pensando que ese cofre marcaba lo que soy, que mi vida estaba ahí dentro. Pero esta –señala alrededor– es mi vida. Y no cabe en una caja.

Nanjala habla en su lengua, y las mujeres que van con ella miran a Nadia y sonríen y asienten y juntan las manos. Tal vez le den las gracias o tal vez sea solo un gesto, qué importa. Érika brilla entre tanta piel negra y tanto pelo oscuro, pero parece estar en casa. Érika siempre parece estar en casa. Ha invitado a Matu y a su familia sin preguntar siquiera si podía hacerlo y luego ha venido muy apurada a disculparse.

–No cambies nunca, vikinga –le ha dicho Hugo.

La familia de Kayud ha preparado tanta comida que tendrían que estar allí un mes para comérsela toda. Su mujer va poniendo en unas cajas de plástico muy ordenadas una selección de lo que hay por los platos.

–Esas cajas sí molan –dice Érika mirando a Rut. Y Rut se ríe.

Cuando Mario se acerca, el padre de Nadia le tiende la mano.

–Tú debes de ser Mario. No sé si darte las gracias o echarte de aquí por la que has liado.

Mario se queda muy quieto, con la mano extendida, hasta que el padre le palmea la espalda.

–Supongo que mejor nos llevamos bien, por si al final mi hija decide ir a tu universidad.

Él se gira hacia Nadia, que ha visto todo aguantando la risa.

–¿Antropología?

–Es posible.

–Y no te especializarás en tribus africanas...

–No. El mundo es muy grande para quedarse solo con un trozo. Quiero conocer otras culturas. Entenderlas. África, Asia...

–Vale: termina bachillerato, haz el grado y luego hablamos de especialidades.

Nadia escucha cómo Mario le pide permiso a su padre para contar la historia del cofre en la facultad, grabar un documental o algo así. Y escucha también a su padre decirle que no, que no puede contar nada que señale a Nadia. Ahora sí está hablando en serio y Mario ha debido de notarlo, porque cambia de tema y, a las pocas frases, se despide y se aleja.

–Pobre, con lo que le ha costado pedírtelo.

–Pensé que no querrías. No sé, que te molestaría que tu nombre saliera ahí, que...

–Ese es tu problema, papá. Que piensas mucho.

Le da un codazo y tira de él hasta donde Rut está charlando con Hugo, Matu y Érika.

–Chicos, venid, que quiero enseñaros algo.

Los dejan solos y, desde lejos, los miran.

–¿Qué era eso tan importante? –dice Hugo.

Nadia señala hacia su padre.

–Si no lo empujo un poco, no se lo va a pedir nunca. Vikinga, si de esta no se decide, dile a tu madre que dé el paso.

–¿Al barrio pijo? No sé si me convence.

Matu la abraza y dice que no dejará que se la lleven del barrio y Hugo forcejea con él y los dos se ríen a carcajadas. Matu le saca medio cuerpo a lo ancho y otro tanto a lo largo. Pero tiene una sonrisa blanca y perfecta.

–Bah, tampoco es tanto cambio. Hay buenos y malos en todos sitios –dice Nadia.

–Solo hay que saber elegir –Érika mira a Nadia, sonríe y el mundo se vuelve azul–. O tener amigos que te abran los ojos.

Nanjala se acerca a las chicas y les dice que en la asociación están encantadas y que el cofre es muy importante, porque todos necesitamos símbolos a los que aferrarnos para descubrir quiénes somos.

–O quiénes no –termina–. En todo caso, siempre será parte de ti.

Desenvuelve con mimo algo que lleva en la mano y le muestra una placa pintada a mano sobre madera, bordeada de cuentas de colores, en la que se lee:

EL COFRE DE NADIE

Colocan la placa bajo la urna y, cuando Nadia se retira para ver el efecto, observa todo lo que rodea su cofre.

Y sonríe.

CHIKI FABREGAT

De pequeña quería ser domadora de leones. Bueno, domadora, princesa, viajar al espacio… Todavía no sabía escribir, así que me inventaba historias en las que podía ser todo eso y más. Luego, cuando crecí un poco, descubrí la magia de la escritura y me quedé a vivir en ella. A ratos escribo, a ratos leo y a ratos enseño a otros a escribir.

Una tarde, cuando fuera llovía, me puse a ordenar armarios y encontré un cofre que le habíamos regalado a mi hija años antes. No tenía dentro una tela ni un muñeco ni un burruñito de lana. De hecho, no sé qué tenía dentro, pero eso da igual, porque encontré algo más importante: una historia.

No, no, mucho mejor: encontré el deseo de contar una historia. Y así nació *El cofre de Nadie*.

Nunca he sido domadora de leones fuera de mi imaginación, pero a base de estudiar, practicar y echar muchas horas delante de un teclado, voy aprendiendo a domar historias.

Contenido

Portada
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
Sobre la autora
Créditos

fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURASM•COM

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: Chiki Fabregat, 2021
© Ediciones SM, 2022
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-139-2768-8
Coordinación técnica: Producto Digital SM
Digitalización: ab serveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.